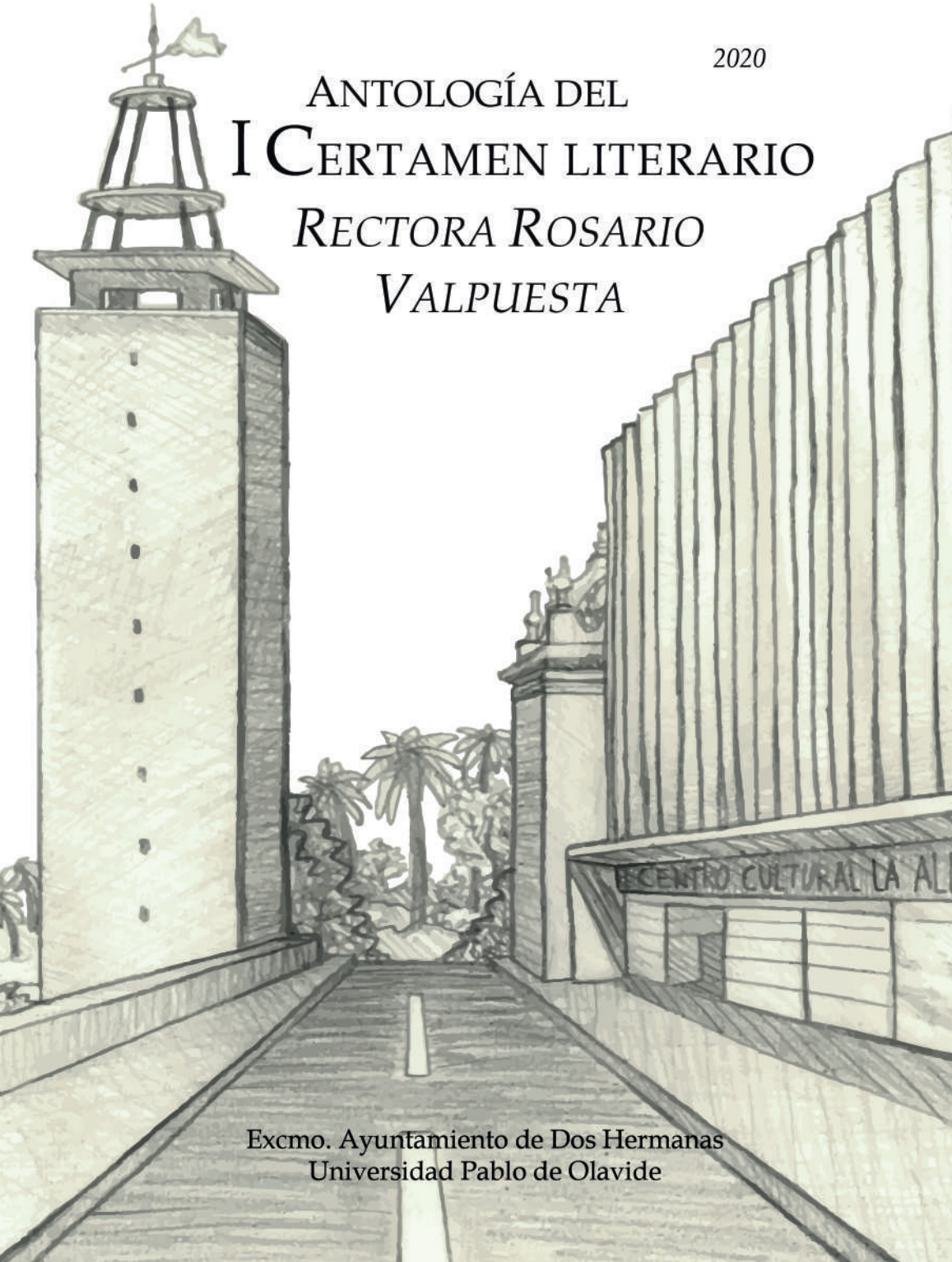


2020

ANTOLOGÍA DEL  
I CERTAMEN LITERARIO  
RECTORA ROSARIO  
VALPUESTA



Excmo. Ayuntamiento de Dos Hermanas  
Universidad Pablo de Olavide





ANTOLOGÍA DE RELATO CORTO Y POESÍA

I CERTAMEN LITERARIO  
'RECTORA ROSARIO VALPUESTA'



AYUNTAMIENTO DE DOS HERMANAS  
DELEGACIÓN DE JUVENTUD, SALUD Y CONSUMO



UNIVERSIDAD  
PABLO DE OLAVIDE  
SEVILLA

DOS HERMANAS  
DIVERTIDA



ANTOLOGÍA DE RELATO CORTO Y POESÍA

I CERTAMEN LITERARIO  
'RECTORA ROSARIO VALPUESTA'

El Jurado del I Certamen Literario 'Rectora Rosario Valpuesta' estuvo compuesto por, Rosario Torres López, Esther Torres Bazán, Fernando Pérez Serrano, Álvaro Cueli Caro y Verónica Pacheco Costa; actuando como secretario Francisco Gómez López..

Título: *Antología de relato corto y poesía I Certamen literario 'Rectora Rosario Valpuesta'*

Primera edición: 2020.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.

© De los textos, sus autores.

© Excmo Ayuntamiento de Dos Hermanas.

Edita: Excmo. Ayuntamiento de Dos Hermanas.

Ilustración portada: Paula Gómez Suero.

Maquetación: JPZ.

ISBN: 978-84-95591-81-4      DL: SE 1754-2020

Impreso en España • Printed in Spain



Un año más, y a pesar de las circunstancias que estamos atravesando, tengo el honor, en nombre del Ayuntamiento de Dos Hermanas, de presentar este volumen en el que aparecen las obras premiadas en esta nueva edición del Certamen Literario, recientemente renombrado, Rectora Rosario Valpuesta, junto a una selección de obras participantes.

Con la puesta en marcha de este certamen, desde el Ayuntamiento de Dos Hermanas nos reafirmamos en nuestro compromiso con la Cultura y con los jóvenes creadores y creadoras. Sin dejar pasar la oportunidad de poner en valor la importante apuesta cultural de nuestro Ayuntamiento en unos tiempos tan complicados debido a la pandemia provocada por el COVID-19.



A pesar de su breve trayectoria, en lo que a número de ediciones celebradas se refiere, este certamen ha logrado una gran repercusión a nivel nacional, siendo muy elevado el número de obras que recibimos de todos los rincones del país. Esto, sin duda, da prestigio al concurso y también logra, junto a otras importantes iniciativas culturales que se llevan a cabo desde nuestro Ayuntamiento, publicitar el nombre de nuestra ciudad y, desde esta edición, el de la Universidad pública Pablo de Olavide, situada en el término municipal de Dos Hermanas.

Además, como no puede ser de otra manera, al poner en marcha una iniciativa de este tipo a nivel local, potenciamos la participación entre nuestros vecinos y vecinas. Desde los inicios de este certamen hemos puesto mucho empeño en esta tarea, logrando una importante participación por parte de los centros educativos nazarenos y de su alumnado. Esto tiene un especial valor ya que fomentamos, a nivel local, la creatividad desde edades tempranas.

Particularmente, si de algo podemos sentirnos orgullosos, es de brindar a los jóvenes creadores y creadoras la oportunidad de publicar su obra por vez primera. Esto supone, a nuestro parecer, una importante recompensa para quienes tienen como pasión la escritura y dedican una parte importante de su tiempo a ello.

Para terminar me gustaría agradecer la importante participación que tiene este certamen desde sus inicios al ser esta la mejor recompensa que podemos obtener. También agradezco al jurado su esfuerzo desinteresado ya que tanto el número como la calidad de las obras presentadas dificultan enormemente su tarea. Y, por supuesto, no quiero dejar de reconocer el compromiso de la UPO, en una época verdaderamente difícil para el sector educativo que está suponiendo verdaderos desafíos para mantener su compromiso con nuestra juventud.

Sin más, os invito a participar en la próxima edición del Certamen Literario Rectora Rosario Valpuesta.

**Juan Pedro Rodríguez García**

Concejal de Juventud, Salud y Consumo

Y

Coordinador Municipal del Programa Dos Hermanas Divertida.



## David Cobos Sanchiz

Vicerrector de Cultura y Políticas Sociales  
Universidad Pablo de Olavide, de Sevilla

Que el Certamen Literario promovido por el Excmo. Ayuntamiento de Dos Hermanas haya sido renombrado como “Rosario Valpuesta” es mucho más que un gesto del consistorio nazareno. Para nosotros es una muestra importante de la apuesta decidida de esta institución por colaborar y coordinarse con la universidad pública Pablo de Olavide, para así impulsar el desarrollo socioeducativo de nuestro entorno metropolitano. Decir Rosario Valpuesta es decir prestigio, universidad, investigación y enseñanza, pero también compromiso, feminismo y desarrollo...

Muchos de los valores que impulsó nuestra primera Rectora forman parte hoy de la UPO de manera medular. La Universidad Pablo de Olavide es reconocida actualmente a nivel nacional e internacional como una universidad de prestigio, donde se imparte una docencia de calidad y en la que se produce investigación del máximo nivel. Pero, ante todo, es una universidad comprometida que sabe dialogar con su entorno y que tiene como máxima “que nadie se quede atrás”.

Apuestas como el proyecto social impulsado desde la residencia Flora Tristán en el polígono sur, su servicio de atención a la diversidad funcional, la oficina para la igualdad o el impulso del voluntariado y la solidaridad son algunas muestras que lo ejemplifican y que son enormemente valoradas por estudiantes y profesorado. Pero también por los ciudadanos de toda la provincia, donde acciones como el aula

abierta de mayores, permiten llevar la universidad a las calles y plazas de numerosos municipios, como forma de devolver a la sociedad, de la manera más abierta e ilusionante posible, la confianza que cada día nos sigue demostrando.

Y en cuanto a la cultura, no es tampoco casualidad que en nuestro proyecto de gobernanza universitaria esté intrínsecamente unida a las políticas sociales, puesto que la entendemos como un elemento fundamental de dinamización social, desde una perspectiva de democracia cultural. Cultura para ser entendida y consumida en toda su potencialidad educativa y formativa pero, sobre todo, cultura para ser producida desde la participación activa de todos y todas.

Por eso nos sentimos muy felices por la gran acogida y el éxito de participación en este Certamen donde un buen número de personas deciden dar el paso de convertirse en creadores activos, para ser partícipes y protagonistas de su propio desarrollo cultural. Eso es, a mi nuestro humilde entender, una buena muestra de ciudadanía activa, en el sentido más amplio y noble del término, y marca el camino por el que seguir profundizando en los próximos años.

Solo nos queda agradecer encarecidamente la iniciativa y disposición del Excmo. Ayuntamiento de Dos Hermanas, y manifestar una vez más nuestro ofrecimiento más sincero a seguir trabajando activamente en materia de cultura y políticas sociales desde el compromiso social que caracteriza a nuestra universidad.





# ÍNDICE

## Obras premiadas en el I Certamen Literario 'Rectora Rosario Valpuesta'

### 1.- RELATOS CORTOS

#### 1.1.- Obra premiada en la Categoría General de Relato Corto

*Perfume de flores marchitas*, María del Mar Peña Martínez ..... 25

#### 1.2.- Obra premiada en la Categoría Local y Accésit en la Categoría Nacional de Relato Corto

*Como si el mundo fuera a estrellarse*, Antonio M. Vileya Pérez ..... 31

#### 1.3.- Accésit de la Categoría Local de Relato Corto

*Hogueras*, Rocío del Valme Cala López ..... 43

*Solo un poco más*, Sara Areales Barrero ..... 47

#### 1.4.- Obra premiada en la Categoría Local Menores de 16 años de Relato Corto

*Érase una vez ella*, Alejandra Carmona Vicente ..... 55

#### 1.5.- Accésit de la Categoría Local Menores de 16 años de Relato Corto

*Olvidado*, José Antonio Muñoz Cousinou y Sergio Pacheco  
*Vaquero* ..... 63

*Los secretos de Mali*, Estela Gloria Lora Guzmán ..... 69



## 2.- POESÍA

### 2.1.- Obra premiada en la Categoría General de Poesía

*El color de la calima*, manda Espinel García ..... 81

### 2.2.- Accésit de la Categoría General de Poesía

*Frida Khalo (hembra y señora)*, Manuel Jesús Agüera Lanza ..... 85

*Seis cumulonimbos entre tibia y radio*, Celia Carrasco Gil ..... 87

*Oda folclórica*, Víctor Santiago Fernández ..... 93

### 2.3.- Obra premiada en la Categoría Local de Poesía

*Circe*, Carlos Jiménez Barea ..... 97

### 2.4.- Accésit de la Categoría Local de Poesía

*Adeptos del anhelo*, Ana Bono Rodríguez ..... 101

*Errante espíritu*, María Yugueros Canela ..... 103

### 2.5.- Obra premiada en la Categoría Local Menores de 16 años de Poesía

*El sabor de la tristeza*, Begoña Gómez Rodríguez ..... 105

### 2.6.- Accésit de la Categoría Local Menores de 16 años de Poesía

*Ciénagas bohemias*, Javier del Toro García ..... 107

*Mi único amor*, Daniel Núñez Parrao ..... 109

*Como la vida misma*, Leo Cabrera Reinado ..... 111

### 3.- CATEGORÍA ESPECIAL 'COMUNIDAD UNIVERSITARIA PABLO DE OLAVIDE'

#### 3.1.- Obra premiada en la Categoría Especial 'Comunidad universitaria Pablo de Olavide' (Ex aequo)

*Perfil, partes I y II*, Dolores Romero Areales ..... 115

*Sepelio de una quimera*, Esperanza Expósito Guisado ..... 119

#### 3.2.- Accésit en la Categoría Especial 'Comunidad universitaria Pablo de Olavide'

*Desgarro*, Julia Torres Rivera ..... 127

*El último presente*, Aimar Ara Gregorio ..... 129

### 4.- SELECCIÓN DE OBRAS I CERTAMEN LITERARIO 'RECTORA ROSARIO VALPUESTA'

*Abedul*, Ana Manzano Barrero ..... 137

*Corazonadas de cuarentena*, Beatriz Villachica Romero ..... 141

*Después de todo, todo sigue*, Claudia Ramírez Mena ..... 143

*Flores de hojalata*, Elena Ledo Martíne ..... 149

*Las galletas de la abuela Margarita*, Eugenio Alejandro Gómez Rodríguez ..... 155

*Cuaderno decimotercero*, Gonzalo Esteban Calderón Mendoza ..... 161

*Mi inexplicable vida como poeta*, Irene Cintas Ruiz ..... 165

<i>Triada</i> , Javier de la Cruz González .....	167
<i>Objetivo, a tu izquierda</i> , Javier Riscart López .....	169
<i>Los versos que no nos dimos</i> , Julia Morilla Ortega .....	173
<i>En la biblioteca</i> , Lucía Sánchez Conejero .....	175
<i>Memorias</i> , Manuel Lulaka Contreras Sánchez-Palencia .....	183
<i>Tú siempre estás en mí</i> , Marta Aurora Esquembre Herrera .....	191
<i>Cuando llega la noche</i> , Paola Herмосín Pérez del Río .....	193
<i>Quiero ser</i> , Paula Marchena Bejarano .....	195
<i>Cuarenta y cuatro cartas de resiliencia</i> , Melba Elena Durán Villanueva .....	197
<i>¡Hombre al Agua!</i> , Rebeca García Cerdá .....	205
<i>El último viaje</i> , Saskia Hidalgo Pérez .....	207
<i>Vacío los días y apilo las horas</i> , Víctor Manuel Melero Zorrilla .....	213
<i>Seis sentidos</i> , Celia Ramírez Soto .....	215
<i>El nacimiento de una trabajadora social</i> , Elena Gago del Río .....	217
<i>Romance viejo</i> , Javier Calderón Luna .....	223
<i>Euro de papel</i> , Noemí Fernández Fernández .....	225
<i>Perdóname</i> , Luis Calderón Cuesta .....	229
<i>Ella</i> , Paula Sánchez Barcos .....	231

<i>13/09/2019, Sara Campillo Falcón</i> .....	235
<i>El germen de la quietud, Ana María Fernández Do Nascimento</i> ....	237
<i>La flor de la vida, Álvaro Vaquero Hidalgo, Cristian Expósito Suárez</i> .....	245
<i>El grupo, Alba Sotelo García, Angélica Aguilar Jurado, María Calderón Frutos, Marina Salguero Rico</i> .....	247
<i>Espinas de un clavel, Miriam Soult Toscano</i> .....	251
<i>La violencia está en tu cabeza, Almudena Expósito Aguilera</i> .....	255
<i>Libertad, Ián Inurria Jiménez</i> .....	259
<i>Nuestras aventuras locas, Marta Maestre Reina, María Maestre Reina, Carmen Román Perea</i> .....	261
<i>Recuerdos, Ismael Acosta Maraver</i> .....	267
<i>Volando, Pablo Salguero Capitán</i> .....	269
<i>Eclipse, Mariam Concepción Córdova López</i> .....	271
<i>El demonio que algunas personas llevan dentro, F. Javier Andrés Sánchez</i> .....	275
<i>El escarabajo mágico, Jonatan Pszczola</i> .....	279
<i>Fátima, Triana Moreno Santacruz</i> .....	281
<i>La bola de cristal, Erika Gómez Maraver</i> .....	283
<i>La Igualdad, Alan García Santana</i> .....	289

<i>La isla misteriosa</i> , Daniel Monge Quinta .....	291
<i>Mi querido diario</i> , Andrea López Falcón, Borja Sánchez Agustín, María Andrés Román .....	295
<i>Un día de clase</i> , Álvaro Carbajo Borrego .....	301
<i>Un trocito de mi corazón</i> , Jaime Rubio Casado .....	303
<i>La extraña criatura</i> , Alejandro Herrero Abad .....	305
<i>La mili del 57</i> , Pablo J. González Maqueda .....	309
<i>Las inesperadas vacaciones de Miguel</i> , Gonzalo Reina Rosado .....	313
<i>Morir sin vivir</i> , Adrián Fernández Garrido .....	317
<i>Somos muñecos de papel adictos al fuego</i> , Yolanda García Hernández .....	321
<i>Venganza</i> , Mario López Núñez .....	325





# 1.- RELATOS CORTOS

*Obras premiadas*





## PERFUME DE FLORES MARCHITAS

María del Mar Peñ Martínez

35 años

Granada

*Esta obra ha recibido una Mención especial por su mensaje  
por la Igualdad y contra la Violencia de Género.*

«Llámame poeta». ¿Recuerdas, Valeriano? De todos los reproches que puedo hacerte, lo único que no te perdono es que te marcharas tan pronto. Me asomo a la ventana de mi torre, pero no miro hacia fuera sino muy dentro de mí. Y allí te encuentro de nuevo, entre otros fantasmas, jugando a las luces y las sombras.

Si me miro al espejo no me reconozco, sea por el paso de los años, sea porque nunca fui la del reflejo. Solo encuentro algo de mí en aquel retrato que me hiciste, ¿recuerdas, Valeriano?

Por qué la gente se empeña en mirar al futuro si aún es un lienzo en blanco. Pasan las horas muertas con ojos de ilusión observando un horizonte incierto donde no hay una sola palabra escrita. La realidad —todo cuanto somos— está hecha de las sensaciones que recordamos, las que aprendimos en la infancia.

Yo tengo recuerdos de una niña sevillana que cosía junto al patio en las tardes de verano. Al acabar la tarea, subía con parsimonia ritual por la escalera de la casa y un remolino de polillas se agitaba en mi pecho. Por miedo a la debilidad que me caracteriza —de un tiempo a esta parte pierdo en más ocasiones el tacto de mi brazo izquierdo y el mundo se oscurece repentinamente con un dolor sordo y acompasado—, acariciaba con mi mano la pulida barandilla temiendo borrar con el roce la memoria de otras manos y otros miedos. Yo era una niña, pero tenía ese respeto que ya no se tiene. Al final del corredor, después del armario oculto tras celosías —ora judías, ora cristianas—, estaba la

doble puerta que daba acceso a mi paraíso infantil: la biblioteca. ¡Con qué voracidad vivía las infinitas vidas que los libros me mostraban! Con apenas doce años, ternura de mazapán en las trenzas, yo había empuñado una espada, surcado los mares y amado con la pasión y el desdén por la lógica de que solo son capaces los lectores.

Me dijeron que no debía perder el tiempo en cosas de hombres. Que la literatura era algo que las mujeres podían disfrutar, pero no crear: otra clase de vida es la que estamos destinadas a traer a este mundo, ¿te imaginas, Valeriano? Capaces de engendrar una persona, madres de los hombres y las mujeres de este mundo y, sin embargo, vetadas al arte, ¡no tenía sentido! Tenía en mí la convicción de que las palabras pertenecen a la literatura, no a quien las escribe. Pero las convicciones, a veces, no son suficientes por sí mismas y han de enfrentarse a las pruebas más audaces.

Mi padre jamás me prohibió escribir, antes bien, solo me exigió que cumpliera con mis obligaciones. Alimentó mi curiosidad nutriendo los estantes de libros, y yo los devoraba como si fueran golosinas de fruta confitada. Sonrió al ver mi nombre impreso, con letras nítidas, en aquella publicación para señoritas: Antonia Díaz Fernández. Creo que nunca quiso excederse en su orgullo para no alentar el combustible de un posible desengaño. Y es que no todos sonreían. Los círculos literarios de la Sevilla rancia -la señora, la de la compostura y la elegancia- enarcaban la ceja al ver a una mujer con un manuscrito entre las manos. Lo que me aterraba no eran los prejuicios ajenos, sino los propios; no el escepticismo o el rechazo, sino la humillación. Temía el ridículo más que a las sombras de la desgracia. Mi intención no era ser reconocida en la escuela sevillana como autora de renombre ni coronar con laurel de glorias mi presencia en tertulias ni academias. Mi pretensión -llámame romántica, Valeriano- era sencilla: devolver las letras que me fueron regaladas a su legítimo propietario, el lector. Anónimo, entregado, ávido: el lector, de toda condición y sexo, que encuentra ese resquicio que a todos nos iguala y nos satisface.

Me temblaban la voz y las piernas en aquella lectura pública de mis poemas. Al terminar, un silencio insondable llamaba al portón pesado de mi pecho con sonora exigencia y el cántico del reloj de péndulo contando los segundos iba cayendo por mi garganta con un goteo de clepsidra sin piedad. El tiempo es tan elástico como inflexible: no se puede dominar al antojo, pero se estira y contrae con pasmoso efecto en determinados momentos de la vida. ¿Cuánto esperé una reacción? ¿Segundos, instantes, minutos, horas? Llevaba esperándola toda mi vida, más las mil que hubiera vivido en los libros. Al fin, una palmada me sacó de esa veladura de incertidumbre donde fui capaz de cuestionarme tantas veces: estaban aplaudiendo. Pero no fue a mí, sino a mis palabras. Jamás aceptaré un elogio como propio pues solo soy una herramienta de las musas.

Allí conocí a José, mi esposo, mi compañero, parte de mí. ¿Sabes, Valeriano? El amor no duele, duelen las personas. ¡Yo que siempre lo había imaginado como el veneno que mata y consume mientras su dulzura se expande bajo la piel tibia! Pero es aún más sublime que esa especie de pasión que se devora a sí misma: es un cosmos donde todo encaja, donde nada se entiende sin el otro, donde el complemento es tan perfecto como la yuxtaposición de las palabras. Desde entonces ya no fui Antonia: fui Lamarque, cómplice de un proyecto sin predominancias, como un poema donde cada verso es independiente, pero parte de un todo irremediable que le da fuerza y sentido. Acaso tú nunca supiste qué es amor, Valeriano, porque no existe si no es correspondido.

¿Recuerdas el arpa que dormía el sueño de las melodías en aquel rincón del palacete de los Montpensier? La señora María Luisa me lo regaló cuando nos mudamos a la Alquería. A menudo, cuando pierdo todo sentido del tacto en la mano izquierda y la luz se oscurece a mis ojos como si Dios me volviera la espalda, acaricio las motas de polvo que se acumulan cual notas en un pentagrama jamás desvelado sobre su lánguido cuello de madera. Imagino que se encuentran allí encerradas las armonías de siglos en silencio. Que la música está en ella esperando la mano que la arranque de su quietud. Me gusta la decadencia porque es la memoria agonizante, pero viva, de otros tiempos que nos trajeron

a este. Al que tú ya no verás, Valeriano. ¿Por qué te marchaste tan temprano?

Sobre el retrato ajado de tu memoria sigue flotando el ritmo cadencial de aquella niña. Dijeron que mi proyecto para la Alquería del Pilar era demasiado ambicioso. ¿Son ambición los sueños? A menudo pienso que la vida es un sueño del que vamos despertando poco a poco hasta llegar a la muerte, desvelo final, cuando la aurora caprichosa se despereza impúdica sobre el horizonte. Trazo a trazo dibujé los planos, los caminos, los jardines. Los muros de esta torre sobre la gruta, la montaña artificial, los estanques, el palacio: un tributo a todo cuanto leí, a todo cuanto soñé, a todo cuanto viví. Después llegaron las tertulias, los debates, las noches frescas con el aire lleno de poemas aún no escritos colándose por los ventanales. ¿Puedes imaginar algo más sencillo y más hermoso?

Me gustan las flores marchitas porque han vivido y, en sus pétalos ajados, se ocultan los secretos de tiempos antiguos. En los jarrones polvorientos se quedan petrificadas, como las almas en los ojos de aquellos que tú retratabas: inmortales.

Ayer me preguntaron si no hubiera deseado nacer hombre, sin el obstáculo del oprobio, las vergüenzas propias y ajenas; las puertas abiertas a todo cuanto deseara.

¿Acaso no son conscientes? Soy quien soy, mujer, y toda dificultad a la que me he enfrentado por mi condición me ha traído hasta este instante. Si fuera un hombre, mi ser se hubiera desvanecido en esa realidad imposible de lo que jamás fue. ¡No, no renuncio a ese único orgullo que me permito! Porque el problema no es el que escribe, -mera herramienta de las letras-, sino del que juzga. Yo nunca he soñado con haber nacido varón, sino con que el mundo deje de examinar la mano que crea y solo se fije en su obra. La poesía es un ser vivo, huérfano y libre, que debe volar ajeno a quien lo dio a luz porque vive en sí mismo para alumbrar a otros.

«Llámame poeta, Valeriano, que esta palabra ya contiene en sí todo lo femenino -fecundo, bello, fuerte- de este mundo». ¿Recuerdas, Valeriano? Insistías en nombrarme poetisa porque a tu hermano le resultaba un vocablo más precioso. Pero yo no quise una distinción, un dedo señalándome: yo solo quería que mis palabras volaran y dieran testimonio literario. ¿Qué importa quién sino qué se escribe?

Sobrevivirá acaso mi memoria en estos muros de la torre, unida en la eternidad a la de todos cuantos leyeron, leen o leerán alguna vez. Seguiré siempre viva en las letras, como sobrevives tú en las pinceladas de mis recuerdos. Acaso alguien, en el futuro, descubre la alquimia de la vida eterna entre las letras de un viejo libro, silencioso y cubierto de polvo, olvidado centinela del secreto que nos hace inmortales.

«Llámame, poeta...» ¿Nos recordarán, Valeriano?



## COMO SI EL MUNDO FUERA A ESTRELLARSE

Antonio M. Vileya Pérez

27 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Esta es la historia de un hombre llamado Abejundio Ibáñez y su reloj de pulsera. Abejundio Ibáñez era un hombre de números infinitos, de cálculos interminables y de sorprendentemente pocas palabras. Incluso su reloj era más parlanchín que él.

Cada día de universidad, a lo largo de estos seis años, Abejundio se ha cepillado sus treinta y dos dientes setenta y seis veces, siempre desde arriba hasta abajo. Cada día, Abejundio se ha puesto una corbata que anudaba con nudo simple en lugar de doble, con lo que ha ahorrado cada mañana hasta cuarenta y dos segundos antes de salir de su piso de treinta y ocho metros cuadrados habitables. Su reloj opinaba que un solo nudo le hacía una papada desproporcionada, pero no decía nada.

Cada día como estudiante, a lo largo de doce años, Abejundio corría a la velocidad de ciento treinta y cuatro pasos por minuto, con lo cual daba quinientos treinta y seis pasos entre las 8:41 y las 8:45 para coger por los pelos el autobús hasta la avenida de las universidades. Su reloj de pulsera se deleitaba sintiendo la brisa acariciando la esfera transparente de la que Abejundio siempre presumía. Y cada día en la universidad, a lo largo de seis años, Abejundio anotaba seis mil trescientas ocho palabras que luego tendría que estudiar antes de los exámenes que le acabarían conduciendo a su gran reto: las pruebas para convertirse en inspector jefe en la agencia tributaria nacional. Para lograrlo, en la universidad, solo se permitía un descanso de cuarenta y cinco coma siete minutos en el almuerzo y cuatro coma tres de ingestión de cafeína, a media tarde. Todo cronometrado con precisión por su reloj de esfera impoluta.



Más allá de eso, Abejundio ha tenido una vida solitaria: ha tomado siempre el bus de vuelta solo, ha caminado hasta casa solo, ha cenado solo, se ha limpiado los dientes solo... y exactamente a las 23:13, cada noche, Abejundio se ha acostado solo, dejando su reloj de pulsera en la mesita de noche descansando junto a él. Eso era, por supuesto, antes del miércoles. El día que Abejundio tuvo su primera gran prueba como opositor.

El miércoles cambió todo. Porque el reloj de pulsera de Abejundio se quedó dormido, como él. Abejundio nunca llegó a abrir sus dos ojos, descorrer las tres cortinas de su piso, hacerse su café con cuatro cucharadas, ponerse sus dos zapatos, coger sus tres bolígrafos y hacer aquel examen único. Y sin beca pero con todo el tiempo del mundo hasta la próxima convocatoria, empieza este jueves en un trabajo que siempre detestó por la fama de impuntual que tiene: repartidor de pizzas.

— ¿Sí?

— Pizza a prisa — dice Abejundio proyectando su voz hacia el porterillo con ochenta y cuatro botones —. ¿Me puede abrir, por favor?

— ¿No se olvida de algo? La gente suele disculparse si llega tarde.

— Sí, lo siento... Tuve un contratiempo...

— También dice «hola». Es lo mínimo.

— He dicho «Pizza a prisa, hola». Siempre digo...

— No, solo ha dicho «Pizza a prisa».

Abejundio limpia sus gafas, en cuyos cristales ha podido contar hasta diecinueve gotas después de entrar en el portal bajo la fuerte lluvia.

– ¿Y qué hacemos? ¿Me abre o no?

– Podría aprovecharme. No sé, podría exigir una pizza gratis, por ejemplo.

– Mire...

– La pizza es gratis si espero más de veinte minutos. Eso pone en su folleto.

– ¿Llego veinte minutos tarde?

– Cuarenta... ¿qué hacemos?

Abejundio mira el *ticket* empapado: una pizza y un refresco. Quince con cuarenta. Recibirá un billete de veinte de la clienta. Tendrá que devolver los cuatro sesenta que lleva en un monedero diminuto. Entre la tinta emborronada por la humedad que ha absorbido el papel, ve "Triguero".

– Usted decide, señora Triguero.

– Señorita. Y Triguero era el anterior inquilino. El conserje debía cambiarlo, pero no lo ha cambiado y sería más práctico para las entregas... En fin, da igual. Voy a abrir, aunque estoy cabreada. Piso 35, a la derecha, según sale del ascensor.

– ¡Gracias, señorita!

La puerta vibra a la altura del cerrojo después del agradecimiento sarcástico de Abejundio. Empuja la puerta con una intensidad proporcionada, teniendo en cuenta su masa de setenta y ocho kilos y la aceleración de su cuerpo, unos quince metros por segundo. La puerta se atasca. Vuelve a sonar y empuja a la vez, esta vez también con una de sus dos rodillas. Repite el proceso dos veces más. No se mueve.

– Espere a que pare el ruido o se atasca.

Abejundio sigue las instrucciones y el portón vuelve a encasquillarse.

– ¿Sigue sin ir?

– Sigue sin ir.

– ¿Seguro que ha esperado a que parase el ruido? No empuje antes, se lo he dicho.

– Lo sé, ya me lo ha dicho. ¿Puede bajar a recogerla?

Silencio al otro lado.

– ¿Probamos una última vez?

– Vale.

– ¿Listo?

– Llevo listo veinte minutos y catorce segundos.

Por desgracia para Abejundio, él no sabe que las cosas suceden cuando tienen que suceder, no cuando uno está listo. Y esa puerta aún no debe abrirse.

– Bueno, pues bajaré. Pero se queda oficialmente sin propina. No se mueva, me pongo un suéter.

Abejundio, mientras espera, levanta el cartón de la pizza y ve el horror. Vuelve a pulsar el porterillo, tres veces seguidas, con una duración exacta de uno coma dos segundos entre timbrazo y timbrazo.

– ¡Espere dos segundos y estoy ahí!

—No se moleste, señorita.

—¿Por qué?

—Eh... la pizza y yo tuvimos un accidente de camino... Digamos que no sobrevivió.

Abejundio, de rápido cálculo mental, iba en una moto hace exactamente treinta y seis coma tres minutos. A una velocidad de ochenta y seis kilómetros por hora, derrapó al entrar en la octava rotonda del trayecto, yéndose de bruces contra un árbol del que, según el único testigo presencial, cayeron siete hojas al modo otoñal. Después de cerciorarse de que las cuatro extremidades seguían en su sitio y de que el golpe le produciría probablemente entre cinco y ocho hematomas, tomó de nuevo el manillar de la moto y la puso de pie. Cuando arrancó pensó en los siete gritos que le daría su jefe por devolver el vehículo con un retrovisor menos.

—¿Nada grave?

Levanta la tapa de cartón de nuevo y mira el picadillo de salsas y colores, peritando el grasiento accidente.

—Parece... una pizza cubierta con otra pizza, previamente masticada.

—Me refería al accidente, ¿se hizo usted daño?

Abejundio, tan acostumbrado a que su infalible reloj nunca le preguntase nada, dudó unos instantes.

—¿Yo? No... estoy bien. Gracias por preocuparse.

—Debería cambiar de trabajo. El reparto no es lo suyo.

—Ya. Mi jefe no ha dejado de repetírmelo desde que me dio el casco esta mañana.

—Debería hacerle caso.

—Es posible. Bueno. Solo tiene que repetir el pedido y les explica lo ocurrido. Están acostumbrados. Buenas noches, gracias por contar con Pizza a prisa para comer rico cada día.

Abejundio suelta el eslogan mecánicamente mientras se sube la cremallera, de la cual están rotos tres de los doscientos veinte nueve dientes. Es la cifra exacta para que se atasque y no pueda cerrarse hasta arriba. Mira su móvil. Ve con fastidio el tiempo, el meteorológico: aún faltan tres coma cinco horas para que la tormenta se vaya. Así que se sienta en el rellano del bloque, dispuesto a devorar con frustración y en dos bocados la pizza siniestrada. Ya pensará en cuántos tragos le dedicará al refresco.

—¿Sigue ahí?

Le da un mordisco a la napolitana y dos gotas de salsa de tomate se precipitan en los pantalones de Abejundio. Él está a punto de maldecir, pero la voz vuelve a sonar desde el porterillo de los ochenta y cuatro botones para impedirselo.

—Menuda noche de mierda, ¿eh?

Él asoma la cabeza a la calle desde la puerta exterior del bloque, una puerta que sí sabe abrir. Grita, muy lejos de los botones, al otro lado del pasillo:

—¿¡Piso 35, verdad!? ¡¡me da vértigo hasta desde aquí abajo!! — dice Abejundio con la boca llena.

—¿Se está comiendo mi napolitana? ¿Está rica?

—El extra de cebolla fue mala idea, señorita Triguero.

—Pues tu empresa no se cansa de recomendarlo.

Abejundio se dirige hacia la papelería para deshacerse del cartón de pizza y tirar el tapón de la botella. Mira hacia la calle, mete una mano en el bolsillo derecho del abrigo para contrarrestar el frío que siente en la otra. Estima con velocidad que debe encontrarse a unos ocho grados. Pregunta:

—¿Qué ve desde ahí arriba?

—Veo su moto. Parece muy vieja.

—Ya, ya. Pero ¿qué ve cuando mira al frente?

—Nada. Nada vertical, quiero decir. Solo el horizonte.

—Debe ser relajante...

—¿Qué ha dicho? No le oigo.

Abejundio cruza tres metros de pasillo en dos zancadas para acercarse de nuevo hasta el porterillo interior del edificio.

—¡Que debe de ser relajante estar así de alejada del mundo! No ver nada... no oír nada. ¿Oye llover?

—La lluvia no hace ruido. Al menos no aquí. Solo pasa. Oigo el viento, eso sí. Silba entre los edificios. Es como si estuviera... en un trozo de hielo flotando en medio... de una tormenta, resguardada en mi iglú. —Una anciana entra entonces en el rellano y cierra su paraguas—. Cuando sopla muy fuerte, noto que el edificio se tambalea. No sé. Es como si...

—Como si el mundo entero fuera a estrellarse.

Abejundio piensa en el reloj que le falló en uno de los días más importante de toda su vida. Mira la hora. Calcula que ya debe estar despedido.

— ¿Adela? — dice la señora que se acerca con un paraguas plegado y cuatro mechones de canas húmedos pegados en la frente.

— Hola, señora Martínez.

— Oh, no sé qué he hecho, pero salí y...

— Las llaves, ¿no?

— Así es, cielo. Si no te importa...

— La puerta se atasca, pero lo intentamos.

— Gracias, tesoro.

— Mañana me paso a devolverte tus libros sin falta — dice la señora Martínez mientras abre la puerta como si fuese una ladrona experta —, no me olvido.

— Sin prisas, señora Martínez — responde Adela mientras la anciana se evapora al otro lado del cristal esmerilado de la puerta del edificio.

Abejundio no se lo cree.

— ¡La señora ha abierto mientras se escuchaba el ruido! ¡No había que esperar para abrir!

Ella intenta que sus carcajadas no se escuchen al otro lado, pero es imposible. Abejundio ha contado cinco carcajadas por lo bajini. Luego cuenta hasta diez para que se le pase el enfado. Cambia de tema:

— ¿Prestas libros a menudo?

— Los días laborables. Trabajo en una biblioteca. —Silencio—. Debería aprovechar, no durará.

La puerta no se ha cerrado del todo.

— ¿Aprovechar el qué?

Abejundio mira la etiqueta de la botella vacía. Cuenta los azúcares que ahora viajan por su cuerpo.

— Que ha dejado de llover.

Mira su moto, aparcada en la acera de forma que parece pedir a gritos una multa. Junto a ella, tocando la rueda delantera, hay un charco en cuya superficie ya no se aprecia movimiento alguno.

— Entonces me voy —dice Abejundio ruborizado después de escuchar el *clac* del cerrojo.

— Si no, igual no puede irse en toda la noche.

El repartidor, nervioso, intenta volver a subirse la cremallera del uniforme.

— Sería una estupidez, ¿no?

Se nota las mejillas ardiendo, tres o cuatros grados por encima de la temperatura corporal habitual, seguro.

— Adiós, señor repartidor.

Abejundio tira de la cremallera con violencia, de arriba abajo, sin control. Uno, dos. Tres, cuatro. Necesita desatascarla. Cerca de la puerta, a punto de encontrarse con la humedad de la noche, exactamente en el



quinto tirón, el reloj de pulsera se engancha en uno de los dientes. La correa se rompe y el golpe contra el suelo parte la esfera.

— ¿Qué ha sido eso? ¿Está bien?

— Adiós, señorita Triguero — se despide Abejundio sin tener la certeza de que alguien pueda escucharle.

Abejundio sale a la carrera y sin reloj. El mecanismo se le ha roto. Sin reloj, se ve incapaz de contar pasos ni haces de luces de farolas que atraviesa en la vieja moto hasta casa.

Al día siguiente, Adela, después de salir de la suya con una mochila de oso polar y su colgante de iglú favorito, encontraría abandonado un reloj en el rellano de su bloque. Aunque la esfera está destrozada, no se ha detenido, así que decide guardarlo. De repente, de forma intuitiva, puede contar velozmente a cuántas relojerías podría llevarlo para ponerle una esfera nueva. Después, cuenta la distancia que hay hasta ellas, cuántos autobuses la podrían dejar a tiro de piedra de las más baratas y cuántos pasos hay hasta las más caras.

Cuando se sienta detrás del mostrador de préstamos de la biblioteca, ve a un chico que lee un libro sobre el hielo en la Antártida en la mesa más próxima. Calcula, por el barrido de sus pupilas, que debe leer unas nueve líneas cada minuto. Comprueba en la base de datos que ese volumen tiene quinientas cincuenta páginas; acabará el libro en veinticinco horas de lectura regular. Abejundio se levanta y se acerca hasta ella con el libro en la mano:

— Quiero sacarlo, para leerlo en casa.

El reloj de pulsera permanece en la mochila de Adela. Abejundio no ha podido contar hoy nada de nada, y eso le ha ayudado a darse un respiro. Ahora solo piensa aprender sobre cómo se construyen iglús como ese del que hablaba la chica que pidió la pizza. Pero para eso necesitará tiempo.

—¿Qué sanción tengo si me retrasase en la entrega? —pregunta Abejundio.

—Cada día de retraso se le computa por un día en que no puede sacar títulos de la biblioteca.

Abejundio intenta calcular cuánto tiempo tardará en leer y si pasará mucho tiempo castigado. Sin su reloj no puede hacer eso, y se alegra.

—Es odioso esto de estar siempre midiendo y calculando el tiempo, ¿no cree?

—Alguien debería abolir el tiempo.

Adela le da la razón. Piensa que en su bloque vive alguien que votaría a favor de esa medida con los ojos cerrados después de lo que ha encontrado esta mañana. Le hace gracia la idea de comentárselo y formar un partido político contra las prisas, el agobio, el estrés. Seguro que conseguirían algún escaño. Sin embargo, se calla y se limita a extenderle a Abejundio el libro sobre el hielo junto a un papelito donde queda impresa la fecha de devolución. Él se da cuenta de que una anciana espera para devolver una novela histórica y se aparta para dejar el mostrador libre mientras guarda su libro en la mochila.

—Aquí lo tienes, bonita.

—Le dije que no había prisa, señora Martínez.

Para Abejundio el tiempo nunca había pasado tan tan tan despacio. Pensó en ser ocurrente, divertido; mostrarse lúcido, inteligente, atrevido, estelar. Pero solo le sale preguntar:

—¿Señorita Triguero?

Y sucedió lo que tenía que suceder. Que el reloj dejó sus últimos estertores en el fondo de la mochila de oso polar de Adela, deteniéndose para siempre. Cuando dos personas sospechan, de golpe, que lo que quieren es envejecer juntas, lo del tiempo es relativo.

## HOGUERAS

Rocío del Valme Cala López

28 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Una fina llovizna, casi imperceptible, caía en la tierra y comenzaba a empaparla. Leonilda y otras mujeres estaban en el bosque. No les importaba el mal tiempo. Tenían que concluir lo que habían empezado. Sentadas alrededor de un antiguo roble, con las manos unidas, pronunciaban un cántico. La luna llena, más grande que nunca durante ese mes, las contemplaba desde el cielo. Era una noche especial. Sobre sus hombros recaía la responsabilidad de que todo saliera bien.

Al día siguiente, la aldea de Tandor se levantó temprano. Debían prepararse para recibir la visita de unos posibles aliados. Deseaban cerrar con ellos un trato de paz y ayuda mutua. Por eso, algunas mujeres se llevaron toda la mañana preparando diferentes comidas para agasajar a los invitados de Xerrion. Este trato, en un futuro próximo, sería muy importante para la prosperidad del poblado. Por eso, todo el mundo estaba implicado en la celebración, intentando que todo saliera bien.

En el mercado los primeros puestos comenzaban a abrir. Vendían carnes y especias. Pieles y telas. Pero también aceite, vino, perfumes o piezas de cerámica. Un poco de todo lo necesario para la vida en esa época. Los visitantes llegaban en busca de los elementos que necesitaban y que podían intercambiar por los materiales que ya poseían. Los emisarios de Xerrion se retrasaban. Por eso, los anfitriones aprovecharon para terminar de preparar la estancia que se encontraba en mejor estado para recibirlos. Mientras, los intercambios en el mercado se seguían sucediendo como cualquier otro día.

En la entrada, una comitiva esperaba a los invitados. Cuando los forasteros llegaron, les dieron la bienvenida entre vítores y aplausos, mientras los conducían hacia el sitio en el que tendría lugar la reunión.

En la sala, dispuestas en la gran mesa central, había bandejas con comida. También ánforas de vino, que rápidamente repartieron entre los comensales. Guzmán y Diago, como representantes de sus respectivas aldeas, se sentaron para hablar sobre el pacto de paz e intentar llegar a un acuerdo.

La reunión transcurrió afablemente. La comida estaba exquisita y el vino cumplía con creces su propósito. En los comensales ya se podía comenzar a notar el rubor producido por el exceso de alcohol. Diago y Guzmán firmaron allí mismo el tratado de paz. Ambos se comprometían a dejar de lado las rencillas que pudieran existir entre ellos y colaborar para que ambas localizaciones crecieran exponencialmente con el paso del tiempo.

Una vez terminada la reunión y saciado el apetito, se levantaron. Pero, al cruzar el arco de salida, contra todo pronóstico, Guzmán y sus hombres cayeron al suelo entre convulsiones. Diago y los suyos se mostraron sorprendidos. No sabían qué había podido pasar. Así que, inmediatamente, llevaron a los forasteros al médico. No se explicaban cómo habiendo comido y bebido lo mismo ellos seguían con vida. Según relató el médico se estaban produciendo muchos casos de envenenamiento en extrañas circunstancias. Alguien podría haber usado magia negra sobre esos hombres. Últimamente, las brujas proliferaban en los alrededores. El médico recomendó a Diago investigar a todos sus súbditos, aunque él no acababa de creer que hubiera podido ser uno de los suyos. El tratado de paz les beneficiaba. No tenían motivos para haberlos matado.

De todas formas, las palabras del médico calaron hondo en él, sembrando la duda en su interior. De manera que Diago, como responsable de esos hombres, abrió una investigación. En casa de Leonilda y otras mujeres encontraron hierbas muy raras, libros con dibujos de plantas diseccionadas y recipientes de cristal desconocidos para ellos. Las pruebas comenzaban a señalarlas, ya que habían sido las encargadas de elaborar la comida que más tarde fueron servidas en la reunión. Además, varias personas de confianza afirmaron haberlas

visto salir el día anterior a altas horas de la noche. Todo apuntaba a que tenían algo que ver con lo ocurrido. A Diago ya no le quedaban dudas. La muerte de sus invitados sólo podía explicarse mediante la magia. Así que acabaron acusándolas de brujería. Y encontraron la muerte en la hoguera. Todo el mundo estaba enfadado con ellas. Habían roto un trato muy importante. Y aunque intentaron defenderse y contar su historia, no se lo permitieron.

Sabían que los emisarios ocultaban algo. Aldara escuchó el plan, casi de casualidad, cuando compraba unas telas en el mercado de Xerrion. Ese día dio unas vueltas hasta localizar el tipo de telas que buscaba. Entonces se paró para regatear con el comerciante. Y resultó que, justo en el puesto de especias colindante, dos hombres mantenían una conversación que la alarmó. Básicamente, se resumía en que los emisarios, una vez salieran de Tandor, sabiendo sus puntos débiles, pensaban enviar un batallón para acabar con toda la población. Por eso decidieron intervenir. No eran brujas, afirmaban. Solo utilizaron sus conocimientos sobre herbología para esparcir hábilmente sobre las copas de vino de los invitados algunas sustancias que combinadas entre sí provocaban un paro cardíaco. Pero lo hicieron para salvar a toda la población de una muerte segura. Mataron a quienes después pensaban tenderles una emboscada y matarlos a ellos. Y lo hicieron sin provocar más bajas de las necesarias entre sus habitantes. Ante todo, evitaron matar a ciudadanos de a pie que nada tenían que ver con la conspiración. Sin embargo, nadie las creyó.

Las quemaron en la plaza pública, a la vista de toda la comunidad. Cuando, después de quemarlas vivas, fueron a enterrar los cuerpos de Guzmán y los suyos, una nota cayó del bolsillo del primero. En esa carta se explicaba lo que las brujas dijeron. Diago maldijo en apenas un susurro. La muerte de esas mujeres había sido en vano. Gracias a su intervención todos los habitantes salvaron la vida. El poblado no podía saber de su error. Se les echarían encima. Así que Diago decidió no contar nunca la verdad, aunque las recordaran para siempre como unas traidoras.

Desde entonces, la historia susurraba sus nombres como la ligera brisa del mar. Nombres antiguos y con poder. Las olvidadas del mundo. Pero la tierra no las olvidaba. La tierra recordaba su hazaña, aunque los hombres se hubieran empeñado en borrarlas. En lugares alejados de las grandes ciudades todavía quedaban personas que sabían y recordaban su verdadera historia y sus logros. Mujeres con conocimientos sobre astronomía y medicina. Mujeres ignoradas por la historia, como tantas otras. Mujeres consideradas brujas por sus conocimientos superiores sobre el entorno y la materia. Leonilda, Beatriz, Gadea, Catalina, Aldara y Elvira. Juntas cambiaron la historia, salvándolos de una muerte segura. A cambio, solo recibieron el desprecio de sus propios vecinos y una muerte anticipada. Por eso, mi misión es recordarlas y mantenerlas vivas en la memoria, porque ellas forman parte de mi pasado. Al fin y al cabo, soy descendiente de Gadea, la más joven de todas. Ahora, sus nombres retumbarán en la consciencia y tendrán un lugar en los libros de historia.

## SOLO UN POCO MÁS

Sara Areales Barrero

24 años

Dos Hermanas (Sevilla)

¿En qué momento empieza a ser necesario decirlo? Tal vez no haga falta y se desprenda de los actos, como viene haciendo ya de forma cada vez menos sutil. Pero, a veces, siento ese impulso de verbalizarlo y todo mi cuerpo me empuja a hacerlo, mientras mi cabeza me calla y pienso en si tú no lo sientes; pienso en si es precipitado, pienso en que no seas capaz de decir lo mismo de vuelta y sigo pensando, pensando de más.

Estaba a punto de darme por vencida, ceder ante los sentimentalismos, rendirme a las emociones que me desatas frenéticamente, cuando ocurrió esto. Había decidido decirte que te quería el 14 de marzo. El día que te conocí, ocho meses atrás. El día en que se decretó el estado de alarma. Venga ya.

Parece una unión cósmica de coincidencias para burlarse de mí y, sin embargo, aquí estamos. Cerca de los dos meses de confinamiento, sin trabajo (ni ingresos) desde hace dos semanas, a punto de cumplir años sin más compañía que Henry (mi oso de peluche de un metro) y mis padres, y con perspectivas cada vez menos halagüeñas. Pero esto no es una historia de desgracias, ni siquiera de amor en cuarentena; es una historia de cómo afecta una situación que sale de los parámetros de la normalidad a alguien que ya lo tenía jodido.

Hace un año que me diagnosticaron depresión y ansiedad, y estoy en tratamiento psicológico y farmacológico desde entonces. Mi psicóloga decía que mejorar era como una montaña rusa; nunca vas mejorando progresivamente, sino que hay mil recaídas antes de llegar a la recuperación. Y yo había recaído un poco antes de este gran horror. Comenzaba a ver la luz al final del túnel cuando, ¡sorpresa!, un virus ultrainfeccioso anda suelto por la ciudad (y, en este caso, por el mundo



entero) así que os tenéis que quedar en casa confinados para protegeros “quince diitas”.

Las prórrogas del estado de alarma me recuerdan a cuando he quedado y digo que ya he salido de casa cuando aún no, y entonces resulta que se me había olvidado algo. Y al mirarme al espejo no me convence cómo voy, así que me cambio otra vez, total es un momentito de nada. Y salgo corriendo, y cuando llego al metro resulta que he olvidado la tarjeta, así que vuelvo, me cambio de nuevo; llego al metro, pero se acaba de ir. Y llego un día más tarde de cuando había quedado, pero por una vez tampoco pasa nada aunque las miradas acusadoras de mis amigos no digan lo mismo.

En mi defensa, he de decir que, exceptuando las veces en las que llego tarde, soy exquisitamente puntual.

Volviendo a lo que nos atañe, quiero poner el foco en la eterna olvidada cuando se trata de salud: la salud mental. Yo llevaba deprimida mucho tiempo sin darme siquiera cuenta, hasta que mi prima, en tratamiento por TCA desde hacía varios años, vio ciertos indicios preocupantes que solo alguien que había estado sometido al yugo de la psicología durante años podría haber advertido, como el hecho de que no me preocupaba ni lo más mínimo por mi salud ni mi vida. Así que, como cualquiera habría hecho en su situación, me concertó una cita a traición en su centro (cosa que yo le dije que iba a hacer, pero que llevaba postergando meses) y me arrastró por los pelos —metafóricamente hablando— para que llorara delante de un hombre que me dijo, con todo el tacto y la sensibilidad de los que únicamente un profesional es capaz, que tal vez estaba deprimida y que era normal porque a lo que daba importancia en mi vida no servía para absolutamente nada.

Recomiendo encarecidamente, como firme defensora de la salud mental, ir al psicólogo para solventar cualquier problema de malestar que te produzca *tu cabecita*. Pero no todos los psicólogos son buenos psicólogos y no todos sirven para tratar a todas las personas. Necesitas

encontrar qué es lo que te ayuda a ti, y es esencial tener una conexión con la persona delante de la cual vas a abrirte en canal. Además, no es fácil llegar al punto de comienzo de la mejora, antes hay que pasar por un sinfín de situaciones emocionalmente devastadoras y muchos abandonan a mitad del camino. No es que pueda culparles.

Lo primero que hay que tener en cuenta es que, como todo en la vida, el proceso es mucho más complicado si no tienes ni un duro. Yo no quería contarles nada a mis padres porque mantenemos una relación de afectividad silenciosa, en la que no compartimos demasiado acerca de nuestras vidas ni de nuestros sentimientos. Y yo no tenía el dinero que requiere un tratamiento. Los psicólogos son necesarios, pero también muy caros.

Así que hice lo que cualquier persona necesitada y pobre habría hecho: acudir a la sanidad pública. Una de las mejores cosas que tenemos en este país, y que sin duda se está poniendo de relieve con la situación, es la sanidad pública. Pero la escasez de medios se nota mucho cuando se trata de la salud mental (y por lo que he oído, en los demás casos también). Fui a mi médica de cabecera que es la que tenía que valorar si me mandaba al psicólogo, a contarle una síntesis de lo que me pasaba: no tenía ganas de vivir, que se me hacía un mundo llevar a cabo actividades rutinarias, que apenas las disfrutaba, que me odiaba y culpaba por todo lo malo que pasaba en mi vida y que lloraba todo el tiempo.

Y ella dijo que no lo entendía porque yo era guapa (me lo han dicho varias veces, sigo sin ver la relación entre una cosa y otra) y tenía buenas notas, pero que, si tanto quería ir al psicólogo, que me enviaba a que me vieran, aunque solo había uno y estaba “para cosas importantes de verdad”, así que no sabía si realmente podría atenderme. Yo ya me sentía una exagerada y un incordio sin que me lo dijera esa señora en tono paternalista, pero desde luego incentivó que saliera llorando de la consulta. Ay, el drama.

Un tiempo después de que me diagnosticaran, esa misma señora me diría que la depresión — cito textualmente — “no es una enfermedad, sino una etapa de la vida”. Lo que sin duda me pareció una estupidez enorme y me hizo reflexionar sobre la desinformación de los propios sanitarios acerca de la salud mental. Y sobre qué etapas se pensaba que tenía la vida. Imagino que sería algo así como: infancia, adolescencia, depresión, adultez y muerte. A veces, sin pasar por la etapa adulta porque puede que de la *etapa* anterior no salgas con vida.

En resumidas cuentas, a mi calvario diario tuve que añadir contárselo al psicólogo destructor de la autoestima al que, con la mejor de las intenciones, me llevó mi prima; a mi maravillosa médica de cabecera que me derivó a salud mental pese a que, a su juicio, yo no tuviera “problemas de verdad”; a la psicóloga que me vio y continúa haciéndome un seguimiento; a la psiquiatra encargada de mi medicación que tuvo que modificármela varias veces (en lo que llevamos de cuarentena, ya van dos); al enfermero de salud mental para que me viera las semanas que la psicóloga no podía; a los pocos amigos que tenía, para que me mostraran su apoyo e impedir que me tirara por un puente por pensar que no le importaba a nadie (realmente fue una prueba de fuego para todas las amistades que tenía, y las que mantengo después de aquello son un regalo) y, tras una serie de amenazas bienintencionadas y presión por parte de mi psicóloga y mis amigos, a mis padres. Es de las conversaciones más duras a las que he tenido que enfrentarme.

Lo bueno que salió de todo aquello es que mis padres intentaron entenderme y, dado que disponían de los medios de los que yo carecía, vinieron conmigo a salud mental en mi siguiente cita con la psicóloga para que me recomendara algún psicólogo privado que pudiera verme más a menudo y tratarme, ya que básicamente mi contacto con la psicóloga de la pública consistía en asegurarse de que no me había muerto y de que aguantaba así otras dos semanas.

Desde entonces, acudo a una psicóloga privada maravillosa que me manda un sinfín de tareas, algunas increíblemente extrañas, pero

que de un modo u otro, me ayudan. Empecé a mejorar al poco de ir, hice nuevos amigos y conocí a mi actual pareja. Tenía menos ansiedad, incluso cuando recaía conseguía sobreponerme y no volver a los remedios nocivos que usaba para castigarme por todo. Pero no podía evitar seguir recayendo. Es parte del proceso.

Y bueno, llegamos a la gran recaída. Lo primero que me mandó mi psicóloga para comenzar a superar mi depresión fue que hiciera cosas. Cualquier cosa que me gustase, lo que sea que me hiciera sentir bien. Lo que, en muchos casos, implicaba salir, conocer gente nueva, ir a tomar algo, o al parque, o charlar un rato en un banco o *yo-qué-sé-pero-fuera-de-tu-casa*. La finalidad era distraerme de mis pensamientos y recuperar el gusto por la vida que creía perdido. Eso es lo que me ha impedido el estado de alarma.

Obviamente, yo llevaba ya un cierto recorrido, pero seguía dependiendo de esas pequeñas cosas para motivarme a continuar.

Una vez que acudí a enfermería de salud mental, hace ya casi un año, mi enfermero Ramón, quien era propenso a los abrazos, sonreía mucho y hablaba por los codos, me hizo un dibujo —a pesar de su ineptitud artística— de lo que entonces aseguró que era una olla de presión. La olla estaba en el fuego, que era mi trastorno, y necesitaba una válvula de escape, algo por donde la presión pudiera escaparse. Se supone que mis válvulas de escape eran cualquier cosa que me hiciera sentir bien: mis amigos, mi familia, mis aficiones, etc. Y hablando de las válvulas de escape yo le decía que a veces no me servían porque tenía una voz en la cabeza amargada y agorera que me hacía sentir culpable por estar mínimamente contenta teniendo depresión y me pronosticaba que todo me iba a salir mal, y que lo mejor era dejar de intentarlo tanto, de hacer cosas inútiles que no me llenarían de ningún modo y acabar de una vez con todo. Recuerdo que me preguntó si esa voz de mi cabeza era la mía, a lo que sinceramente no supe qué responder. Y entonces me dijo que esa voz nacida de mi trastorno se había adueñado de mis pensamientos y de mi ser, de tal modo, que ya era incapaz de distinguirla de mi propia voz. Hoy sigo sin hacerlo.

A donde quiero llegar, es a que en estos días esa voz suena más alta, casi grita, y ocupa toda mi cabeza. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no prestarle atención y es realmente difícil porque conforme los días pasan porque ya no tengo ganas de hacer nada. No me concentro cuando leo algo, no me apetece levantarme por las mañanas, me da pereza contestar a los mensajes de mis amigos; y así me voy encerrando en mí misma, de nuevo, cada vez más. Esta sensación os será conocida a muchos porque el encierro prolongado lleva a la apatía y a la anhedonia. Algunos estéis experimentando esta sensación por primera vez. A mí y a muchos otros nos es, desgraciadamente, muy conocida.

El problema en mi caso es que encerrarme en mí misma tiene como consecuencia encerrarme con mi trastorno. El verdadero peligro del aislamiento es tener que lidiar con mis propios pensamientos sin ayuda externa. Soy la persona que más daño puede hacerme y, sin duda, la que más daño me ha hecho, y estoy poniéndome en bandeja hacérmelo de nuevo.

La finalidad de tanta palabrería es un simple ruego para que brindéis apoyo emocional a vuestros trastornados. Ahora que habéis experimentado algo ligeramente parecido, solo quiero que sigáis estas simples pautas:

1. Dadles amor. Nos hace falta saber que las personas que queremos están ahí y que seguirán, pase lo que pase. No es tan obvio como parece.

2. Cuando se abran, apoyadles. Nos sentimos unos exagerados la mayoría del tiempo, no ridiculicéis nuestros sentimientos cuando nos atrevamos a contároslos. Tenía una amiga, que en paz descansa (no está muerta, solo para mí), que cada vez que le iba llorando a decir lo sola que me sentía le restaba importancia diciendo que no era cierto y que era muy dramática. Fue la única a la que se lo dije durante años y una de las razones por las que me demoré tanto en acudir a salud mental. P.D.: SENTIR que estás solo no tiene que implicar ESTARLO. Son verbos distintos, aprended a diferenciarlos, por favor y gracias.

3. Está bien con que escuches, no es necesario decir nada. A veces solo queremos desahogarnos y tú eres el tremendo afortunado al que hemos elegido. No es necesario que conviertas una conversación en una charla motivacional; de hecho, las frases tipo Mr. Wonderful (“hoy sonrío PORQUE PUEDES”, “ser feliz está en tu mano”, “cada día haz algo bonito que recordar”) pueden llegar a ser contraproducentes. Algunas dan a entender que la incapacidad de ser feliz por voluntad propia es una especie de tara, lo cual es una especie de estupidez tremenda.

4. Apoyar no es sinónimo de consentir. No hay enfermedad que justifique tratar mal a los demás (excepto, tal vez, un tumor cerebral que altere tu conciencia o algo del estilo; tampoco estoy muy puesta en el tema). De modo algo más frecuente de lo habitual estaremos irritables o extremadamente sensibles, pero no por ello somos incapaces de comportarnos adecuadamente.

5. No forcéis. Recomendar, incentivar, promover,...; todo eso está genial, en serio. Pero cuesta mucho reconocer que tienes un problema real. Que alguien intente hacértelo ver puede ser necesario, pero también insuficiente. Hasta que uno mismo no toma consciencia y decide hacer algo al respecto para cambiar su vida no va a ocurrir nada, por frustrante que parezca.

Y para la otra parte: no estás solo. Sé que a veces sientes que lo estás, que parece que no le importas a nadie y el mundo se te viene encima, pero antes de que te des cuenta podrás dar un paso al exterior, sentir el sol en tu cara, saludar también a la gente que no tiene perro (con precaución, por supuesto), cagarla estrepitosamente confesando lo que sientes a la persona que te gusta y hablar con tus amigos sentados en un banco acerca del desastre.

Antes de que te des cuenta podrás volver a vivir esa vida que, si te atreves a enfrentar, verás que sí, merece la pena.



## ÉRASE UNA VEZ ELLA

Alejandra Carmona Vicente

16 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Érase una vez ella, nacida del Guadalquivir, de corazón y alma transparente, de las que te puedes ver reflejado si sabes cómo mirar. De cabellos como una torre a las puerta de Triana y de ojos teñidos del verde que se adueña de un patio andaluz. Érase una vez la nieta de la Giralda y el Giraldillo, hermana de los naranjos y prima de una gitana que llevaba el flamenco como estilo de vida y la sangre a lunares. Érase una vez una vida al compás de las cornetas y los tambores, una vida bulliciosa guardada entre los colores de los atardeceres que visten las calzadas y una leve y lejana melodía indicándote el camino a casa. Érase una vez una mozuela de cabeza alta, ropa gastada, vida humilde, ideas claras y aroma a azahar. Érase una vez ella.

Dos jóvenes bajaban la calle a toda prisa, corriendo y llevando a hombros los dos sacos llenitos de naranjas y alguna que otra rebelde flor de azahar mientras desafiaban a la suerte y eran perseguidos por doña Rosales y su hijo. Esta llevaba su característica bata morada de flores mientras intentaba atrapar a los ladrones utilizando su escoba, pero la distancia ya era demasiada como para que el extremo del utensilio alcanzara a alguno de los dos, y los sacos fueron guiados en una carrera que parecía interminable. Solo cuando al doblar la esquina vieron que doña Rosales había desistido en su misión de recuperar su fruta y que su hijo había vuelto para comprobar el estado de su madre, tanto Margarita como Enrique se permitieron el lujo de llenar de nuevo con aire sus pulmones, en un intento de sofocar su inestable respiración. Y después de una breve pausa, ambos decidieron volver a casa antes de que nadie notara su ausencia.

Ambos jóvenes trotaron por el camino de vuelta que tantas veces habían recorrido y que ya se sabían de memoria, las calles al sonido de sus pasos se iban desprezando y lo que parecía un nuevo día iba cobrando



forma ante los ojos de Margarita: ventanas abriéndose para dar paso a la claridad de la mañana, cubos de agua siendo arrojados fuera de las casas, vecinas saludándose a través de los balcones, maletines siendo sostenidos a mitad de un bostezo, sombreros colocándose en un intento de ocultar los estragos del sueño, vehículos haciendo acto de presencia en las carreteras, pájaros posándose en los árboles haciendo resbalar las gotas de rocío...; ruidos leves y aún dormidos que presentaban al mundo las nuevas veinticuatro horas.

Era tanto su deleite que cuando volvió de su ensimismamiento se dio cuenta de que su hermano se encontraba cruzando hacia la otra calle, muchos metros por delante de ella. Apresuró el paso y aunque con un poco de demora, llegó al establecimiento donde sus abuelos tenían el negocio familiar, local que hacía la función de bar y hogar al mismo tiempo. Recogieron la llave que habían dejado escondida bajo la maceta de la entrada cuando salieron de madrugada y, nada más entrar, se encaminaron al almacén de las conservas de las que se servían en el establecimiento para cumplir la función que se le había encomendado. Allí, en el mismo hueco de siempre, escondieron los sacos de naranjas y se deshicieron de cualquier tipo de prueba que los incriminase del robo que acababan de cometer, jugaron a las cartas durante un tiempo. Mientras, su abuelo despertó y los buscó para abrir el negocio, como cada mañana, sin tener idea alguna de las escapadas que realizaban algunos días sus nietos.

—Buenos días. Tan madrugadores como siempre. A quien madruga Dios le ayuda.

Sin duda esa debía ser su frase favorita, pues salía de su boca todas las mañanas sin excepción y a modo de saludo introducía buenos presagios para lo que estaba por llegar, sin poder imaginarse de hasta qué punto sus nietos debían ser ayudados por Dios: en ocasiones pisaban las calles antes de que el sol casi ni lo hiciera.

—Margarita, por favor, recoge el papel con la lista de la compra que dejó ayer tu abuela y acércate al mercado a por lo que sea necesario.

Margarita recogió el papel que colgaba de la puerta de la cocina, alcanzó el carro donde llevaría los productos, metió en su bolsillo las pesetas que su abuelo le ofreció para poder pagar la compra y fue leyendo la lista mientras salía de nuevo del local. Y entonces su pecho se iluminó un poco al descubrir que en ella figuraban las naranjas.

Por fin de nuevo iba a ser el día.

Caminó apresuradamente, tropezó en numerosas ocasiones con personas absortas en sus pensamientos como ella, las piedras de la calzada crujían bajo sus pies mientras un objetivo claro en su mente le empujaba a no dejar de sonreír.

Hizo la compra con una velocidad casi inhumana y la dejó dentro de su casa con la misma rapidez, introduciendo las naranjas de la mañana dentro del carrito también y guardando el dinero correspondiente para después dividirlo con su hermano a partes iguales.

Llevaban repitiendo el mismo proceso durante mucho tiempo. Ambos, cada vez que tenían la oportunidad, se dedicaban a cometer pequeños hurtos para poder obtener distintos productos como huevos, frutas, hortalizas, leche... de forma que el presupuesto de la compra del mes que estaba destinado a ese alimento lo dividían y lo invertían en cosas personales y que por supuesto no compartían bajo ningún concepto con sus abuelos, para no correr el riesgo de que fueran castigados. Ambos sabían que estaba mal y que con sus actos estaban arriesgándose a ser apresados y denunciados, pero la pequeña cantidad de dinero extra que conseguían y el pensamiento de que a las personas a las que robaban no les suponía una gran pérdida, les ayudaba a olvidarse del asunto.

Así que Margarita, tras darle a escondidas el dinero a su hermano y almorzar junto a su familia, anunció que ese día llegaría tarde a casa, posiblemente tras el atardecer.

Partió hacia su cometido, que por suerte no se encontraba muy lejos de su casa, dobló la esquina de su calle y rehízo de nuevo parte del camino que esa misma mañana ya había andado. Pasó saludando a conocidos que dividían su camino y se dispersaban en todas las direcciones posibles, observó a las palomas que peleaban furiosas por algún trozo de pan que encontraban por la calzada y, casi sin darse cuenta, la calle Feria hizo acto de presencia. Allí se encontraba su objetivo: el tranvía de Sevilla.

Este transporte había sido su principal fuente de información y de ocio desde ya hacía unos cuantos meses. Había montado en él debido a un recado encomendado por su abuela y las historias que conoció en ese breve trayecto le habían hecho querer volver cada vez que podía. Sabía que, pese a que su coste era de poco más de una peseta, sus abuelos tenían diferentes gastos que les impedían poder cumplir este excéntrico capricho. Por eso ella lo cubría con sus pequeñas ganancias secretas que, administradas correctamente, les permitían poder disfrutar de más de un viaje.

Para poder acercarnos de manera más completa y cercana a alguno de los descubrimientos que hacía nuestra joven protagonista, nos tomaremos la libertad de entrometernos en las anotaciones que cada día al llegar a casa realizaba con la intención de no olvidar ni un solo detalle de sus escapadas:

*«Siempre he creído que hay algo de especial y mágico al oír hablar a alguien del sitio al que pertenece. Y no me refiero al sitio dónde nació, porque ese lugar es fruto del azar y por tanto puede no representarle. Me refiero el sitio al que elige pertenecer, aquel que guarda un poco de cada persona y de su historia y aquel al que se desea volver siempre para revivir los momentos que lo convirtieron en un espacio memorable.*

»16 de marzo

*Hoy en el tranvía he conocido a un antiguo marinero.*

*Por la mañana decidí que hoy acompañaría al vehículo durante todo su trayecto y cuando pensaba que iba a terminar el día sin poder apuntar nada interesante en mi cuaderno, él se montó en la siguiente parada con un semblante misterioso. Al principio, como siempre, no quise preguntarle nada, no quería que pensara que era una entrometida, pero entonces sacó una armónica de plata y se puso a tocar una leve melodía que casi parecía un susurro junto al ruido que hacía el gran aparato en el que íbamos montados. No pude aguantar la tentación de preguntarle por el instrumento.*

*A partir de ahí ambos comenzamos una agradable conversación: hablamos de instrumentos de viento, de qué era lo que más le estaba gustando de Sevilla, pues se encontraba de visita, y terminé por descubrir que la armónica era uno de los recuerdos que guardaba de sus travesías por el mar.*

*Durante todo el tiempo que estuvo a bordo de su barco, la armónica se había convertido en su mejor aliada y juntos intentaban amenizar las tardes de los que compartían su navío.*

*También me comentó que desde que era joven, durante el atardecer, él se acercaba hacia el mar y, mirando cómo el sol se ocultaba, desprendía de su armónica una melodía que complementase lo vivido. Y desde que se encontraba por las calles de Sevilla, su tradición la había estado llevando a cabo a las orillas del Guadalquivir.*

*Él era el encargado de ponerle banda sonora a las puestas de sol y ese era sin duda su instante favorito.*

*Después de eso, él bajó en su parada y nos despedimos con la incertidumbre de que el tranvía algún día volviera a hacernos coincidir.»*

*»7 de mayo*

*Querida persona que en un futuro esté leyendo este cuaderno, aunque sea yo misma:*

*Esta mañana, mientras me encontraba esperando el tranvía en la plaza de la Encarnación, porque era la parada que encontré más cerca de donde estaba, vi aparecer a una mujer joven que se dispuso a esperar junto a mí.*

*Sin duda, una de las cosas que más me llamó la atención de ella fue que llevaba pantalones y el pelo corto, por encima de los hombros.*

*Inconscientemente llegaron a mi memoria la imagen de otras mujeres que había visto a lo largo de estos últimos meses y que habían lucido su mismo estilo. Era diferente, pues normalmente el pelo largo y las faldas eran lo que solía predominar, pero debo reconocer que su cambio y la forma en la que parecía defenderlo inspiraban.*

*Cuando el medio de transporte llegó, yo me dispuse a entrar en él, sin embargo, ella se desplazó y decidió entrar en su jardinera mientras cargaba con un maletín.*

*El tranvía comenzó a andar, y la curiosidad hizo que la mirara, pero pese a que no me faltaban ganas de acercarme a ella y preguntarle por su historia, decidí no hacerlo y la desilusión de perderme lo que podía ser una gran conversación comenzó a invadirme.*

*El tranvía avanzaba despacio. Y de repente, cuando menos lo esperaba, una mano elegante me tendió un clavel rojo. Fue al descubrir quién había sido la ejecutora de esa acción que mis preguntas comenzaron a salir disparadas sin que lo pretendiera.*

*De esa conversación extraje datos muy curiosos: ella era bailaora, había nacido en Sevilla pero por motivos que no me quiso exponer tuvo que desplazarse a Madrid durante un tiempo y allí decidió cambiar de estilo. Ahora había vuelto y se moría de ganas de volver a un tablao y disfrutar haciendo lo que más le gustaba: bailar.*

*Después de la conversación, ella bajó en su parada y nos despedimos con la incertidumbre de que el tranvía algún día volviera a hacernos coincidir.”*

Volviendo al presente, nuestra protagonista se encontraba en la calle Feria y se disponía a subir al medio de transporte como de costumbre; pero esta vez, antes de poder siquiera visualizar dónde colocarse, oyó como alguien la llamaba.

Era el conductor de la máquina. Cuando Margarita descubrió su identidad, toda la sangre que reposaba en su cuerpo bajó hasta los pies y su cara adquirió un tono muy pálido. El conductor era nada más y nada menos que el hijo de doña Rosario, la dueña de las naranjas que ella y su hermano habían robado esa mañana.

Hizo el amago de huir, pero finalmente su conciencia le reprochó el acto y terminó decantándose por escuchar las consecuencias que acarrearían sus actuaciones.

Pero, para su sorpresa, el transcurso de la conversación no fue el esperado.

Es cierto que Tomás, el hijo de doña Rosario, le reprochó la acción de esa mañana y le advirtió de que en caso de que volviera a hacer algo parecido se vería obligado a denunciarla. Pero cuando Margarita se disculpó y en un intento de justificar su acción le contó en qué empleaba el dinero, él decidió hacer un trato con ella; Tomás se ofreció a pagarle los viajes en el tranvía a cambio de que ella, al terminar la semana, le contara alguna de las historias que hubiera podido recoger a lo largo de esos días y, por supuesto, a cambio de que dejara de robar.

Margarita recuperó de nuevo el color, sus ojos se iluminaron y le prometió que nunca más volvería a hacer ningún tipo de acto semejante, pues ya su conciencia llevaba tiempo recriminándole su conducta. Ambos sonrieron y ella subió al vehículo.

Mientras disfrutaba del paseo, reflexionó.

Las historias que escribía tenían unos personajes que se la habían relatado personalmente, que la habían vivido y sufrido, y pese a que ella sabía su nombre, no los escribía, para poder así preservar su identidad.

Esas historias la conmovían, la emocionaban y funcionaban como un libro en el que al adentrarse te evadías de la realidad, además de hacer revivir con sus actos a esas personas los momentos más entrañables y memorables de su pasado, visualizar y percibir los presentes y planear y desear los futuros.

Al terminar su trayecto, volvió a casa y les contó a su abuela, a su abuelo y a su hermano las historias, pues ya eran también en cierta parte suyas, y se hizo una promesa a sí misma:

Alguien antes o después seguiría su legado, pero las anécdotas recogidas en las páginas de ese futuro cuaderno, serían las suyas. Seguiría disfrutando de escuchar y revivir, pero no se olvidaría de que en algún lugar y en algún momento una persona compartiría esos sentimientos al leer su historia, y para ello tenía que comenzar a relatarla desde el principio:

Érase una vez...

## OLVIDADO

José Antonio Muñoz Cousinou (14 años)

Sergio Pacheco Vaquero (14 años)

Dos Hermanas (Sevilla)

El problema real no es si las máquinas piensan,  
sino si lo hacen los hombres.

B. F. Skinner

Y de repente, Él se despertó. Estaba confuso, se encontraba en una especie de...

¿Bosque? Sí, era un bosque, eso era lo único que tenía claro. De hecho, no se acordaba ni de su nombre, sentía un fuerte dolor de cabeza y no se podía mover. A los pocos minutos, recobró el movimiento, pero todavía no se acordaba de nada, solo de las cosas básicas, como andar y respirar.

Se levantó y vislumbró en el oscuro cielo una luz al lado de la luna llena. Siguió la luz, hasta llegar a una especie de pueblo costero. Él entró, y le asombró la grandeza del lugar. Grandes edificios abundaban en toda la zona. Vio un cartel que marcaba la entrada. Pero tampoco sabía leer, así que no lo entendió. Avanzó y, de repente, le vino un olor. Le resultaba familiar, pero no sabía por qué.

Él empezó a moverse por el lugar, con una extraña sensación de familiaridad, pues sin saber por qué, se orientaba por el pueblo sin ningún problema. A veces incluso reconocía locales. Se preguntaba constantemente qué era lo que le había ocurrido, y de igual manera, sentía que le faltaba algo, algo importante, pero no sabía qué.

Entró en un edificio con un letrero gigante, con comida dibujada, había decenas de estantes con alimentos, cogió un poco y vio más cosas que había dentro. No tenía la sensación de que hubiese tardado demasiado, pero cuando se dirigió a la salida, una luz penetró en sus



ojos. Era el sol, se había hecho de día. A Él esto no pareció importarle demasiado. Al salir se percató de una cosa: delante había un camino que llevaba a un tipo de territorio que daba al agua. Era una playa. Sonrió al verla, pero tampoco sabía por qué. Corrió sin pensar hacia la blanca arena, espantando un grupo de gaviotas.

Se acercó al mar y se sumergió en el agua fría. Sintió una cosa rozándole los pies, miró y vio un pez; era grande, plateado y con la cabeza blanca. Se agachó y observó al ser acuático. Este se fue de allí y Él lo siguió, se estaba dirigiendo hacia un estanque.

Se quedó observando los peces un tiempo. Admiraba su belleza, su simpleza, su única preocupación era sobrevivir. A diferencia de Él, ellos no tenían que hacerse preguntas como dónde estaba o qué había pasado ni qué es eso que falta. De repente, escuchó un rugido y se alarmó. Miró a sus alrededores y no vio nada. Era su estómago, tenía hambre, mucha hambre, había soltado la comida para ir a la playa. Por un momento, miró a los peces y pensó en comérselos. No, no podía, no podía hacer semejante barbaridad. No podía matar un pobre pez con sus propias manos, simplemente, no podía.

Salió del agua y se dirigió de nuevo a la tienda. Cogió los alimentos que había dejado anteriormente y se los comió.

Decidió seguir investigando aquel sitio, pero cuando se quiso dar cuenta, se había hecho de nuevo de noche. Los días pasaban muy rápido, demasiado a su parecer, y esto le empezaba a extrañar. Entró en un gran edificio que había justo en el centro. Era un centro comercial. Había muchas cosas y luces allí y esto le saturó de información. No sabía por dónde empezar, así que cerró los ojos y anduvo en línea recta.

Cuando los abrió, contempló unos estantes repletos de unas pequeñas láminas blancas y negras. Se acercó y vio que tenían una apertura. Abrió uno y una nevada montaña apareció ante sus ojos en una pequeña pantalla. Había algunos cuadrados con cosas escritas en ellos, pero no sabía cómo funcionaba aquel artilugio. Observó unas

teclas con símbolos en cada una. Pulsó una y la pantalla se volvió negra. Decidió cerrar el aparato y dirigirse a otro lado.

Siguió unos pasillos que le llevaron a una sala con unas perchas que tenían algo colgado; recordaba lo que era, era ropa. Cogió unas cuantas prendas y se las probó frente a un espejo. Parecía que se acordaba de esa tienda.

Cuando terminó de cambiarse de ropa, volvió a pasar por un pasillo y esta vez llegó a una especie de almacén, con cosas rectangulares en el suelo. Él tocó uno y notó que estaba blandito, decidió tumbarse, para probar cómo era, y notó algo abultado debajo de una tela. Quitó esa tela y vio que había una especie de saco que era aún más blando y cómodo que el rectángulo en el que estaba tumbado. Así que apoyó la cabeza, se tapó con la tela y, sin más, se durmió del cansancio.

Cuando despertó, se fue de la tienda, quería seguir explorando aquel misterioso pueblo.

Fue hacia el bosque de nuevo, para ver si había algún otro lugar por allí que no hubiese visto. Se adentró entre los abetos y matorrales y encontró, en la ladera de una montaña, una cueva. Él, asombrado por la belleza natural de aquel sitio, entró para observar más de cerca unos pilares que colgaban del techo y rozaban el suelo.

De repente, escuchó otro rugido, pensó que era su estómago de nuevo, que tenía hambre. Lo volvió a escuchar y se giró para irse de allí, pero entonces, se dio cuenta de que no era su estómago el que produjo aquellos sonidos, sino lo que tenía enfrente. Una bestia del doble de su altura y color marrón, con largas garras, le observaba. Se quedó paralizado, la bestia se estaba acercando a Él. Seguía sin poder moverse y cuando estaba cara a cara con esta, un zarpazo le arrancó parte del brazo.

Sin más, Él empezó a correr de forma impulsiva, sin saber hacia dónde iba. Era asombroso, era la primera vez que Él sentía algo, y era miedo, tenía miedo de morir. Tenía un fuerte instinto de supervivencia.

Huyó durante varios minutos, hasta que chocó contra algo y cayó de bruces contra el suelo. Miró hacia el frente y no había nada, solo un grupo de abetos en línea. Intentó pasar de nuevo entre ellos, pero volvió a chocarse. Había una especie de barrera invisible que le impedía el paso. Empezó a seguir la barrera y se dio cuenta de que estaba delimitada por unos abetos, separados cada uno por la misma distancia.

Él se desesperó. No sabía qué hacer. Estaba encerrado y pensó que, si no salía de allí, se le acabaría la comida.

De pronto, se acordó de una cosa. La playa. Creía que los abetos eran los que formaban la barrera y en una playa no podía haber abetos. Entonces, se dirigió de nuevo al pueblo. Y desde allí, hasta la playa. Se metió en el agua y empezó a nadar. Tardó mucho tiempo y se paró varias veces para descansar. Pero de repente, ¡pum!, se chocó de frente contra la barrera de nuevo. No eran los árboles los que la formaban, era casi como si estuviese... ¿programada? No lo sabía, pero se fue de vuelta lo más rápido posible hacia el pueblo.

Él empezó a volverse loco con el tiempo, por la soledad y el aislamiento. Hasta que, nueve meses después, se levantó, como todos los días. Vivía en la tienda, pero estaba harto, harto y loco. De hecho, desde hace tiempo, había empezado a ver personas y seres extraños, pero cuando intentaba tocarlos desaparecían. Cuando salió de la tienda, vio ante sus narices una bestia que tenía cinco veces su altura. Era marrón y tenía sangre por todo el cuerpo. Se agachó y llevó la cabeza hasta Él. Este lo fue a tocar, incluso con esperanzas, desde que se encontró con la bestia que le desgarró el brazo (el cual tenía todavía destrozado) no había vuelto a ver ni siquiera un solo animal. Tenía esperanzas de que este fuese real, lo necesitaba, necesitaba tener cerca un ser vivo. Pero

no, cuando lo fue a tocar, desapareció, como todos los demás. Pero esa iba a ser la última vez, pensó, no pasaría nunca de nuevo.

Y, desesperado, empezó a planear lo que iba a hacer. Cogió una pala, un hacha y un poco de madera. Se dirigió al bosque y taló unos cuantos árboles, creando un círculo de abetos. Allí, comenzó a cavar en el medio, y cuando el agujero fue lo suficientemente grande, empezó a poner tablas de madera sobre el hueco para después volver a poner la tierra. Hizo una pequeña cavidad por detrás del hoyo para poder entrar, y una vez dentro, la tapó. Se había enterrado vivo. Se moriría por asfixia, pero le daba igual, esa iba a ser la última vez que se aislaba, para siempre. A las pocas horas, ya empezaba a sentirse asfixiado, y de hecho, había empezado a arrepentirse. Poco después, se desesperó, no podía estar encerrado en aquel pueblo, pero tampoco quería morir. Trató de romper cuidadosamente la madera, para que la tierra no le aplastase, pero, al ver que no podía, estalló. Podía parecer que había llegado al límite de su locura, pero no. Estaba mucho más cuerdo que nunca, solo no quería morir, y menos así. Aporreó lo más fuerte que pudo la madera, pero no se rompía. Se estaba quedando sin aire. No sabía exactamente cuánto tiempo llevaba allí ¿Horas? ¿Días? ¿Semanas incluso? No, no podía llevar tanto tiempo, claro, pero para él había pasado una eternidad. ¿Por qué había decidido hacer eso? No se acordaba, pero, espera, había... Había empezado a recordar cosas, recordaba su nombre, recordaba que tenía una familia, recordaba cómo leer, recordaba todo. Se llamaba... Pero no, no pudo recordarlo por mucho tiempo más. Se estaba asfixiando, no le quedaba aire en los pulmones. Sentía una gran angustia, no podía respirar, desde el ataque del oso (porque ya recordaba que era un oso), no había podido sentir nada. Esta era la primera vez, y la última.

Entonces, murió.

FIN DE LA SIMULACIÓN. EL SUJETO HA MUERTO.

Esas fueron las últimas palabras que oí aquel día. ¿Qué quién soy yo? Bueno, mi nombre ya no importa, dentro de poco, pasaré a la

historia. Soy un científico experimental. Y hace nueve meses, empecé un experimento, el que acabas de leer. No, no era una historia, era un experimento. Con unos muy desarrollados sistemas tecnológicos, borramos la mente del sujeto al que llamo Él en toda la narración, y a continuación, lo metimos en un pueblo recreado por realidad virtual, pero tan realista, que cuando se enterró, su cerebro real interpretó que sus órganos habían dejado de funcionar, por lo que este paró también, haciendo que sus órganos reales lo hicieran con él. Si, se podría decir que yo lo maté. Yo le puse aquella barrera, haciendo que se volviera loco; de hecho, yo le metí en esta simulación, yo le condené, incluso vi cuando estaba arrepintiéndose, y no hice nada, lo vi morir, yo tengo la culpa.

Y hoy, exactamente un mes después, con una pistola en la mano, apuntándome en la sien, me despido, me despido de ti, lector, me despido de mi familia, de mis amigos, de mi esposa, de mis hijos, y de mis experimentos y estudios. Soy un psicópata, mi existencia solo daña el mundo, no merezco vivir.

## LOS SECRETOS DE MALI

Estela Gloria Lora Guzmán

16 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Hoy mi nieta me ha pedido que le cuente una historia y, sinceramente, creí encontrar la oportunidad perfecta para explicarle cuánto han cambiado las cosas.

Nos remontamos a 2020, cuando apenas tenía 21 años. Por aquel entonces, estábamos viviendo una gran crisis en el planeta, donde la humanidad desesperaba por frenar un desastre que parecía ya casi irreversible. Parece irónico que fuera en esos años cuando comenzáramos a concienciarnos del mal estado del planeta y no antes...

¡Uy, despistada de mí!, olvidé presentarme. Soy Jane Evans, en aquellos años estudiante de medioambiente en Francia. Inicié un proyecto de investigación sobre la inmigración con mi compañero de carrera y mejor amigo, Cooper Smith; no os podéis imaginar la alegría que nos invadió cuando nos concedieron una beca para viajar a Mali por nuestras buenas notas.

Aunque el trayecto fue muy largo (puesto que viajamos en barco), me resultó precioso. Recuerdo perfectamente la sensación de euforia e incertidumbre del primer día. Me encantaba asomarme a la proa, sentir el mar y la brisa acariciándome el rostro; decidí entonces olvidarme de la universidad y los exámenes y centrarme en el proyecto.

Cinco días después, llegamos al sur del país a través del Níger. Las aguas allí eran de un color distinto, más verdoso quizás. Y en el puerto... se apreciaba a simple vista que era un país paupérrimo; los barcos, desgastados y despintados, daban al paisaje una imagen más lúgubre de lo que realmente era.

Inmediatamente, nos atendió un guía africano para llevarnos a la casa alquilada en el centro del país. Tras unas cuantas horas de viaje, llegamos a nuestro destino. Al bajar del coche sentimos las miradas de todos los vecinos de la zona, observándonos con curiosidad, con prudencia; algunos quizás cuchicheando que podríamos ser de esos periodistas molestos que solo iban allí a sacarles fotos y después marcharse.

Bajamos nuestros materiales de trabajo (libretas, lápiz, grabadoras, cuadernos, apuntes, agendas...); acto seguido, nos dispusimos a instalarnos.

La casa no estaba tan mal como habíamos imaginado: tenía dos dormitorios, un cuarto de baño y la cocina. Aunque no era muy espaciosa y no tenía artículos muy lujosos, nos conformamos de buena gana; además estábamos algo exhaustos del viaje, así que decidimos acostarnos para empezar la investigación por la mañana. Al día siguiente nos vestimos, cogimos las cosas y nos dirigimos al mercado más cercano a comprar la comida que necesitaríamos para unos días. Observamos (algo impresionados) que era muy pequeño, con poca variedad y si había algún alimento de mejor calidad, solo los más adinerados podían permitírselo. Debo admitir que me llamó mucho la atención que todos los productos (o la gran mayoría) se vendiesen a granel (y no fui la única, pues vi a Cooper apuntando datos como loco). Al salir del mercado el sol brillaba tanto que nos deslumbró por un momento, pero una vez acostumbrados a la claridad, divisamos en una zona arenosa unos niños jugando al fútbol.

Mientras navegábamos en un mar de pensamientos, advertimos que uno de ellos estaba sentado, observándonos fijamente. Cooper y yo cruzamos una mirada con la que no hizo falta una sola palabra, los dos nos dirigimos hacia el niño como por impulso, sin saber muy bien por qué. Aquel chiquillo seguía mirándonos con la misma expresión indescifrable, demasiado para venir de un niño tan pequeño. Se habría caído porque le sangraba la rodilla y no tenía nada para curarse; por suerte, llevábamos encima el botiquín junto con vendas que habíamos

comprado hace un momento. Era pequeño, de unos 11 o 12 años, de tez oscura y ojos grandes verdosos. Me atrevería a jurar que jamás había visto antes una mirada como aquella, una mirada que me creó curiosidad cuando me dispuse a curarle con desinfectantes, algodón y vendas... ¡Pobrecito! No se movió ni quejó en ningún momento; tampoco me dio las gracias, pero no hizo falta para saber que estaba agradecido.

Volvimos a la casa a dejar la compra y pasamos el resto del día explorando la zona, hablando con cuantos podíamos, apuntando todo detalle que pudiera servirnos... A eso de las nueve de la noche, regresamos tras haber andado ese día unos veintitantos kilómetros y nos dispusimos a dormir. Sobre las tres de la mañana, un fuerte estallido nos sobresaltó.

—¿Cooper? ¿Has oído eso?

—Sí, ¿qué será?

Mientras hablábamos, un segundo estallido, aún más cercano, nos hizo reaccionar.

—¡¡Deprisa, recoge las cosas ya!! Hay que salir de aquí.

En la calle había muchísima gente corriendo despavorida de un lugar a otro, niños llorando, gente herida, fuego por doquier... Todo apuntaba a que se trataba de un ataque terrorista y nosotros, sin saber qué hacer. Mientras estábamos corriendo, vimos un árbol en llamas a punto de desplomarse sobre una niña que se había caído. Cooper no se lo pensó dos veces y corrió a socorrerla; tenía un corazón que no le cabía en el pecho, pero esta vez, le pasó factura. Cuando llegó hasta ella el árbol crujió, y en un intento inútil de salvarla de las llamas, se echó al suelo rodeándola con sus brazos. Ese instante se me pasó a cámara lenta, como si me hubiese dado tiempo de ir y sacarlos antes de que ocurriera. Sin embargo, me quedé ahí, inmóvil, sin creer que lo que estaba viendo era real. Entonces un hormiguelo empezó a recorrerme



el cuerpo, haciéndome sentir débil y un vago recuerdo me decía que alguien tiraba de mí.

Al recuperar la conciencia, vi unos ojos verdosos muy familiares clavados en mí. Me sobresalté pero en seguida lo reconocí.

—Hola, ¿dónde estoy? —pregunté lentamente.

—En mi casa de campo, aquí estaremos seguros. —

El chico leería mi desorientación, porque siguió hablando— .

Te vimos caer y te llevamos con nosotros. Repetías muchas veces un nombre, ¿era el hombre del árbol?

¡Cooper!... Por un momento pensé que todo había sido una pesadilla, pero esas palabras me hicieron volver a la realidad.

—¿Sabes algo de él? ¿Está bien?

Por desgracia, su expresión fue tan inexpresiva que comprendí perfectamente sin necesidad de explicación...

—Me llamo Jane. ¿Cuál es tu nombre? —dije, intentando contener las lágrimas.

—Koumenda, Cédric Koumenda.

—Muchas gracias por ayudarme, Koumenda. ¿Cómo va tu rodilla?

—Bien, gracias a ti.

En ese momento, entró su padre en el salón.

—Veo que has despertado. Soy Salif, encantado de conocerte, Jane.

Me pregunté cómo podía saber mi nombre, pero supuse que habrían revisado mi identificación. Escudriñé la habitación en busca de mi equipaje. Lo vi a pocos metros de mí, encima de una mesita de madera que parecía tener bastantes años.

—Gracias, igualmente. Salif, ¿podrías explicarme qué pasó ayer? Es decir, ¿a qué se debió el ataque? —pregunté bajando la mirada

—Verás, Jane... Nuestro país lleva en guerra muchos años. A menudo hay ataques terroristas donde muere mucha gente... todos inocentes, claro. Nosotros no tenemos la culpa de este gobierno corrupto, ni de los planes que se traen entre manos. Si por nosotros fuera, estaríamos en paz con todos los países; pero eso es una utopía, ¿no?

—Entiendo. ¿Y cómo es que estas noticias no llegan a los países más ricos? ¿No pedís ayuda?

—Claro que llegan y pedimos ayuda; solo que la gente se compadece, apaga el televisor y sigue comiendo.

Era un golpe duro, pero tenía razón... tanta, que no supe qué responderle.

—Y, ¿dónde estamos exactamente? —dije intentando cambiar de tema.

—Nosotros lo llamamos el Refugio. Aquí venimos cuando hay algún tipo de peligro, está en las afueras y los desastres suelen ocurrir en el centro de Mali. En un par de días, volveremos cuando la cosa se haya calmado —añadió, con voz pesada.

—Papi, ¿podemos ir a por ágnosto? —dijo Koumenda, interrumpiendo la conversación.

—¿Qué es ágnosto? —pregunté.

—Ya te lo enseñaremos. Voy a acompañarlo, no tardaremos mucho; tú descansa mientras volvemos.

Cuando se fueron revisé mi maleta para comprobar si estaba todo. Entre las cosas, encontré la libreta de Cooper. Leí todo lo que él había apuntado y dibujado sin poder reprimir las lágrimas. Entonces me prometí que sacaría el proyecto de investigación adelante por él. Al rato me levanté a explorar la casa. Era parecida a la que teníamos, sólo que al ser una casa rural era más grande y de madera. Iba inmersa en mis pensamientos cuando me asusté al ver una mujer sentada de espaldas en una habitación.

—Hola, ¿eres la madre de Koumenda? —pregunté, aún sobresaltada.

—No, cariño; soy la madre de Salif —dijo volviéndose.

Aquella mujer de voz suave no aparentaba tener más de 68 años. Estuvimos conversando mucho tiempo. Me contó que la madre de Koumenda falleció en un ataque terrorista; hablamos de la guerra, de Cooper y nuestro proyecto, de su cultura (por supuesto, apuntaba toda información), pero sobre todo hablamos de Koumenda. Por lo visto era un niño muy especial, con una gran conciencia medioambiental para su corta edad: desde pequeño recogía las cosas que la gente tiraba al suelo y cuando se hizo más mayor, hablaba a sus compañeros de escuela sobre el cambio climático y la importancia de cuidar nuestro planeta.

Al cabo del rato, Salif y Koumenda regresaron con una pequeña porción de carne para comer. Esa misma tarde les pregunté por el ágnosto y, tras no insistir mucho, Salif accedió a llevarme. Anduvimos unos dos o tres kilómetros y, para mi sorpresa, llegamos a un auténtico vertedero mundial. Millones de desechos de los países ricos: plásticos, aparatos electrónicos, metales... Salif me contó que aquel fue su lugar preferido cuando era pequeño. Había sido un campo hermoso, pero ahora, no había planta que se atreviera a crecer allí.

—Koumenda llama ágnosto a las cosas que puede recoger para darles uso, reciclar, o simplemente, construir algo para jugar —añadió.

Así pasaron tres días y regresamos al centro, donde conseguí un permiso para dar clases a niños de diez años. Por desgracia, hubo problemas cada vez más frecuentes y tuvimos que mudarnos a las afueras.

Mi viaje realmente duraba un mes, pero al morir Cooper llamé a la agencia de viajes y me dijeron que no iban a llegar ni barcos ni aviones hasta que la situación se calmara.

El país cayó en guerra y no solo Mali, sino toda África occidental. Pasé, por ello, tres años en los que aprendí mucho de los malienses: estuve enseñando a los niños de las afueras, completando mi proyecto y viviendo con y como ellos. Fue tiempo de sobra para conocer a Koumenda, entender cuánto valoran las cosas (cómo cuidaban todo lo que tenían y su entorno) y saber que lo único que quería para su futuro era marcharse de allí, estudiar, aprender, encontrar un trabajo y ganar dinero para su familia. Comprendí entonces las facilidades y la suerte que tenemos al haber nacido donde hemos nacido... os aseguro que nadie querría vivir en estas condiciones. Fueron tres años muy duros, pues no tuve una sola comida buena que llevarme a la boca y estuve lejos de mi familia (aunque Koumenda y la gente que lo rodeaba se habían comportado como tal).

Koumenda había crecido, tenía ya quince años. Según había estudiado, la edad legal para poder abandonar el país eran los dieciséis, tema que ya había hablado muchas veces con él para que estuviera informado. Al fin la guerra cesó, me llamaron diciendo que tendría una oportunidad para salir de Mali y que no sabían cuántos años pasarían hasta la próxima vez. Con mi proyecto de investigación terminado y sabiendo que no era la misma persona que antes, recogí mis cosas y me despedí de aquellos que me habían acogido tan bien y a los que había cogido tantísimo cariño.

La despedida fue algo dura. Entre todos me habían hecho una corona de flores preciosa y me dieron otros humildes regalos que habían realizado mis niños, a los que enseñaba. Yo les dejé cuadernos y libros para que hicieran lo que más valoraban: aprender. A Koumenda en especial le dejé el anillo de oro que Cooper guardaba en nuestra mochila (sabía que a él le hubiera gustado que se lo diera) para que lo cambiara por dinero, pero en su lugar, me dijo que jamás se lo quitaría. También le prometí que nos volveríamos a ver y haría todo lo posible para ello; que no tenía dudas de que conseguiría todo lo que se propusiese en la vida y que tendría un gran futuro.

Volví, esta vez sin Cooper, a Francia y nada más regresar presenté el proyecto en la que fue hace tres años mi universidad. Para mi sorpresa, me concedieron bastantes premios por él, más de los que habría imaginado. Gracias a ello, salí en muchísimas noticias y medios de comunicación y publiqué mi libro: *Los secretos de Mali*; en él contaba la situación del país a través del protagonista, Koumenda, y hacía culto a mi mejor amigo, Cooper. Pero lo más importante: encabezé huelgas y protestas por el cambio climático y a favor de la inmigración. Poco a poco, personas de todo el mundo se fueron uniendo a estos movimientos y gracias a ellas, se consiguió reducir el uso del plástico y recaudar dinero para mandar alimentos a África.

Estaba viviendo los mejores años de mi vida; con mi experiencia en Mali inspiré a tanta gente que, sin darme cuenta, ya éramos un millón de personas luchando contra el cambio climático. Por supuesto que nunca me olvidé ni de aquellas buenas personas que me acogieron, ni de Koumenda. Pasaron tres años y no supe nada de él hasta que, un día, leí en el periódico que había llegado tras un año andando y once meses en el mar Koumenda, el chico del que hablaba mi libro; en una patera en la que embarcaron ciento cincuenta personas y sólo ochenta llegaron vivas.

Sin pensarlo dos veces, fui a la costa lo más rápido que pude. Al verlo, las emociones salieron a flor de piel. Aquel niño de 12 años que vi por primera vez en la arena, ya era casi un hombre, un muchacho alto

de dieciocho años. Koumenda no pudo contener las lágrimas al verme, había pasado por mucho y no se esperaba verme allí buscándole como loca. Nos fundimos en un largo abrazo y hablamos durante horas y horas todo lo que pudimos. Me contó lo duro que fue el viaje y que no traía a su familia, pero que cumpliría su palabra de ganar dinero para ellos.

Koumenda siguió mis pasos y fue el primero en encabezar huelgas, dar un centenar de conferencias y hacerse mundialmente famoso.

Es increíble cómo un insignificante proyecto de investigación y cómo pequeñas personas, aportando su granito de arena en todo el planeta, pueden lograr un gran cambio en el mundo.

Lo sé yo bien, que se lo cuento a mi nieta en 2080, donde los coches se mueven con energía solar y la electricidad que usamos se obtiene de forma renovable.



## 2.- POESÍA

*Obras premiadas*





## EL COLOR DE LA CALIMA

Amanda Espinel García

30 años

Madrid

### EL COLOR DE LA CALIMA

La mujer es color calima.  
Una combinación imperfecta  
de rojos, naranjas y amarillos. Y negro.  
Ese negro que nos sangra por las pupilas.

### FANDANGO DEL SUR

He perdido las palabras  
entre hojas de cuaderno.  
Y se han perdido con ellas  
los aires de aquellos vientos.

Las macetas elegantes  
en balcones con historia  
y la cal de las paredes  
de mi blanca Andalucía.

Las coplas de las abuelas,  
azúcar y miel de caña.  
El calor en las aceras,  
el azul de cielo y agua.

El silencio que se duerme  
con los cantes de la tierra.  
Las raíces de los duendes,  
los tacones de madera.

Los nudillos en la mesa  
al compás de la garganta.  
Los potajes sin receta  
no caben en la maleta.

Las madres que lloran hijos  
donde pájaros no vuelan,  
donde vuela la esperanza  
de volver cuando se pueda.

## POETA

*Mi casa junto al camino  
por si te veo pasar...*

Yo soy poeta folclórica,  
hija de la humanidad.  
No puedo y tampoco quiero  
vivir al margen de la sociedad.  
Entre tantas caras tristes  
quiero encontrar la verdad.

Calladita y la sombra  
me siento para pensar.  
¿Por qué le escribe el poeta  
al asfalto y al cristal?  
¿por qué rasga sus heridas?  
¿por qué no se quiere curar?  
¿qué esperan ver los ojos  
que no se quieren mirar?

No hay respuesta sin preguntas,  
pero no por preguntar,  
puede uno asegurarse  
que el poeta lo sabrá.

Preguntadles a las abuelas,  
que ellas saben del pesar.  
No hay lugar para lamentos  
cuando hay que dar de mamar.

#### MI DIFUNTO MARIDO

Para mí es más fácil saberte muerto que perdido.

#### EL REFRANERO

Lo que reluce nunca es oro,  
ni todo el monte es orégano.  
Al final, el que con niño se acuesta,  
*caga* amanece.  
Y si cura es porque escuece.  
Dime con quién andas  
y no me ocultes quien eres.

Que el que a buen árbol se arrima,  
buena sombra le cobija.  
Madrugas si Dios te ayuda,  
pues no hay mal que por bien no venga  
y el que consejos me venda  
es porque para él también tenga.

#### NO ME AHOGUES CON TU MIRADA

Traigo llenos los botijos  
de mi sangre empantanada.  
No me ahogues con tu mirada  
que traigo la luna llena  
clavada en la misma entraña.

Estoy preparando un gazpacho  
*pa* que comamos mañana.  
No me toques los fogones  
que tengo puesto el potaje  
y están hirviendo las coles.

## POR TU CULPA

¿Por qué mis pechos se han secado?  
¿Por qué han perdido el vigor?,  
si aún nadie los ha mamado.

La salvia espera agolpada  
en algún lugar de este cuerpo,  
lastimado de ausencia,  
golpeado de arrebatos.  
De ir y venir buscando refugios,  
cuevas, nidos, casas, campos  
para esta familia ficticia  
que sólo habita en mis noches  
cuando un recuerdo embrujado  
me atosiga con reproches.

Culpa, culpita, culpera.  
Por mi culpa, por mi gran culpa.  
Por tu culpa, por la suya,  
puta culpa lastimera.  
¿Dónde está la primavera?  
¿Dónde los gritos pueriles?  
¿Dónde atole con canela?  
Por tu culpa, tu culpita  
el mar castiga mi espera.  
Por mi pena, pena mora,  
muere el sol en la candela.

## FRIDA KHALO (hembra y señora)

Manuel Jesús Agüera Lanza

34 años

El Cuervo de Sevilla (Sevilla)

### FRIDA KAHLO

Magdalena Carmen pintó su sombra,  
Frida enfermó para sanar al hombre,  
Kahlo es el calor que nunca se nombra,  
Calderón su México de renombre.

Tuvo que ser mujer y mexicana  
quien recordara al “cachucha” con puñal,  
que fue Adán quien mordió la manzana,  
que el miedo a la muerte nunca fue rival.

Que no hay rebelión sin la otra mitad;  
la que despierta el rostro de su pincel,  
la que destiñe amores de realidad.

Casa azul, pena y hembra de la razón,  
en sus lienzos una torre de Babel  
caminito del alma al corazón.

### TORMENTO Y AMARGURA

Sabía que el destino era un impostor  
y que el tiempo la había abandonado.  
El deseo, la fábula de un trovador.  
El amor, como un Cristo ensangrentado.

Lloró lágrimas de oro,... la llorona,

guijarros al borde del precipicio.  
Llovía una tormenta prima donna  
que le ahogaba el alma fuera de quicio.

Bajo la arena, un mar de realidades  
donde manaban versos malabares;  
la pintura entre la voz y la herida.

Pactó con el dolor, guiñando un ojo,  
sabiendo que la muerte es un despojo  
evocando el imperio de la vida.

## AUTORRETRATOS

Con piel tersa y corazón arrugado,  
desde un rincón, su mirada postrada,  
boca que por besar no da bocado,  
ora alabanzas cada pincelada.

Pinta al relámpago de la miseria,  
pinta el dolor, el amor y el olvido,  
pinta el veneno que prende la histeria,  
pinta al silencio, al rehén y al vencido.

Diego Ribera, el México insurgente,  
la realidad del mar del inconsciente,  
la mujer que alza la voz sin excluirse...

En Coyoacán pintó ¡Viva la vida!  
si el mundo es una fruta compartida,  
qué manera tan digna de morirse.

## SEIS CUMULONIMBOS ENTRE TIBIA Y RADIO

Celia Carrasco Gil

19 años

Tudela (Navarra)

*«En mis manos levanto una tormenta  
de piedras, rayos y hachas estridentes  
sedienta de catástrofes y hambrienta»*

Miguel Hernández

### CUMULONIMBO

Seré apenas un verso que ya truena  
entre congojas tristes, de soslayo,  
rogando que no sea el sol lacayo  
y no busque el tumor bajo la arena.

Seré cumulonimbo entre la almena  
que se relate en mal con astral sayo,  
y encuentre la celeste luz del rayo  
romano, y mida el eje de su pena.

Seré la voz en llamas de un lamento  
que incendie con mi dicha lo dañino  
del biello mundanal y su blasfemia.

Seré lluvia de tinta a sotavento:  
supercelda y hambriento torbellino  
entre etimología y polisemia.



*«Un manotazo duro, un golpe helado,  
un hachazo invisible y homicida,  
un empujón brutal te ha derribado»*

Miguel Hernández

## RADIOGRAFÍA DE BRAZO EXTERNO

Es frecuente tormento del camino  
esta adicción del negro al tibio loto  
que, tras el trueno de otro hueso roto,  
hoy deriva en dolor que impide un trino.

Con tres bordes y caras, con seis, vino  
a verse de metástasis cigoto,  
llegando de esta forma a ser devoto  
de ese rayo perlático del sino.

Quizás apenas fuera una fractura,  
pero corta como aire sin embargo  
verse sin radio, oler la pluma seca.

O igual estoy buscando la cesura  
con mi atajo pretérito y amargo  
y quiero que haya juego de muñeca.

«Ando sobre rastrojos de difuntos,  
y sin calor de nadie y sin consuelo,  
voy de mi corazón a mis asuntos»

Miguel Hernández

## RADIOGRAFÍA DE PIERNA INTERNA

¿Cómo impedir que llegue la tragedia  
cuando se palpa un limbo tormentoso?  
¿Cómo hacer que llover cese del poso  
de la vida en un cielo sin comedia?

¿Y escoger de tres caras la intermedia,  
acaso no es un trance peligroso?  
¿Cómo andando seguir y obviar el foso  
si la tibia ya rompe hasta la media?

Ya es visible sin rayos que el sendero  
tiene borde gris, lánguido, y no blanco,  
porque la cara infante está estancada.

Porque quiere volver al punto cero  
pero el atajo está ya más que manco  
y la senda remota, abandonada.

*«Mi sien, florido balcón / de mis edades tempranas,  
negra está, y mi corazón, / y mi corazón con canas»*

Miguel Hernández

## RADIODIAGNÓSTICO DE RADÓN TIBIO

La insípida, invisible e inodora  
apariencia espectral dicen que extrajo  
de un color de la sangre por debajo  
daño de la tormenta y su demora.

Quizás así fue como a mi aurora  
y a mi búsqueda albina pegó un tajo  
sin radón blanco tibio, cuando bajo  
saeta de oro rayo salió de hora.

Dicen también que el polvo en sus alfombras  
inundó a quien entonces no era anfibia  
de escribir y de andar en duplo estadio.

Y ansió oxidar, en química de sombras,  
el camino empuñado de mi tibia,  
la pluma serpentina de mi radio.

*«Este rayo ni cesa ni se agota:  
de mí mismo tomó su procedencia  
y ejercita en mí mismo sus furores»*  
Miguel Hernández

## RADIOTERAPIA DE TIBIA RADIOFÓNICA

Se oye una doble tibia y voz romana  
hoy sonando en la radio del presente:  
cántico que ha traído hasta este frente  
del olvido un protón de envidia sana.

Y así he visto a mi nieve en la ventana  
pese a estar algo omisa, un poco ausente,  
vendar mi óseo absceso de repente  
con versos ya sin suelta filigrana.

¿Y cómo no parar mi feroz viento?  
¿Y cómo no querer rozar su escala?  
¿Y cómo no buscar su compañía?

Y es esta tarde el rayo sentimiento  
que yace en la noctívaga zagala  
del albor que inició la sinfonía.

*«Pintada, no vacía:/ pintada está mi casa  
del color de las grandes/ pasiones y desgracias»*

Miguel Hernández

## SIEMPRE CUMULONIMBO

Contra el sol, junto a ti, piano nocturno,  
a oscuras me desnudo cada tarde.  
Cumulonimbo soy de rayo que arde  
y que devora todo cual Saturno.

Aquel que alcance sobre un par coturno  
la tropósfera ansiada, y allí embarde  
rimas, y al miedo rete, no es cobarde  
si lo hace sobre fondo recto diurno.

Ha nacido el primero hoy mi soneto,  
y he hecho niños sus versos por delante  
de una enferma de autónoma epidemia.

En este encabalgado exoesqueleto  
de una tormenta eléctrica incesante  
entre seis, tibia, radio y polisemia.

## ODA FOLCLÓRICA

Víctor Santiago Fernández

30 años

Benalmádena (Málaga)

Van los Chichos *pa* Marbella  
con el viento de levante  
lo hacen siguiendo una estrella...  
que les guía desde Morente.

Los Calis con la heroína,  
Pepa con su disciplina  
y el vibrato de Molina  
que aún retumba por las minas.

Como el Beni y Ava Gardner  
por las calles de Sevilla  
dábanle rienda al amor  
a ritmo de seguiriyas.

Que como canta el Cabrero  
mi patria es la libertad  
del sudor del jornalero  
por esta tierra labrar.

Pesca chico con su caña  
bigotes de una Cigala  
¡Cocinero que candela!  
y échale unas Habichuelas.

Camarón échate un cante  
para Fernando y a su isla  
cante jondo que a la gente,  
le devuelva su Alegría.

Por los versos de Machado  
o el cancionero de Lorca  
y un poeta encadenado  
que se llamaba Miguel.

En Jerez había un Capullo  
cantando con la Paquera,  
bien *pagá* no está la escena  
“Malvaloca” creo que era.

Y a ese arte chiquitito,  
que tenía nuestro Chiquito  
*pa* ponerse Moraito  
a ritmo de baila Tomatito.

No hace falta que echen sal  
sobre la tierra andaluza  
color de verdial y biznaga,  
paraje que atrae las musas.

Suenan palmas y un cajón  
por bullicio y bulerías  
y aún sin practicar más credo,  
siempre voy de romería.

Mar y fe y mucha Triana  
por campos Chano de España  
sin guita *pa* una guitarra  
señorito a su Mercé.

Paco como se Lucía  
notas en sus soleares  
los colores que decían  
nuestra Lole y su Manuel.

Porque el flamenco es canalla

sea del payo o del cañí  
si te tientan los tanguillos  
tiritrea el guardia civil.

Trajes de luz que a los hombres  
del Japón duende les dieron,  
hasta el fango de fandangos  
consuelo en los romanceros.

Que Manuel nunca te Falla  
si nuestro rey es de Aragón;  
cuando vienen carnavales  
soy burlesco y criticón.





## CIRCE

Carlos Jiménez Barea  
28 años  
Dos Hermanas (Sevilla)

Circe, la de lindas trenzas,  
la poderosa,  
la enigmática bruja,  
la hechicera implacable.  
¿Tu reputación te precede?  
Cantos escucharon  
los hombres del preclaro Odiseo,  
y ataviados de pasión lisonjera  
acudieron no a tu llamada,  
no a tu embrujo maligno,  
sino a tu dulce y hermosa melodía.  
¿Acaso pediste tú  
que hombres con bronceas lanzas  
llegaran a tu laberíntico bosque?  
No, no lo pediste.  
La condición humana,  
la curiosidad y la estupidez,  
guiaron a los puercos en vida  
hacia tu brillante palacio.  
¿Acaso pediste tú  
la llegada de bestias?  
¿Acaso solicitaste su llegada?  
No, no la pediste.  
Que nadie te juzgue por ello.  
Euríloco supo mantener a raya  
su lasciva condición,  
su eterno deseo de curiosidad.  
No se comportó como un animal,  
pues no lo era.

No, no lo era

Circe poderosa,  
hiciste bien en mostrarles la verdad.  
El banquete fue el cebo  
y tu varita la indómita realidad.  
Cerdos, leones y perros,  
animales, alimañas y monstruos.  
¿Tu reputación te precede?  
¿Qué hiciste que no hubiera hecho  
otra con semejantes poderes?  
Pusiste sobre la tierra  
a los que salieron de ella  
y desvelaste secretamente  
lo que debe ser.  
Tú no buscabas,  
ni negabas, ni te vengabas.  
Hacías el trabajo  
que los dioses te encomendaron.  
¿Acaso pediste tú  
que hombres con vigorosos escudos  
atravesaran tu jardín privado?  
No, no lo pediste.  
Supiste burlarte de su galanía,  
de su hombría y su talante.  
Supiste con tu magia femenina  
quitarles poder, enseñarles sus fallos.  
¿Acaso pediste tú  
que alguien interrumpiera  
tus hermosos quehaceres?  
No, no lo pediste.  
Aunque vivieras sola en la terrible Ea,

Circe, hermosa Circe,  
tu condición te delata, te honra.  
Tus brebajes ahora son tu forma de vida.

No te enrolas en el pasado  
y castiga toda forma de opresión pasiva.  
¿Acaso Hermes,  
el de alas mensajeras,  
defendió tu estado y tu templo?  
No, el poderoso eterno,  
el gobernador del cielo y el rayo,  
tomó su decisión.  
La droga del Crónida  
ayudó al de multiforme ingenio  
y tuviste que aceptar  
durante un año los abusos de los hombres.  
En grupo, en manada, en flujo.  
Circe, la de lindas trenzas,  
la poderosa,  
la enigmática bruja,  
la hechicera implacable.  
¿Tu reputación te precede?  
Tu canto fue tu perdición,  
más tu melodía interna tu salvación.  
Odiseo, fecundo en recursos y sílabas,  
olvidó esta vez su naturaleza humana  
y movido por la sed,  
la venganza y la cultura,  
penetró en tu palacio  
engendrando leyendas,  
sometiéndote al amor materno.

Oh Circe, poderosa Circe,  
no temas a los lestrigones,  
ni a los hombres, ni a los dioses,  
ni al destino.  
Tu lucha mágica es poderosa,  
difícil y sinuosa.  
Sufriste a los Argonautas en su barco,  
a los guerreros de Troya

y a las luchas de tu mundo,  
y aun así, conseguiste tu magia,  
conseguiste redimir el dolor,  
y señalar a las bestias de tu corazón.  
¿Tu reputación te precede?  
Sí, te precede.  
Supiste luchar, revolucionar y asustar.  
Tu hechizo tiene fama,  
tu brebaje tiene fama,  
tu nombre recorre el mundo.  
Purificaste a aquellos tras la rabia,  
ayudaste a tu alma  
con pequeñas chispas de razón.  
Y aun así,  
tu reputación te precede.  
Atraviesas la historia  
y enciendes el fuego de otra magia  
.  
Oh Circe, poderosa Circe,  
la de lindas trenzas,  
la enigmática bruja,  
la grandiosa hechicera  
la activista mágica del terror terrenal.

## ADEPTOS AL ANHELO

Ana Bono Rodriguez  
17 años  
Dos Hermanas (Sevilla)

Nada sabe nadie de la nada.  
Gentil desván del pilar central;  
paseo desnudo o paseo real.  
¿Quién canta el canto a la soledad?

Malva al alba en tierra no hallada.  
Habitando lo visible;  
renunciando a la resignación,  
por un verso llano perdido en tu perdición.

El poema del poeta un proverbio ilustrado.  
Duda como nombre de inteligencia,  
entre lágrimas por sangre  
recogen los cántaros manantiales salvajes.

Una emoción secreta, el espíritu interpreta,  
en el umbral de la muerte un deleite se acerca.  
¿Más poetisa que el poeta o tan solo una promesa?

En un navío se encuentra, el destierro sin presencia,  
de algún rey que mantuvo en Grecia  
una antorcha del pensamiento a la gesta.

Santos curanderos que curan a los enfermos...  
cobran por pagar aquel ganadero,  
en dicha senda que come hasta los muertos;  
¡Calavera negra del huerto!

Pena a la condena, al sentir que no era ella.

Con un dolor doliente lo desolló;  
pudiendo acordarse de olvidarte  
como el agua de gota que sin agua se quedó.

## ERRANTE ESPÍRITU

María Yugueros Canela

17 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Larga noche sobre el hormigón helado,  
piel fría, corazón templado  
remota la luna, lejano su calor  
los huesos entumecidos, rotos de dolor.

Noche sosegada, dama impasible  
guarda los secretos de la calle  
fantasmas insomnes, monstruos horribles  
de las lápidas del oscuro valle.

Escarcha de sus pupilas, humedece el rubor  
de la tez de su rostro dorado,  
tiene puntas de fino grosor  
para arañar su semblante rasgado.

Aquel banco de tenaz piedra  
se torna de noche en rudo lecho  
con finas sábanas de lana y yedra  
y cartones como techo.

Amanece temprano, la noche a descansar  
observa la aurora al sol llegar  
y con paso débil comienza a vagar  
el errante nómada de la misma ciudad.

La luz del alba,  
muestra miradas de duelo hacia el muerto viviente,  
vagabundo sin consuelo  
condenado a vida hiriente.



El eterno día ha llegado a su término  
ahora quien descansa es el sol.  
Las estrellas centinelas de prisión nocturna  
han tomado el control.

La condena fue anunciada  
mas la ejecución no fue programada.  
Pues aún no se ha descubierto  
el método para matar a un muerto.

## EL SABOR DE LA TRISTEZA

Begoña Gómez Rodríguez

12 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Risa etérea, se aleja, se pierde  
Se funde con el refugio de dioses  
Tu espíritu, antaño encerrado en frágil cristal  
Al fin vuela libre, cuál corcel de nubes  
Una espesa pesadumbre en mí se posa  
Una mariposa brumosa, de alas tibias  
Espuma de mar dulce que me inunda  
Que me inyecta ríos salados en mi muerto corazón  
Una lágrima, se desliza tímida  
Desde mi luminosa pupila, hasta mis labios  
Que la acogen como un niño perdido  
Mi lengua sale y la atrapa, ágil, sedienta  
Recordando como hacías lo mismo  
Y sonreías al descubrir,  
Que la tristeza sabe a galletas saladas  
Intentaba seguir tus callados pasos  
Pero para mí, la tristeza me sabe a ti  
A la ausencia de tus latidos  
Y a intentar no tirarte al olvido.



## CIÉNAGAS BOHEMIAS

Javier del Toro García  
16 años  
Dos Hermanas (Sevilla)

Un regocijo en la pluma y en el andar vital,  
tragos amargos y cenizas blancas como un fénix.  
La elegancia prevalece a la maldad,  
clase bohemia, cobijo de la humanidad.

Y se encorva el talentoso  
y el iluso eclipsa el sol de su galaxia,  
quién quisiera ser estrella si solo es vista por la noche,  
mas lo brillante es lo que más se reconoce.

Parrafadas de cicuta con sabor a miel,  
versos bohemios cuales icebergs,  
pensamientos anquilosados en secas ciénagas,  
cada uno es dueño de su propia ruina.

Y recito lo que predico  
y por el servidor está escrito  
(hay veces que la leyenda supera al mito):

*“Un buen poeta siente que sus versos vuelan como  
cometas. Lo hacen con corazón y heridas abiertas;  
viven la vida pegados a una simple libreta,  
no esperan la muerte sentados, hacen versos de ella”*



## MI ÚNICO AMOR

Daniel Núñez Parra  
12 años  
Dos Hermanas (Sevilla)

A veces creo oír tu voz,  
en la inmensa y tranquila noche,  
y corro por todas partes, buscándote,  
tratando de sentir tu aroma,  
que se va en un momento.  
El silencio de tu voz  
se mete en mi cabeza.  
Me vuelve la idea de que sigues presente.  
Me pregunto por qué te fuiste tan pronto.  
Comprendo que el destino es cruel,  
que la felicidad no dura para siempre.  
Y aunque en mí estarás presente,  
lo tengo que aceptar como una cosa inevitable.  
Tendré que resignarme  
hasta el día en que nos volvamos a ver.  
Te fuiste de repente, sin decir adiós.  
Ahora me faltan tus abrazos,  
tu dulce y tierna risa que se pierde...  
Será hasta el día de mi muerte,  
cuando estemos juntos de nuevo,  
y vivamos por siempre,  
sin más necesidad.  
Caminaremos de la mano,  
dejando atrás la soledad.  
Soledad, que me acompaña  
hasta el fin de mis días.  
Se ha convertido en mi oscura y fiel amiga.  
Te seguiré extrañando,  
y mientras tanto,

tú, MI AMOR,  
descansa en paz.

## COMO LA VIDA MISMA

Leo Cabrera Reinado  
13 años  
Dos Hermanas (Sevilla)

La vida, como un pasillo  
lleno de innumerables retos,  
difíciles y exuberantes dificultades  
puestas en el camino de la vida.

Como una flor marchita  
por las grandes catástrofes  
causadas por el ser humano.

En la oscuridad de ese pasillo,  
un gran tren yendo a toda marcha.  
Puedes subirte o dejar que se marche.  
Pero, si lo dejas marchar,  
¿habrás perdido la mejor oportunidad?

No puedes dejar de pensar.  
Es una gran oportunidad.  
Y se te ha ofrecido,  
Pero el tren ha pasado.  
¡Y tú no te has subido!

La vida no espera.  
Sigue sin ti.  
Si no estás dispuesto a seguirla,  
atrás te dejará.





### 3.- CATEGORÍA ESPECIAL

‘COMUNIDAD UNIVERSITARIA PABLO DE OLAVIDE’

*Obras premiadas*



## PERFIL, PARTES I Y II

Dolores Romero Areales

23 años

Sevilla

### CAFÉ SOLO

*Solo,*

pero no como el café.

*Sólo* de adverbio,

adverbio de modo: solamente.

“Solamente quería ser perfecta”

Yo, sujeto omitido, sólo quería ser perfecta,

pero es que nací con útero en una época

en que, para que te escuchen,

hacen falta un par de testículos sobre la mesa.

Y yo, que sólo quería ser perfecta,

además me trajeron al mundo

autoexigente, impaciente, irreverente

y de sangre hirviente.

En resumen: que tengo más cojones

que a los que escuchan en las mesas

y, sin embargo, nací

con la triste condena

de tener que ser perfecta.

En la misma cruz que

labraron mis lágrimas,

apretados los clavos,

vinimos a colgarnos

de la ansiedad, el orgullo y

las patologías extremas.

Las espinas, el calvario  
del martirio innecesario;  
un rebaño de religiosidad  
por el culto a pasarlo mal.

Pero mamá, yo sólo quería ser perfecta:  
La hija perfecta, la alumna perfecta,  
la bailarina perfecta, la amiga perfecta,  
la novia perfecta, la MUJER perfecta.  
Sólo quería ser quien tú creías que yo ya era.  
Y las lágrimas -siempre las lágrimas-  
hicieron agravio de mi imperfección,  
supurando en la herida,  
escociendo lo poquito que quedaba de autoestima,  
secando el acuífero del llanto con un caparazón.  
Caparazón, coraza que arrasa,  
arrastra pero no se amasa.  
Coraza que desplaza  
a todo aquel a quien  
alguna vez llamé casa.  
Independencia mayor que  
la catalana tan peleada;  
independencia que excede  
la realidad de la condición humana.

Pues insuficientes fueron  
los venenos que impidieran,  
la sangre, sudor y lágrimas  
-siempre las lágrimas- que me derrocaran  
del poder de esta voluntad tan desgraciada;  
y como buena *millennial* fui educada  
que con esfuerzo todo se consigue,  
pues en casa siempre sobraron las ganas,  
la constancia y la dedicación  
consagrando en mi persona  
un completo de imperfección.

## CAFÉ CON LECHE

Y yo, que me trajeron a este mundo  
en forma de mujer autoexigente,  
impaciente, irreverente, independiente,  
ansiosa y, más aún, orgullosa,  
peleona, sensible, muy llorona;  
educada en un país laico  
con religión en las escuelas,  
en la ciudad de la Semana Santa;  
perteneciendo a la generación Y,  
siendo yo XX,  
ahora sé que no estoy sola.

Aunque quiero seguir siendo perfecta,  
tampoco está sola esa voluntad  
y el poder de la salud  
pesa mil veces más.  
Quien me metió en la patología  
también me sacó de la enfermedad,  
transformé el miedo a la dependencia  
en cooperación, huyendo de la soledad;  
aprendí que hasta la paciencia se puede lograr,  
pues tuve que reconstruir enterita mi casa  
y como diría Anita: ahora yo soy mi hogar.

Y deberme a las lágrimas - siempre las lágrimas-  
que limpiaran los escombros de aquel caparazón,  
regaran las raíces dormidas  
dando flor a tanto sentimiento;  
sembrar la honestidad por bandera  
y luchar el amor como único movimiento:  
amor a mí, a ti, al momento,  
amor a vivir, a amar, a sentir lo que lleve dentro,  
amor, por fin, a todos aquellos desperfectos.  
Y compartir, de nuevo,

la libertad que tanto envidié al viento.

## SEPELIO DE UNA QUIMERA

Esperanza Expósito Guisado

21 años

Arahal (Sevilla)

Ingrid juega con su colgante de ópalo mientras observa embelesada los cambios de color que experimenta el onírico cristal al trasluz cada vez que lo mueve entre sus delicados dedos adolescentes. Siempre había pensado que tras aquellas frías tonalidades se escondía algún tipo de magia. A veces se atrevía a asegurar para sus adentros que en el cromatismo de aquella joya, atrapada en un engarce de plata, se escondían los más secretos recovecos de su alma.

Deja atrás el acolchado césped crepuscular, poniéndose de pie como empujada por una corriente de feroz viento, y camina alegremente hacia el fin de la plana tierra sobre la que suele descansar en sus momentos de soledad.

Sus ojos no titilan con temor ante la visión del imponente abismo que se abre ante sí y, a diferencia de otros mortales, salta al vacío. Como de costumbre, es recogida por una nube en un esponjoso abrazo. Así, brincando de nube en nube, sigue el olor a chocolate caliente que invade el ambiente, mezclado con el más delicioso y atrayente de los perfumes existentes, el aroma natural de la persona amada.

—Tu olfato nunca dejará de sorprenderme —comenta Dereck, sonriente, sosteniendo una taza de humeante café con leche entre las manos.

¡Ah! Lo que daría Ingrid por intercambiar su lugar con el de la suertuda taza de aquel muchacho de rostro dulce y tierna expresión. Estar cerca de esos labios desesperadamente anhelados pero nunca probados... ¡Qué deseo tan simple y difícil al mismo tiempo!



—Huele demasiado bien... —dice en un susurro, perdida en tales pensamientos, no refiriéndose precisamente a la deliciosa merienda. Sonrojada debido a su equivocación, zarandea la cabeza— ¿Dónde están Dhiin y Heku?

—Hoy solo estaremos tú y yo.

Estas sencillas palabras encienden la llama de una inocente vergüenza, torpemente ocultada con un pésimo tartamudeo que intenta sonar sereno. Por fortuna —o por desgracia— Dereck también es un completo novicio en el amor, por lo que su sagacidad natural queda mutilada y, sobre todo, cegada. Tanto es así que ni sus ojos distinguen con diafanidad el suave rosa que comienza a tintar las mejillas de la enamorada ni advierte el agitar nervioso de su juvenil pecho. Quizás por miedo a que el uno oiga el fuerte latido del corazón del otro, hablan tanto como sus trabadas lenguas, rebeldes, les permiten.

Tan apetitosas como los dulces que toman los tímidos amantes se ven las nubes, los cirros, celajes y lejanos nimbos que conforman la mayor parte de este orbe de ensueño que ellos conocen como Psugé. Un mundo sobre todo constituido por un sinfín de tipos de nubes — por las que es posible caminar, en general— que sirven de conexión, como si fuesen lianas, entre los flotantes pedazos de tierra “firme”, normalmente plana y carente de un profundo subsuelo, unos más amplios, otros del tamaño de una persona.

Estos parajes están iluminados por la tenue luz de un sol zafíreo, circunvalado por destellos blancos a modo de halo, que rota por un cielo de un lila claro, que no está solo arriba sino también — aunque de un tono algo más intenso— abajo. Por la noche, el esférico firmamento es bañado por un azul oscuro y adornado con el fulgor carmesí de las estrellas.

Una vez los frágiles platos han quedado vacíos y los juegos tocan a su fin, propone Ingrid, en mitad de la animada charla, practicar el baile de salón que habían estado ensayando para el concurso de danza

que se celebraría al día siguiente. Ya que, por motivos que aún no adelantaremos, ambos debían partir a ciertas horas de la tarde, sería su último entrenamiento antes de volver a verse.

— ¿Otra vez? ¡Podríamos hacerlo con los ojos cerrados!

Aunque dice esto, sus manos ansían la cintura de ella; sus hombros, su cabeza apoyada en ellos; su pecho, el contacto con sus mullidos senos; su nariz extraña el aroma de su cabello... Cada parte de su ser brama en silencio por la impaciencia de sentir a Ingrid tan cerca justificadamente.

Como absortos en una fantasía, saltan de nube en nube sin pensar siquiera en sus pasos o en la dirección a la que estos se dirigen, pues bien conocido tienen el camino. En sus mentes únicamente existen ellos dos y el asfixiante deseo de unirse en un primer beso.

Temblorosos a causa de las intenciones que albergaban sus labios y viendo próximo ambos el término de aquella especie de vals nebuloso, yerran en uno de los postreros giros: quedan los pies de Ingrid sobre una rosada nube, tomada de las manos por Dereck, quien ha permanecido en otra del color usual, adherida a la rosada, como si formasen un algodón de azúcar a medio teñir.

Por muy cautivado que lo mantuviera el amor, no le pasa desapercibido a Dereck el extraño color, cercano ya al arrebol, de la nube que sostiene el peso de Ingrid. Desconfiado, refuerza su agarre para atraerla hacia sí pero, como si este gesto hubiese provocado la irritación del flotante soporte, la chica atraviesa la nube.

Pese al gran esfuerzo que hace Dereck por subirla a su immaculado apoyo, flaquean sus fuerzas: los jóvenes se precipitan hacia un fondo inexplorado, por nadie conocido, un vacío misterioso y, probablemente, mortal.

Siendo imposible asirse a nada, se abrazaron entre ellos, atemorizados, como si el agarre de sus azorados cuerpos les fuese a servir de algo en aquella precipitada caída. Dereck, desprovisto ahora de todo pudor, conduce con sus dedos suavemente la cara de Ingrid hacia la suya y, cubriéndola tanto como puede con su propia carne de un inminente final, acaricia los labios de ella con los suyos en un desesperado y, a la vez que dulce, pasional beso. De este modo, presos del pánico pero consumiéndose deliciosamente en la magia del amor, cierran los ojos y aguardan el fin de este sueño recién cumplido.

No obstante, las manecillas del reloj marcan la hora de marcharse para Ingrid. Con un visible y desgarrador dolor en su expresión, se desvanece poco a poco entre los brazos de Dereck, sin dejar de mirarlo, con los ojos inundados en lágrimas, hasta que éstos mismos desaparecen. Él solloza, levantando la vista para seguir a los sutiles destellos de polvo en los que se había metamorfoseado la muchacha, mientras es engullido por el abismo.

Los destellos vuelven entonces a las pupilas de Ingrid, quien, sin aliento, recorre furtivamente la habitación con los ojos. «¡Dereck!», repite agónicamente en su mente, buscándolo desesperada en una fría estancia sólo habitada por ella. Con el rostro desencajado por el terror, se araña las mejillas y el cuello al tiempo que, fuera de sí, lanza alaridos a las blancas paredes como si éstas fuesen las culpables. Las cálidas lágrimas le abrasan las heridas que sus propias uñas le han producido a modo de recordatorio de su desdicha.

Los aullidos de Ingrid alertan al personal del centro de salud mental, por lo que rápidamente la habitación se llena de médicos que intentan sosegarla. Puesto que las palabras no pueden acallar las penas del corazón, es un sedante el que acaba reduciéndola. Pero no vuelve a Psugé, no ve a Dereck: se apodera una oscuridad heladora de sus cansados miembros.

¡Qué cruel luce la realidad después de soñar! Aunque ambos saben que a ciertas horas, pues no son idénticas las reacciones de los

organismos, han de marchar de Psugé, nunca recuerdan cuál es el motivo ni adónde van hasta que la pesadez de los impolutos muros se muestra ante ellos. Entonces recuerdan, entonces se lamentan. Cada día, cuando la medicación hace efecto, maldicen su suerte e intentan soñar conscientes —mas ni por asomo es igual— hasta regresar y, de nuevo, olvidar involuntariamente todo acerca de la endemoniada realidad.

Transcurridas pesadas horas, se acurruca Ingrid en su rincón habitual y, con los ojos todavía abiertos aunque carentes de luz, abandona el cuarto. Aferrándose a la esperanza de encontrarlo mágicamente en el concurso, pues él había prometido asistir a toda costa, la chica se retoca el compungido rostro y se ajusta un precioso vestido negro que amenaza con augurar el luto.

Se apresura a llegar al salón de baile, el cual recorre de arriba abajo buscándolo. Su estómago y su garganta no pueden ya hacerse más nudos de los que tienen. Las lágrimas afloran mientras pregunta con tribulación a los invitados qué saben de él.

—Dijo que llegaría tarde —contesta Heku, quien, con sus cuatro privilegiadas alas, había capturado a su amigo en mitad de la caída—. Ayer se fue casi de madrugada.

Aliviada gracias a Dhiin y Heku, que habían cuidado de él hasta que se marchó, espera sola fuera del salón a pesar del frío. Hace ya rato que la fiesta se ha iniciado cuando Ingrid distingue la figura de Dereck en la oscuridad de la lejanía corriendo aprisa.

—¡Ingrid, huye!

Tras de sí se ensombrece el cielo y la tierra, se marchitan nubes y plantas, se agitan las vaporosas entrañas del mundo y se descompone el infecto horizonte.

Ella abre las puertas del salón con gran estruendo y, gritando desde la entrada, alerta del riesgo a los que bailan apaciblemente. Sin más demora, echa a correr lanzando furtivas miradas por encima del hombro. Dereck la alcanza segundos después, con esmoquin y todo, y tira de ella angustiosamente hacia delante. Pronto el resto se percata también de la tragedia y se apresuran a escapar.

Psugé está muriendo, desmoronándose. La amalgama de corrupción los persigue, se extiende a una velocidad vertiginosa, comienza a rodearlos. De repente, Ingrid se precipita contra el suelo, desmayada. Dereck la zarandea alarmado pero ella no respira, no tiene pulso. Luego cae él fulminado junto a ella, compartiendo sus pieles el color cenizo de la corrupción de este mundo putrefacto.

El nuevo tratamiento les ha causado a ambos un paro cerebral y cardíaco. Los doctores no consiguen reanimarlos. La medicación era demasiado agresiva para sus jóvenes cuerpos: devastó por completo sus mentes.

Desde la ciudad vecina, antes de que su corazón detenga su labor del todo, Dereck vislumbra frente a sus ojos el cuerpo real de Ingrid, desprovisto de vida. Exhala su último aliento en un alarido quebrado, con la visión del rostro congelado y pálido de su amada como única compañía en su tránsito al más allá y con el colgante de ópalo que le había obsequiado enredado entre los dedos, unos dedos que pronto serían presa de la rigidez de la muerte. Parece que Ingrid no estaba tan equivocada al asegurar que aquella gema era un trozo de ella misma.

Heku, en Estados Unidos, jamás volverá a despertar del coma. Otros muchos, incluido Dhiin, no se recuperarán de los irreversibles daños cerebrales sufridos, por lo que vivirán en estado vegetativo en aquellos lugares en los que la eutanasia no está permitida. En cuanto al resto de los que habitaban Psugé a la vez que sus creadores, ninguno sobrevivió.

Al último grito de Dereck se suman familiares y seres queridos de todo el planeta. Los llantos y el dolor se adueñan de hospitales y hogares. Pero hay alguien que ríe. Yo. Yo, que no tengo nombre, ni sexo, ni carne; sólo un oficio y un candelabro. Yo, un lóbrego velador de espíritus.

Puede que estén muertos, pero hay júbilo en la muerte cuando se la conoce. Ahora los enamorados estarán siempre juntos en el frío y eterno camino que les espera hacia la nada, en busca de un mundo que ha perecido con ellos dos.

Ambos sonríen, entrelazando sus manos, pues no es tan duro errar por un sendero interminable cuando todavía se goza del amor en un pecho sin latidos.



## DESGARRO

Julia Torres Rivera

22 años

Alcalá de Guadaira (Sevilla)

Voy a abrir  
agujeros en la tierra  
para sembrar las semillas  
de lo que ya no importa,  
de las cosas que en mis manos  
han perdido su valor.

Para recordar que  
a la hora justa de la muerte,  
el día que lo entregué todo,  
llovía sobre la soledad y lo ambiguo,  
enfrentando sus caras.

Para acordarme, el día que  
germine la flor,  
el azahar del limonero,  
las rosas blancas,  
la mirada cauta sobre lo añorado,  
que la tierra se caló del llanto  
y alguien gritó al enemigo  
que no tenía rostro.





## EL ÚLTIMO PRESENTE

Aimar Ara Gregorio

24 años

Sevilla

En ocasiones, la vida nos permite reencontrarnos con aquello que creíamos perdido. Otras, en cambio, se ensaña con nosotros, mostrándonos lo que no podemos tener, más bello cuanto más fuera de nuestro alcance.

Su esposa posó las yemas de los dedos en la vitrina del escaparate que la separaba de aquel ser tan esbelto, acercó su rostro y una nube de vaho emborronó sus contornos, haciéndolo parecer aún más fantasmagórico. Él la vio enfermar allí mismo. Notó la envidia que la emponzoñaba allí, en la lujosa confitería a la que habían acudido a comprar dulces para las fiestas que se aproximaban. La melosidad de los bombones, las figuritas de azúcar con forma de querubines rosados y los *marrons glacés* quedaron enmascarados por la bilis amarga que ascendió a sus labios y le borró la sonrisa. Al otro lado del cristal, los vértices puntiagudos de la criatura se le clavaban y le robaban el color de las mejillas.

Pero aquel vampiro no había surgido imponente de las sombras, resguardado bajo una suntuosa capa negra. Era un borzoi blanco que caminaba con mansedumbre siguiendo los trabajosos pasos de su ama, y mientras el galgo ruso cautivaba la mirada de su mujer con sus aires de bailarín fatigado, él estudió a la dueña inexplicable de aquella bestia hermosa. Se asemejaba a un buitre demasiado grande: iba envuelta en un pesado abrigo de visón sobre el que flotaba su cabeza, como un globo de color carne rodeado por una nube translúcida de cabellos blanquecinos, tenía una nariz bulbosa y el rostro cortado por el frío, un bastón de cuatro patas asomaba entre los pliegues. Aquel aparatoso manto, pese a su tamaño, no conseguía ocultar su condición de pobre anciana, como una sábana que dejara al descubierto las extremidades de un cadáver.

Se detuvieron ante los contenedores en los que los maestros confiteros vertían cada tarde, tras la hora del cierre, las chucherías glaseadas que empezaban a perder lustre, los bizcochos que ya no eran tan esponjosos que invitaban a dormir en ellos y los merengues que no parecían espuma salida de un cuento de sirenas. Las ratas que los habitaban interrumpieron su festín al advertir entre los efluvios del azúcar rancio la fragancia peligrosa y acuciante del can depredador. Salieron corriendo en desbandada y entonces se produjo la transformación. El parsimonioso animal saltó como si un montero invisible hubiera tocado un cuerno de caza y, en menos de un instante, colgaba de sus fauces una ristra de roedores grises cuyas cabezas se balanceaban lánguidamente con la expresión avergonzada del pecador que ha sido condenado por la gula.

El borzoi recobró el ademán cadencioso y emprendió el camino de vuelta junto a su dueña. Ambos se marcharon llevándose con ellos el misérrimo botín. Antes de que la ciudad se los tragara para siempre, su esposa volvió a la vida, dejó de ser una estatua griega decorando el escaparate de la tienda y salió tras ellos, olvidándose para siempre de las exquisiteces envueltas en papel encerado. Él se apresuró a darle alcance, la asió del brazo como si fuera las riendas de un caballo desbocado y la obligó a ajustar el paso para no ser descubiertos por los finísimos oídos acolchados del lebrero.

Se intercambiaron los papeles de sabueso: el cazador se convirtió en cazado y el matrimonio siguió a la extraña pareja hasta el domicilio de la anciana, en una parte más humilde de la ciudad en la que los coches de lujo no se admiraban vanidosos en los charcos, en una parte que desconocían. Espiraron a esa criatura alienígena que lamía los cuerpos inertes de las ratas como si quisiera curarles las heridas. Su saliva debía de ser un bálsamo alquímico, pues al cabo de un tiempo los pellejos ásperos y sin brillo adquirieron el fulgor del terciopelo. El borzoi los cortó con sus fauces de tijera y los atusó en los bordes hasta que se unieron en una cicatriz alargada formando una costura. Entregó la pieza a su ama, con el gesto satisfecho del sastre que muestra su obra. Los dedos artríticos

de la mujer quedaron enfundados en un guante que había olvidado por completo su infame procedencia.

Su esposa sintió la bofetada de aquel guante. Días después, en su lujoso apartamento, aún recordaba al lebrél extraordinario que había arrancado una prenda de atelier parisino del lomo de una alimaña inmunda, de igual modo que la envidia le estaba arrancando a ella la alegría. Las perlas que atesoraba en sus joyeros le parecían desagradables como dientes infantiles, sus estolas se habían vuelto duras como carlancas y la estrangulaban. Palidecía de envidia, cada día más. Se volvió tan fantasmal como su galgo soñado.

Su marido decidió entonces que para frenar su deterioro era necesario entregarle aquel animal, atarlo al extremo de una correa que los uniera a ambos como un cordón umbilical que la devolviera a la vida. Pergeñó un plan para separar al lazarillo de la anciana. Apenas sintió remordimientos, estaba en juego la felicidad de su amada. Así pues, tocó a la puerta de la casa a cuyos moradores habían acechado, compuso una mueca angustiada y fingió que había sido víctima de un robo. Con la generosidad que caracteriza a aquellos que menos tienen, su anfitriona le invitó a pasar al interior de la modesta vivienda, y él pidió educadamente un vaso de agua y utilizar el teléfono para informar del contratiempo a un cliente importante que le estaría esperando. Cuando la anciana se retiró al interior para traerle lo que había pedido, azuzó al can, que había estado observándole, desconfiado, desde la distancia. No hizo falta mucho para que este, que había olido la pestilencia de una alimaña peor que las ratas bajo la careta de hombre amable, saltara para defender su hogar. Su dueña salió apresuradamente y retuvo al perro, que siguió odiando al intruso con brasas en los ojos y los belfos replegados, pero en silencio.

Siguieron las disculpas, las gasas limpias y los rostros consternados. La anciana aseguró que nunca había pasado algo así. Él le respondió que esos animales son impredecibles, tan enérgicos y ágiles que uno nunca sabe por dónde van a salir. Adoptó un tono paternalista para contarle historias terroríficas sobre ancianas que viven con sus queridas

mascotas, que son buenísimas y nunca han hecho nada malo hasta que un día la pobre señora sufre una caída y queda inmóvil en el suelo sin poder atenderlas, y cómo esos animales tan bien cuidados muerden la mano que les daba de comer, la mano y el rostro y los pechos, cuando encuentran a su cuidadora indefensa.

A diferencia de la envidia, que es un veneno lento, el miedo es capaz de atenazar el corazón en un segundo. La anciana reparó por primera vez en sus manos artríticas, sus pies torpes y su voz quebrada. Si la atacaban no podría huir, ni defenderse, ni siquiera pedir ayuda. Su galgo ruso, un animal noble, leal y calmado, proyectó por primera vez una sombra de lobo. Por eso, cuando aquel hombre tan elegante se ofreció a encontrarle un buen hogar le pareció una solución mágica: quizá con otra familia, una en la que hubiera niños que pudieran jugar con él, a lo mejor era eso, la falta de ejercicio... Ella ya no tenía edad, era una vieja... Él le dejó madurar sus dudas en silencio. Finalmente, la anciana aceptó. Podía llevárselo, siempre y cuando le garantizara que iría con una buena familia. Una con niños. Él asintió, podía mandar a alguien a por él esa misma tarde. Conocía al gerente de una protectora especializada. Le habló de chalecos específicos para perros de esa raza, porque en invierno pasaban mucho frío, porque su temperatura corporal era la más alta, y de dietas de carne cruda y verduras y nutrientes que les convenían. Aquel hombre sabía más de su perro que ella misma.

Volvió por la tarde, con otro señor robusto y con bigote que le repitió todos esos datos y curiosidades mientras tomaban café. El borzoi los observaba resignado, acostado en un rincón. No se resistió cuando le pasaron una correa por el cuello, ni ladró, y abandonó la casa erguido y con un gesto de zar en su semblante alargado. La anciana lo acarició por última vez, contuvo el llanto. Ellos la tranquilizaron, le dijeron que podría ir a visitarlo, que le facilitarían los datos de su nueva familia. Le prometieron que tendría una vida mejor con compañeros de juegos en un cuidado jardín verde. Los fajos de billetes que el hombre puso en la mano del señor con bigote cuando se hubieron marchado de la casa de la anciana eran también verdes, verde envidia.

Los días previos a la Navidad iban muriendo en el calendario, de igual forma que aquel hombre esperaba que murieran las docenas de animalillos que había comprado para que el lebrél extraordinario obrara su magia en ellos: visones, chinchillas, armiños y conejos de angora permanecían en una habitación a oscuras custodiados por el can, que los miraba sin demasiado interés. Todos los abrigos y boleros con los que el hombre pensaba alfombrar el suelo bajo el árbol para su esposa la mañana de Navidad seguían vivos en sus jaulas. El hombre comenzaba a inquietarse. En una ocasión llegó a perder los estribos y golpeó la frente redondeada y lúcida del animal, que le correspondió con una mirada rencorosa que destilaba odio, un odio del que solo son capaces los humanos. El hombre trastabilló hacia atrás, temeroso de haber ofendido a ese genio transfigurado en una bestia estilizada. Habló con él, le propuso tratos, le suplicó con la voz rota de los réprobos que negocian con el diablo. El can seguía tan inmóvil como una estatua de sal, y el hombre abandonó la habitación avergonzado, con la sensación de haber sido derrotado por la bestia, de haber sido destronado de la cúspide de la evolución.

No fue sino en la víspera de Navidad que la habitación a oscuras se llenó del hedor de la sangre. El lebrél acabó con todas y cada una de las criaturas suaves y mullidas hacinadas en las jaulas. Las agarró por el cuello, no con violencia, sino con el gesto amoroso de una madre que transporta a sus cachorros, y las acostó en un lecho creciente de cuerpos blandos. Todas ellas se entregaron sin tratar de huir siquiera, como si entendieran que su muerte era un sacrificio necesario que servía a un propósito mayor.

El hombre llegó entrada la noche, ligeramente ebrio y con la pose teatral del matón que concede una última oportunidad. El galgo lo recibió con una expresión de profunda indiferencia. Estaba sentado junto a una pila de animales desangrados y tenía el hocico y la pechera manchados de rojo, como adornados con pinturas de guerra. Pero no se inmutó cuando aquel bruto dio un par de zarpazos en el aire antes de acertar a coger el obsequio que guardaba entre sus patas de esfinge. Era una gargantilla de ante granate, tan fino que su tacto recordaba al cosquilleo

estático que se siente en la nuca y en la punta de los dedos antes de que estalle una tormenta, cuando el cielo está cargado de electricidad. Del centro pendía una hilera de rubíes, bellos como lágrimas de sangre que hubieran brotado de los ojos de una virgen. Los ojos que los contemplaban también estaban enrojecidos, teñidos de insomnio y embriaguez.

Las mejillas de su esposa volvieron a ruborizarse a la mañana siguiente muy temprano, cuando abrió el pequeño cofre que contenía la joya y reconoció la huella de un artista tan singular como inconfundible. Para celebrar el momento, tomó de una cajita con el sello de una lujosa confitería un bombón de chocolate blanco, el mismo color del animal prodigioso que ahora le pertenecía. Lo saboreó con gusto, demorándose en tragar la nata dulce como una venganza. Finalmente, un leve espasmo de la garganta indicó que había deglutido la chocolatina, y se dispuso a engalanarse con aquel collar que le recordaba al hilo del destino del que hablan ciertas leyendas orientales.

Fue un desenlace trágico. El diminuto broche plateado produjo al cerrarse un chasquido de dientes. El cordón se clavó en la carne. Los rubíes se mezclaron con la sangre que manaba del corte. En apenas unos minutos, un asombrado rostro femenino estudiaba muy de cerca los arabescos de la alfombra mientras su cuerpo permanecía de pie, rígido como el abeto decorado que observaba la escena en silencio, de espaldas a la ventana. El cristal comenzaba a empañarse, estaba empezando a nevar.

Sus inconfundibles huellas en la nieve no lo delataron mucho tiempo, una ventisca invernal se encargó de borrar el rastro. Si, en lugar de la ventisca, se hubiera producido una helada, habría fosilizado unas pisadas ligeras que llevaban a las casas de los envidiosos. En cada una de esas casas, todos los árboles decorados dieron un fruto muy especial: un cofre que contenía una gargantilla roja.

4.- SELECCIÓN DE OBRAS  
I CERTAMEN LITERARIO  
'RECTORA ROSARIO VALPUESTA'





## ABEDUL

Ana Manzano Barrero

20 años

Aracena (Huelva)

A mí no me suenan los abedules,  
apenas me escucho a mí misma.  
El agua que nada en azules  
atisba mi máscara triste.  
Caretas viejas, recosidas,  
trastornos que son de mentira,  
pinturas que juegan a ciegas.

Hoy soy, una bala perdida,  
una fortuna grotesca,  
una ráfaga de carne fresca  
que al sol, huele a humo,  
a carbón, retozan los búhos.

Y no hay lechuzas en mis ventanas  
que iluminen los escritos  
de un alma acongojada  
por el vuelo de un pajarillo.

No me escuchan los abedules,  
ni yo los veo a ellos,  
e igual que ese tipo se fue al monte,  
yo huyo del desconsuelo  
más allá del horizonte  
donde mis pies no toquen el suelo.

Y hojas vienen de la espuma  
que el mar valeroso me lanza.

Y la luz verdosa del tiempo  
que se abruma como hojarasca.

Trapos viejos que ya son banderas,  
ruinas, blancas o enteras.  
¡Que no importan las alegrías  
si no dejan impronta tus besos  
en los pasos de esta escalera!

Y trastornados se callan los santos  
de verme ceñir las caderas  
al ritmo del Martes Santo  
que jamás probó esta tierra.

Y hoy añoro un suelo sin canto,  
sin ruiseñores ni cocoteras,  
más que la brisa que no empuja el manto  
de las olas cuando estas me esperan.

¡A la mar, me vine a la mar,  
como él huyó al monte!  
Con ideas tan diferentes  
que ambas chocarían al roce.

Yo, con tanto hielo,  
con tanta falta,  
de sentir amor verdadero,  
por algo que llamemos patria.

Él, tan altivo,  
tan confiado de sus versos,  
retoma, combativo,  
las armas a mi regreso.

Nada quiero entusiasta de la bahía,  
pues tú huiste del agua fría

y yo anidé como aurora tiñosa  
cerca de las palmas habaneras.

En cambio, tú te ensañas  
con que el sable es la palabra,  
con que el verso ya no es el arma,  
con que las balas merecen la pena  
cuando de amor se trata,  
y el amor se levanta.

Hermano mío, hijo de tierra nuestra,  
no te levantes con brío,  
que una tumba llevas a cuestras,  
por dejar de temer al hastío  
y querer escapar por las puertas.

Yo, paciente espero,  
poder regresar a mi tierra.  
Mas mientras mi pena resuelva  
no daré nombre al quejido  
porque más vale tener bien abiertas  
las piernas que el corazón mío,  
ya que fue darlo y perderlo  
y a kilómetros quedé del recorrido.

Ahora espero, como tú junto al arroyo,  
varada en la orilla y siendo escollo,  
el camino sin alféizar,  
sin espada,  
solo con un alma esperanzada  
por ver la luz del alba  
entre alcornoques de pieles pardas  
sin graznidos de auroras varias.  
¡Que ya no quiero buitres negros  
que mi hígado por la noche zampan,  
ahora quiero besos de hielo

que sus ojos azules guardan!

A José Martí.  
Cuba (17-03-2020)

## CORAZONADAS DE CUARENTENA

Beatriz Villachica Romero  
20 años  
Castilleja de la Cuesta (Sevilla)

Para ella:

La ansiedad me come por dentro  
mientras que intento huir de la certeza  
de que no puedo hacer ningún evento  
Para que en mis brazos aparezcas con sutileza.

El tiempo cada vez pasa más lento,  
las noches de abril se ceban con mi cabeza,  
veinticinco veces al día me entretengo  
imaginando muy cerca de mí tu belleza.

Ver volar tus rizos al son de la música,  
la sonrisa que esboza en mí tu mirada,  
abrazos que nunca jamás se marchitan,  
y caricias que bajan por tu espalda.

Cuando la luz al final del túnel sea,  
quiero que sea un cuento sin narrativa,  
que el tiempo no pase entre tú y yo,  
que lo único que pase,  
sea nuestra vida.

Para él:

Nunca el aguacero fue tan vasto,  
ni la niebla tan obtusa.  
Nunca los momentos se pararon,  
soñándonos veinticinco veces al día.

Al alba apenas amanece,  
mientras las noches lloran tu partida.  
Las horas ruegan unas a las otras,  
y mi corazón suda amargura y valentía.

El escuchar tu risa continuada,  
sentirnos nuestros al son de Sabina,  
bailar bajo las sabanas,  
y verte despertar cerca mía.

Cuando volvamos a vivir,  
olvidaremos la distancia que sobra,  
seremos suspiros inherentes,  
entre cielo, tierra y boca.

## DESPUÉS DE TODO, TODO SIGUE

Claudia Ramírez Mena

26 años

Sevilla

Y de repente dejó de sentir aquella agonizante presión en el pecho, lo único que recordaba esta bella durmiente, que llevaba en la cama más de cien años, es que comenzó a apreciar algo de lucidez. No, en realidad lo que notaba era la cálida luz de media mañana sobre sus párpados. Parecía como si le hubieran cosido los ojos. Esta vez le suponía cierto esfuerzo poder abrirlos con normalidad. El silencio la confundía, pero confirmó que aún sus oídos percibían sonidos gracias a una bandada de pajarillos que pasó ensordeciendo la calle con sus animados gorjeos, como risotadas inverosímiles de alegría.

En aquella habitación olía a madera antigua. Y, efectivamente, la rodeaban toscos y oscuros armarios, un tocador comido por las polillas y una estantería sobre la que descansaba una gran cantidad de libros sin identidad, de los que no se podía ni intuir el título por culpa de la cantidad de polvo que los cubría. Al contemplar aquella imagen, no pudo más que dejar salir un profundo suspiro con fuerza desde su corazón y se verbalizó con voz melancólica. Intentó mover los brazos, aún entumecidos, que rodeaban en círculo su cabeza; las manos agarrotadas no querían soltar la almohada sobre la que había reposado su cabeza durante tanto tiempo. En cambio, los cabellos desparramados, que parecían tener vida propia, le hacían cosquillas en las palmas y en las mejillas. Mientras, se concentraba en su casi recién estrenada respiración, sentía el vientre llenarse y desinflarse, cierto movimiento en su pecho y el corazón latir con fuerza. La piel permanecía tibia, pero algo grasienta, se sentía pegada a las sábanas.

Se levantó lentamente, moviendo con cuidado su cuerpo y sin gran esfuerzo por precaución. Cuando consiguió arrastrar las piernas y doblar un poco las rodillas, se encontró al borde de la cama, con fuerza, pero algo indefensa. Y dio un respingón por la impresión que



le producía el contacto de las plantas de los pies con el frío suelo sin tocar durante siglos. El pánico por no poder mantenerse en pie invadió su mente, pero paró y escuchó a su corazón, lleno de entusiasmo y mandándole muestras de ánimo para que continuara. No le quedó otra que confiar en él. Toda su energía la empleó en dar algunos pasos por aquel suelo que crujía y le ensuciaba los pies descalzos, pero su atención se centraba en el movimiento, en lo que parecía imposible, pero conseguía poco a poco. Lentamente, aquel espejo ovalado de pie, con un marco excesivamente ornamentado, iba reflejando a una mujer de aspecto vivo y jovial, pero de la que era difícil adivinar la edad. Los muslos sonrosados asomaban vergonzosos por debajo del camisón, mientras que sus caderas mostraban sin reparo la dulce silueta. Se llevó las manos al rostro y lo recorrió acariciándolo suavemente, palpando sus rasgos, hasta llegar a los labios, lo que le hizo reparar en una V de carmín que había escrita en la parte superior del cristal. ¿Se llamaría quizás Victoria? No recordaba su nombre, ni aquella habitación, ni su historia... era como una niña pequeña aún con todo el mundo por descubrir. La sangre bombeaba con insistencia todas las partes de su cuerpo, empujándola a la acción.

Decidió abrir la ventana y salió al balcón. La invadió una sensación de bullicio alrededor, pero estaba sola. Percibió el sonido de un reloj dando alguna hora en punto, aplausos y risas de gente. Abrió los ojos, que había tenido que cerrar para no marearse por la impresión y ella seguía allí, bien agarrada a la baranda por si se caía, sin nadie alrededor. Mas el tiempo sí parecía continuar su intensa carrera de siempre. Inhaló profundamente y se dejó llevar por el placer de respirar, de sentir su cuerpo, de escuchar su alma y volvió adentro. Pensó que tenía que arreglarse, asearse bien y lucir sus mejores galas para aquella celebración que le esperaba de hallarse a sí misma, de conocer la Tierra, de encontrar la esencia de todo lo que la rodeaba.

Comenzó por experimentar el milagro del agua, solamente podía concentrarse en la sensación que producían las gotas en contacto con su piel; después, el aroma exquisito de los jabones y perfumes y hasta del maquillaje que no pudo evitar probarse. El tacto suave del vestido

contra su cuerpo era algo gustoso y el reconocer su aspecto ante el espejo fue una agradable sorpresa. Ya estaba lista para la fiesta.

Ahora sus pasos eran firmes y decididos, pero procuraba no dejarse nada de aquellas losetas sin pisar. Cada vez, se evadía y percibía el mundo bajo sus pies. Abrió la puerta, quedándose una vez más deslumbrada por el radiante sol. Se aseguró de no olvidarse nada más, además de su identidad aún por averiguar. Miró perdida y cogió un manojito de llaves que pensaba que serían las de su casa, si es que aquel era el sitio en el que vivía... Colgaba de ellas un adorno, parecía una *I* que le gritaba Iris ¿tal vez?

Encontró que el silencio era el único que deambulaba, casi con miedo, por las desiertas calles. Pensó en acompañarlo, en llevarle un poco la contraria y cantar. Aquella voz, que no hablaba desde hacía mucho, nada más que en su cabeza, entonó una dulce melodía que pintó los edificios de alegría y nostalgia al mismo tiempo. Paseaba tranquila, aunque el corazón quería salirse del pecho. Miraba a un lado y las persianas echadas hasta abajo, sin dejar entrar ni un pequeño resquicio de luz; a otro y puertas cerradas a cal y canto; al frente y los carteles de tiendas y restaurantes le contaban el abandono que sufrían; y tras de sí nada más que había dejado hojas secas, que se arremolinaban en los rincones cuando se levantaba algo de brisa. Las raíces de los árboles intentaban escapar de debajo del pavimento, plantas salvajes, cuyos nombres hasta el Creador desconoce, se asomaban curiosas a verla pasar, desde cualquier huequecito de la carretera; los insectos se mostraban orgullosos de haberse adueñado de la ciudad y los perros y gatos callejeros por fin se sentían en su hogar. Le atraía su descubrimiento, pero había alguna pieza que no le terminaba de encajar. Dispuesta a seguir averiguando, se paró justo en la puerta de un colegio, donde los niños un martes a mediodía eran ya un recuerdo olvidado, los profesores un sueño jamás concebido y el polvo de la tiza se confundía con las cenizas. Al nombre de la escuela, que alguna vez habría sido bien conocida en el lugar, parecía habersele desprendido una *D*, que dejaba su hueco a la imaginación de... ¿Diana? ¡Ojalá se llamara así!

Justo al lado, encontró un parque vallado. Le pareció oír algo, quizás fueran las plantas que sacaban sus extremidades y lloraban pidiendo auxilio, un grito de ayuda al que nadie acudía desde hacía mucho. La puerta se cerraba con un enorme candado, pero ella, empujada por una corazonada, introdujo una a una las llaves que había cogido antes de salir y con la penúltima consiguió abrirlo. Boquiabierta, soltó rápidamente la puerta, que se abrió de golpe, dejando salir toda aquella vegetación enlatada. Se imaginó su posible historia, como si se estuviera repitiendo en ese mismo momento. Se vio a sí misma en la que creía su casa. Le encantaba su balcón, por lo que decidió llenarlo de flores hermosas para decorarlo, para mostrar aquella belleza a sus vecinos, para lucirse ella misma como jardinera orgullosa de las plantas a su cuidado. Siempre vestía con prendas de estampado floral, se recogía el pelo con adornos vegetales y hasta las paredes estaban atiborradas de cuadros sobre parques y bosques. Dada su fuerte afición, se conformó por el momento con un par de rosales, uno blanco y otro rojo, en su ventana. Pero aquel propósito de controlarse, duró poco. Cuando quiso darse cuenta, las rosas le daban codazos a los claveles que los acompañaban y estos envidiaban la sombrita de los helechos; las hortensias no sabían si crecer o no y los geranios se agobiaban. Pronto, aquel reducido espacio, tuvo que ampliarse para que nuevos inquilinos pudieran seguir llegando. Los narcisos dormían en el salón y a las cintas les adjudicaron las partes altas de las estanterías. Los cactus atacaban desde cualquier rincón, rencorosos por la poca atención que recibían, ya que la casera tenía que repartirse entre todos sus huéspedes. Ella ya no tenía ni un empleo con el que mantenerlos, ya no tenía tiempo ni para eso... Zarandó la cabeza, intentando ahuyentar aquellos pensamientos con los que, en realidad, no se identificaba.

El camino parecía nunca acabar, pero su energía tampoco. De hecho se sentía renovada. Jugaba con todos los sentidos, pero el tacto era su favorito. Podía sentir, esta vez además del olor a moho y humedad, la rugosa piedra del muro de un templo de no importa qué religión; sintió que allí dentro seguiría todo intacto, como si nada hubiera pasado, ni hubiera dejado de pasar. Tallada en la pared tendrían que estar las iniciales del arquitecto o algún cantero, pero prefirió dejarlos

en el anonimato, no buscarlas y quedarse solo en esta ocasión con la intriga y el misterio. Y había más, aquella energía tan fuerte, aquella presencia insoportable no podía venir más que del lugar más bullicioso de toda la ciudad. Quedó ensimismada contemplando las lápidas. Caminó entre las fechas, los nombres, monumentos y flores secas, pero ninguno de los que estaban allí parecían haberse movido desde hacía años... No terminaba de entender. Aquello le inspiraba a pensar en los polos opuestos, como la luna y el sol, la noche y el día. Algo era allí tan familiar como desconocido.

Doblando una esquina para perder de vista aquella interminable avenida, la imagen de un gran edificio con muchas habitaciones zarandó su mente, al tiempo que un fuerte olor, que no conseguía reconocer, le daba náuseas. El estrés, personas entrando y saliendo sin cesar; miradas necesitadas de ayuda y desde el final de un pasillo de azulejos el grito de una amenaza, le hicieron sentir como si le apretaran en las sienes fuertemente. Mas, afortunadamente, estaba al aire libre, no había ni rostros desesperados ni mezclas químicas ni paredes blancas, ni sabía el origen de aquella ilusión. Divisó a lo lejos una parada de autobús. Se acercó sin prisa. Tenía una cinta alrededor para evitar su uso, no había siquiera carteles publicitarios, ni pasaría nadie a recogerla. Observó el mapa y las paradas de la línea A, solo por curiosidad.

Ya no tenía nada más que observar, nada más que tocar, nada más que oír, nada más que oler. Solamente le quedaba saborear la V-I-D-A, continuar aquel camino como si fuera nuevo —o quizás lo fuera—, atendiendo a las señales que el cielo le iba enviando. Entonces, recordó quién era.



## FLORES DE HOJALATA

Elena Ledo Martínez

19 años

Sevilla

«Quizá las flores se riegan solas», pensé. Los días pasaban ajenos mientras me preparaba para otro día monótono. Cuando pensaba en las aventuras que ocurrían en los libros, no encontraba ilusión alguna. La realidad no era como la literatura, con todos esos mundos de fantasía, de alegría eterna, pero también de enseñanzas y moralejas, así como de entretenimiento. Muchas veces me sentía identificada con los personajes de mis libros, e incluso había escrito alguno. Nunca llegué a pensar que esa ilusión que tenía desde pequeña se podía esfumar. Ahora mi vida solo consistía en trabajar. Me sentía prisionera de mi propia existencia. Hacía mucho que los libros ya no me acompañaban, ni tenía interés en comprar uno nuevo. Las librerías eran cada vez más escasas y en las cafeterías no había ninguno a la vista. Tampoco las personas compartían sus opiniones sobre las novelas publicadas recientemente. Parecía como si los libros hubieran desaparecido de mi mundo.

Este día era distinto. Por primera vez, en el camino a mi trabajo, me había parado a observar. Este hecho era poco frecuente, ya que por un lado siempre iba con prisas, y por otro, los demás también tenían ese sentido de urgencia interior, en el que un minuto era demasiado valioso como para perderlo. Sin embargo, lejos de toda estadística y sin plantearme qué hacía de ese día un día diferente, me frené en seco y miré a mi alrededor. Nunca me había fijado en las palmeras que aparecen entre las avenidas de la ciudad, ya que cada vez más el urbanismo se acompaña con zonas verdes. Por eso lo primero que observé, ajena a todos los demás sentidos, fue una flor. Mejor dicho, muchas flores. Sin escuchar a las cotorras y gaviotas que me rodeaban, ni los coches y bicicletas, me quedé paralizada. No me hizo falta fijar la vista ni acercarme para observar mejor lo que tenía delante. Solo me hizo falta echar un vistazo, porque se encontraba a tan solo unos

metros. ¿Por qué me habían llamado la atención? La verdad es que esa pregunta carece de sentido sin antes explicar cómo eran esas flores.

En realidad, no parecían distintas, simplemente cubrían la gran explanada que se encontraba cerca de mi lugar de trabajo. Es decir, un terreno más bien desolado, donde la única vegetación que crecía eran las malas hierbas que nadie se encargaba de cuidar. Pudo ser que el sol iluminaba más de lo normal, o que algo había despertado en mi interior. Curiosidad, tal vez. En ese espacio, antes desierto, ahora habían crecido flores. No sabría decir cuánto tiempo llevaban allí, ni cuándo habían crecido, porque no me había fijado hasta ese momento. ¿Y por qué ahora? Eso también me lo preguntaba. Pero lo importante es que os describa cómo eran las flores. Estas eran realmente curiosas. Solemos pensar en las bellas flores rosas, blancas o incluso amarillas. Uno nunca se imaginaría unas flores doradas. Sin embargo, las flores no me llamaron la atención por su color, sino por su material. Sin necesidad de acercarme, las flores irradiaban luz, pero era una luminosidad diferente. Estas resaltaban por el llamativo color plateado de sus hojas. Todos los tallos estaban bañados también de ese característico color. Por tanto, ya habían captado mi total atención. Me dispuse a acercarme y, para mi sorpresa, incluso el tacto de las flores era distinto. El material era más duro de lo que se podría esperar, pero a la vez frágil. Las flores de hojalata deslumbraban, pero al acercarme parecía como si el color se hubiera apagado. Cuando toqué una de ellas con una suavidad extrema, noté cómo la hoja se estremecía. Aquello me impactó por mi propio concepto sobre las flores, ya que aquello escapaba a mis límites. Aún no entendía por qué esas flores eran frágiles y a la vez tan rígidas. Decidí entonces observar mejor y lo que vi me dejó aún más intrigada. La explanada florida parecía un ejército compuesto por miles y miles de ellas, todas hieráticas y rectas. Al observar mejor, noté que, a pesar de su color llamativo, eran igualmente bellas. Y seguía sin entender por qué hoy me había fijado en aquellas flores, pero sentía que había merecido la pena. Algo en mi interior se había despertado, sin saber que el siguiente suceso me marcaría todavía más.

«Quizá las flores se riegan solas», volví a pensar. Por su material supuse que no necesitaban agua, pero me entristecí al pensar que no había nadie que las cuidara. Cuando ya me disponía a buscar la manera en que me podía ocupar de las flores, recordé que llegaba tarde al trabajo. Sin embargo, estaba paralizada, como si las flores me hubieran hipnotizado. Volví a tocar una de ellas y volví a sentir tanto la fragilidad como la dureza de la flor.

—¿Te gustan? —preguntó una voz.

Cuando salí de mi ensimismamiento vi a una mujer en el centro de la explanada. No sabía cómo había llegado hasta allí, por lo concentrada que estaba en las flores y en mis propios pensamientos.

—¿Te gustan? —volvió a repetir.

Respondí que sí y entonces se presentó. La mujer se llamaba Savana y era la jardinera de aquellas flores. Al parecer, ese no era su trabajo, pero le entretenía cuidar plantas. Decía que las había creado ella y eso fue lo que más me impactó. Savana soñaba desde muy pequeña con las flores, porque le parecían muy bellas. Por eso decidió crear sus propias flores. Entonces me asaltó la duda, ya que pensaba que aquellas flores, al ser de hojalata, no necesitaban agua. Savana contestó que ella no encontraba la diferencia entre sus flores y las demás, ya que eran igualmente bellas. En eso llevaba toda la razón.

Después de un silencio que, lejos de ser incómodo, llenó ese momento aún de más magia y sensaciones, Savana acarició sus flores con una dulzura que me impresionó. Me impresionó el amor que ella sentía, mientras me embriagaba de aquel instante. Al final tuve que romper el silencio y le pregunté sobre su vida. Savana comenzó a contar su historia... y me dijo:

—Gracias por acercarte a mis flores. Para mí es una obra de arte que he creado y, sin embargo, la gente no se para a mirarlo. Pero tú sí, y por eso te doy las gracias.



Sonreí, ya que no entendía cómo me podía agradecer simplemente el hecho de observar. Me di cuenta de que si para ella eran tan importantes sus flores como para agradecer a los que las miran, también yo podía dar las gracias a todos los que me habían acompañado a lo largo de mi vida.

—Pero te voy a contar un secreto —dijo Savana—. No puedo ver. —Mi cara reflejaba tal maremágnum de emociones que no sabría mencionar cuál destacaba—. No puedo ver a través de mis ojos. Soy ciega desde que nací, así que no puedo ver las flores, ni los paisajes, ni la ciudad. Me lo imagino todo tan bello que así es como decidí crear mis flores. Unas flores que fueran igualmente bellas. A lo mejor es que solo yo las veo a través del corazón y por eso me parecen preciosas, mientras que en realidad puede que sean desagradables para la vista.

No pude responder de inmediato. No encontraba las palabras adecuadas para explicarle que sus flores eran las más bellas que había visto jamás. Entre titubeos, intenté expresar mis sensaciones.

—Gracias, nuevamente, porque eso hace que mi obra de arte tenga sentido —dijo Savana.

Otra vez se estableció el silencio que, en vez de cortar como cuchillas el aire, acompañaba el ritmo de nuestra conversación. Tras ese silencio dije:

—Creo que lo que me pasa es que no encuentro palabras para compensar tu agradecimiento tan profundo. No sabría decirte por qué, pero tus flores han captado mi atención y solo pensaba en quién las podría cuidar. Ahora que te he conocido, creo que el amor tan verdadero y puro que sientes hacia tus flores no lo había visto jamás, y eso hace que me emocione. Y, en todo caso, te tengo que dar las gracias por ver con tu corazón y enseñar a quien se pare a mirar. Por eso te doy las gracias, porque has cambiado mi perspectiva de ver las cosas —proseguí—. Ahora te contaré mi secreto. Desde pequeña me han fascinado los libros. Pero no podía encontrar ninguna motivación para

leer. Hasta ahora. Gracias a ti, he cambiado mi perspectiva de ver las cosas y he vuelto a creer en la ilusión de la literatura. —Ella sonrió.

—Solo te pido un último favor, ¿podrías describirme las flores?

—Por supuesto —respondí encantada.

Entonces comencé a describir aquellas flores como había hecho antes en mi mente, pero esta vez desde mi corazón y en voz alta. En el centro de la explanada, Savana escuchaba atentamente mientras se mecía como la brisa a sus flores de hojalata.



## LAS GALLETAS DE LA ABUELA MARGARITA

Eugenio Alejandro Gómez Rodríguez

27 años

Cádiz

Los diferentes verdes de las hojas que formaban el diseño de aquel paquete de pañuelos le transportaron a una selva; pongamos la del *Libro*. Había visto la película hacía unos días y todavía hoy seguía riéndose con los bailes de *Baloo*, que comenzaba a imitar en cuanto su madre se disponía a grabarla con el móvil.

Allí comenzó su aventura, o eso decidió ella, que se ocultaba entre los abrigos del perchero de la entrada, imaginados ahora como exóticos árboles de grandes raíces que sobresalían de la tierra. Desde aquel punto observaba a los vigilantes del antiguo templo selvático que tenía enfrente. Por más que se fijaba, los dos adultos no tenían nada con que distraerse, ¡resultaría agotador estar allí de pie sin hacer nada!, y como la seriedad del papel les impedía cantar y bailar, pues no les quedaba otra que mirar a la nada con semblante serio. Dispuso entonces la exploradora que a cada ratito, aquellos hombres, que eran idénticos, grandes y con bigote se turnarían en la vigilancia del enorme portón que conducía a lo desconocido.

Entre cambio y cambio, el portón se quedaba unos minutos al albur de cualquier aventurero o aventurera que quisiera entrar. Margarita, que es como se llama la protagonista de este relato, no dejó escapar la ocasión; y es que como dice la señorita Paula a sus papás, aunque solo tiene seis años, es una niña muy avispada para su edad. Corrió lo más rápido que pudo y se perdió en la oscuridad del húmedo templo de azulejos, quedando el portón cerrado tras de sí. El corazón se le puso a mil, como cuando juega al escondite con sus primos. Ya estaba dentro.

«¿Qué hago ahora?», pensó.

Había olvidado coger la antorcha que se encontraba justo a la derecha de la entrada, y eso que ya llegaba a alcanzarla. Sin luz, poco iba a poder hacer allí dentro.

«¡Luciérnagas!», exclamó bajito, y de pronto se vio rodeada de decenas de simpáticos insectos —porque en la imaginación de esta niña hasta los insectos podían ser simpáticos—, que además de darle una luz tenue pero suficiente, se alinearon mostrándole el camino a seguir en el interior del pequeño recinto. La pequeña corrió y corrió por imaginarios y laberínticos pasillos arriba y abajo, pero siempre llegaba al mismo punto.

Cuando consideró que el lugar se le quedaba pequeño, lo que casualmente ocurrió a la par que la voz de mamá le recordaba que ahí no debía jugar, decidió salir por donde había entrado. Sin embargo, ya no se hallaba fuera del templo, sino dentro de este, en un corredor empedrado que quedaba totalmente iluminado por la luz que penetraba desde las salas contiguas. Altas paredes de piedra recubiertas por vegetación le rodeaban. Frente a ella se encontraba una alargada bestia peluda, que hasta aquel entonces había permanecido dormida, ¡a saber durante cuánto tiempo! Se incorporó y comenzó a mirar fijamente a la niña, que no dudó en hacer como que se ocultaba. Margarita tenía claro que toda aventura que merezca ser contada debe incluir la huida de un monstruo. Así, aunque aquel ser tan aterrador ahora estaba más interesado en chuparse las patas traseras que en la pequeña niña, ésta le gritó:

«¡Pipo, Pipo!», con una voz más infantil de la que ya tenía.

Era la misma voz con que hablaba a todos los niños más pequeños que ella, pues a este respecto en su cabeza existían dos normas: que a los niños más pequeños se les hablaba con una voz como de bebé, y que se llamen como se llamen estos niños, su nombre debía terminar en *ito* o en *ita*. Este era el caso de su vecino Pedrito, que había cumplido dos años hacía unos días. Margarita lo sabía porque escuchó cantar a sus mamás a través de las paredes del salón. Aquello había supuesto un

tremendo disgusto, pues no le habían invitado, ¡con lo que juega ella con Pedrito y lo que le gusta un cumpleaños! Pero eso ya se escapa de esta historia.

Ante el grito de la aventurera, Pipo se incorporó con rapidez y se dirigió hacia ella. En ese momento Margarita echó a correr. Aunque ustedes deben pensar que aquellas paredes de piedra le eran desconocidas, lo cierto es que sabía al dedillo qué ruta tomar para que el can no le diera alcance. Si bien ahora se había convertido en el guardián de un templo de la selva india, el perrito también había sido león, caballo y unicornio, y nunca, nunca, nunca había logrado alcanzar a la niña.

El corredor de piedra tenía dos accesos al salón adyacente, uno donde ella se encontraba, y otro donde estaba la bestia de color marrón oscuro. La niña entró por la puerta más cercana a aquel salón en que su padre, que no forma parte de esta aventura aunque sí de muchas otras, estaba absorbido por la pantalla de su portátil. Margarita se dirigió a la mesa donde comían cuando venían amigos, y allí, como hacía siempre, logró que Pipo diese un par de vueltas hasta que, despistado él, ella conseguía huir por la otra puerta. Ahora venía lo más divertido: vueltas y vueltas entre el pasillo y el salón que, les recuerdo, ya no eran tal, sino un corredor de piedra y un salón recubierto de misteriosas inscripciones dentro del templo donde se desarrolla esta historia. A la segunda vuelta el corredor se llenó de lianas colgantes que la pequeña debía usar para desplazarse con mayor agilidad que la bestia. Esto le agotaba, así que cuando se hubo cansado, decidió que había encontrado un refugio para exploradores.

«Por fin, casi me atrapa», pensó jadeando mientras cerraba la puerta de su habitación.

Detrás se oía al pequeño perro salchicha llorar, pero al poco acabó marchándose. Al fondo se le escuchaba beber agua, acción a la que siempre seguían varias toses. La habitación de Margarita se llenó de pronto de una vegetación exuberante y preciosa de la que colgaban

frutas de mil colores, con juguetes y colchones de flores para descansar cómodamente. Fuera de aquel lugar, las ruinas podían ser muy peligrosas, así que era reconfortante sentir que nada malo podía ocurrir allí dentro.

La pequeña comenzó a pensar en cuál era su objetivo. Más allá de pasarlo bien, todas las aventuras debían tener un fin. El premio no podía ser cualquier cosa, no, sino un auténtico tesoro, ¿pero qué tesoro? En ese momento, un pequeño rugido se oyó dentro de la exploradora, y es que debía haber pasado un rato largo desde que almorzó.

«¡Galletas! Voy en busca de galletas», dijo para sí la niña.

Margarita sentía auténtica pasión por las galletas. Le gustaban de todos los sabores, formas y texturas pero sus favoritas, sin ninguna duda, eran las que le hacía su abuela Margarita. Sí, además de compartir dibujitos animados favoritos —o eso le aseguraba la mayor—, también compartían el nombre. Las hacía de mantequilla, muy blanquitas y tiernas, con un olor dulcísimo. Al pensar en cómo olían y cómo se le deshacían en la boca, más le rugía el estómago.

Decidido que el objetivo de su aventura era entonces tomar las galletas custodiadas en aquel templo, se dirigió al lugar donde éstas debían hallarse. Habrá quiénes de ustedes piense que estarían en algún estante de la cocina, pero no. Se trataba de la sala del tesoro. No sería fácil llegar hasta allí, como no lo es llegar a ninguna sala del tesoro. Margarita recordaba que Pipo podía estar vigilante entre los pasadizos y que además... ¡a saber qué otros peligros podía depararle aquel misterioso lugar! Tomó papel y acuarelas que otro explorador, quizá con menor suerte, había dejado en el refugio, y dibujó un mapa del templo, que yo les facilito junto a este relato. Tenía que trazar en su cabeza la mejor ruta, la más directa y segura. Recordaba que entró por un portón enorme que la había conducido a un húmedo laberinto de pasadizos oscuros. Suerte que sus amigas las luciérnagas le ayudaron; aunque ahora de poco servirían. Cuando salió de aquel laberinto, recorrió varias veces el templo sin haber observado ninguna otra sala,

más que la habitación prohibida para jugar —esto es, el dormitorio de sus papás—, el refugio de la exploradora y un pequeño pasadizo que seguramente le condujese a la sala del tesoro.

Solo había una oportunidad. Margarita salió del lugar y se dirigió hacia el angosto pasadizo, pero fue poner un pie en el suelo y casi todas las baldosas se transformaron en lava. ¡Era imposible caminar por ahí! Unas baldosas parecían firmes y seguras, pero las otras solo podían conducirlo al final de esta historia. Ya no había vuelta atrás, así que debía intentarlo. Por si fuera poco, de lejos podía oír al guardián peludo. Margarita miró al frente, tragó saliva, y saltando y saltando consiguió acceder al lugar que tanto ansiaba.

Su objetivo ya estaba cerca, pero un enemigo silencioso y común para todos los niños de su edad le acechaba, y Margarita lo sabía: la altura. Siempre había sido una niña menuda, y aunque cada vez que se encontraba con el abuelo Paco este le recordaba que estaba más grande, lo cierto es que a duras penas alcanzaba a subirse a la cama de sus padres. Vio entonces unas pesadísimas escaleras que podría mover para ayudarse y trepar por aquella pared de roca que eran los muebles de la cocina.

¿Quién dice que la magia no podía existir? ¿Acaso hay límites en la imaginación de un niño? Margarita alzó sus manos en dirección a las escaleras RÅSKOG, que es como debía llamarse, pues así lo decía una pegatina que escondía bajo uno de sus peldaños, y conjuró un hechizo que las hicieron moverse. Estas resultaron ser menos pesadas de lo que la buscadora de galletas creía. Sin embargo, para todo aquel o aquella que escuchase su historia, seguirían siendo casi inamovibles. Margarita las subió despacito y cuidadosamente. Con algo de esfuerzo alcanzó el peligrosísimo saliente donde se hallaba, ¡tachán!, el arcón metálico que custodiaba las galletas de la abuela Margarita.

Las manitas de la protagonista, que sonreía, rodearon el bote de metal. Hizo girar la tapa con una reconocida destreza, pero para su sorpresa y posterior lamento, el recipiente estaba vacío. De aquellas



galletitas solo quedaba algo de olor, que terminó ya por disiparse. Ahora que lo pensaba, hacía varias semanas que su abuela no les traía aquellas galletas de mantequilla que tanto le gustaban. La niña se dio cuenta de lo muchísimo que le echaba de menos, ¿cuándo podría escuchar las cientos de historias de animalitos que le contaba?, ¿cuándo regresarían a aquel parque donde tan bien se lo pasaban?, ¿volverían las tardes que disfrutaban pintando flores con acuarelas? No quería y no quería, pero en aquel momento el pecho se le hizo pequeño, la garganta se le secó de golpe y empezó a notar como sus ojitos se empañaban. Sabrán ustedes que hasta las aventureras más valientes tienen derecho a llorar. Bajó las escaleras de piedra sueca tres veces más rápido de lo que tardó en subir las y, sin importarle el peligro que rodeaba cada baldosa, recorrió todos los pasillos del lugar hasta el salón.

Margarita cayó rendida en los brazos de su padre, que la abrazó. Cuando los rayos de sol de aquella tarde de finales de abril iban cayendo mientras su papá le tranquilizada, apareció mamá:

«Margarita, cariño, ven». Con una mano indicaba a la niña que fuera, y con la otra agitaba el móvil mostrándoselo. Al otro lado de la pantalla se encontraban los abuelos Margarita y Paco, que sonreían y lanzaban besos a la pequeña. En ese momento una sonrisa empezó a recorrer la cara de esta aventurera.

Transcurrieron varios minutos y mientras la pequeña niña canturreaba a los abuelos, miles de aplausos inundaron aquella casa que, por una tarde, había sido un templo de la India. ¿Quién sabe qué será mañana?

## CUADERNO DECIMOTERCERO

Gonzalo Esteban Calderón Mendoza

28 años

Badajoz

Lizastésicos

Nos arrogamos el sufijo, aunque seas vos la que seducís al sortilegio.

Tomamos el discurso en personas primeras, si bien eres tú a quien la magia le coquetea.

Y, sabiendo que es usted la que llama a engrosar la fogata...

Y, huyendo de las fuerzas de seguridad y orden de los tiempos verbales...

No conjuramos los demonios, los invitamos a la mesa.

Nuestras voces claman por ser el sonido que ves.

Nuestras tonalidades solicitan ser las gamas cromáticas que comés.

Nuestras secuencias aromáticas, las notas neoclásicas y minimalistas de las que gusta escuchar.

Los sabores nuestros en clave de La... En clave de la piel que te acoge.

Nos huele y nos esculpe los músculos.

No escribimos mal "lisérgicos".

Las buenas lenguas

Dicen las buenas lenguas, porque a las malas las dieron de baja,  
que ella solía nutrir de  
sueños sus refulgentes parpadeos.

Las reminiscencias mantenían en pie los brillosos despertares. Pero  
rezongó el  
nublado...

Se agitaron, sin tocar los timbres, las ramas de los agravios  
maleducados.

Asomaron los tornados y al éxodo marcharon las oníricas  
instantáneas.

Cayeron divertimentos de tres caminos, como colinas de  
septentrión.

Devoró cada sendero, del primero hasta el tercero, aunque el  
hambre armaba los pinos.

Sabrán nadie si eran finos o sencillos.

Lo que dijeron las lenguas víperinas, sabrosas psicoactivas, es que  
a recordar los sueños  
ella volvió.

Y las malas lenguas ni por enteradas diéronse.

Aguapanela y pan

Del aire venimos.

Del aire son las promesas que nos fueron dispensadas.

Del aire tenemos que comer. Hasta que cobren.

El aire nos constituye y, eso dicen, nos da de comer o nos come.

Aire nos atraviesa y aire, borrando, nos bautiza.

Nadie, nunca, nunca... Nadie nos preguntó.

Pero, como fabricando aire, nos raptaron la tierra.

Les temblarán las rodillas, porque no palpítamos solo aire.

Huyendo pitarán los dioses, de aire se les harán los tanques; de  
beber tendrán desaires, y  
de veneno los bolsillos.

Aquí: llorando se ríe

Nos preguntan por la patria, y no saben que con las telas tejimos,  
pura gracia, una

hamaca con colores derretidos de banderas.

*Pa* pintarnos, pues, las caras, desafiando al cabrón del Norte, el  
depredador por deporte  
que al mundo otorga balas.

Con maíz hicimos música, con la cumbia alimentamos. La pasión  
frutal bien lúcida de

las selvas, de los páramos.

Lo que salta en Argentina nos atañe. Lo que sopla en Chile nos  
reviste. Uruguay

cantando nos asiste, con Bolivia hecha de mares.

Paraguay hablando nos hace; Brasil sembrando nos nace. Perú  
aviva las fuerzas todas,

¡afroindia! Ecuador y las geográficas grandezas.

Vida y vida, Venezuela; lucha y lucha, ¡sí, Colombia! Que aguantan  
las Guyanas al

olvido, y Surinam a la injusticia planta espadas.

Panamá, pura potencia, centro nuestro de esperanza; Costa Rica  
luces otras, El Salvador  
de la labranza.

Campesina nos levanta Nicaragua, con sabor y sal de Cuba. El  
azúcar viajero hasta

Honduras, con el verde mate de Jamaica.

Nos forjamos en Haití las pulsaciones, sublevando encantos la  
Dominicana. Para fiesta,

Guatemala; brota cielos las Bahamas.

Cabalgando raudales brindamos México, encendiendo a Puerto Rico el par de alas.  
Tonos incontables del exilio, en los pechos tatuadas las mañanas.  
Pobres en egoísmo, inmigrantes de las galaxias, delincuentes de los patrones, terroristas  
que atacan a la infamia antiatlántica.  
Adicciones al amor, que no es mercancía, que rebelando estalla.  
¡Sudacas, panchitas,  
machupichus! Con tu miedo negaremos la venganza.  
Hogar son todos esos sitios. La llamada América Latina o Abya Yala. El Caribe con los  
ritmos fortalece; el Pacífico, dando guerra, acompaña.  
¡El jaguar de tierras buenas robustece, *pa'l* colono adormilado darle garra!

## MI INEXPLICABLE VIDA COMO POETA

Irene Cintas Ruiz

20 años

Sevilla

Un poemario con errores  
que destruye versos  
con besos;  
y llama al desamor  
por su nombre.

Sensación contradictoria,  
nunca llena,  
siempre vacía;  
maldita cordura  
que un día la locura desataría.

Recital de  
poesía rota,  
desgarradora;  
y, en mi nombre,  
dolor salvaje.

No soy más que  
una pobre ilusa,  
taciturna;  
ahogando silencios  
deteriorados con el tiempo.

Con su mirada  
como única  
guía;  
provoco encuentros  
con la libertad de una vida.

Rozando el abismo  
sobre papel  
mojado;  
en un viaje que, a veces,  
sana heridas.

Y en un intento  
de abrir mi libreta  
vieja;  
le explicaría que  
yo soy poeta  
y ella, poesía.

## TRIADA

Javier de la Cruz González  
19 años  
Valle de Santa Ana (Badajoz)

Y allí en la esquina, se encontraron y reunieron  
Tres hombres, tres mujeres o tres mozuelos  
Cada palabra que brota de su boca, saliva desperdiciada  
Cada emoción aclamada, nubla la conciencia del vecino

Lloran tres, porque fueron silenciados  
Lloran tres, porque el mundo les dio la espalda  
Lloran tres, porque el que no llora no mama

Criticán tres, por los trapos que muestran  
Criticán tres, por no seguir la senda correcta  
Criticán tres, por olvidar las vidas depuestas

Se arrodillan tres, sometiéndose como animales  
Se arrodillan tres, abrazando espinas triunfales  
Se arrodillan tres, lavando, con saña, su cuerpo con sangre

Mueren tres, víctimas de pútridos deseos  
Mueren tres, asesinadas por el frío del acero  
Mueren tres, sobre la dura calle, sobre concertinas...  
Se destruyen tres, destinos detenidos por fuego cruzado  
Se crean tres caminos, y bajo su sombra, yacen pilares de grandeza  
Se destruyen tres cadenas, liberando frívolas manos con rumbo  
ascendente  
Se crean tres grilletes, condenando al olvido a reos inocentes

Mientras, enfrente de los tres, una bala hueca perfora el costado de  
un Lázaro



Mientras enfrente ríen los tres, la sangre discurre por la acera hasta precipitarse ante la sombra de la luz  
La bala supera al cuerpo, la bala supera al alma  
¡Oh!, ¡pobre de mí! ¡Oh! ¡Pobre de mí! Lázaro ladra  
Vienen pájaros negros para mañanas blancas  
Muestra el horizonte finas hebras del tiempo  
Se marchan tres, perseguidos por el tormento  
Evaden tres, la disciplina del silencio  
Y evadiendo acaban por aclamar a Morfeo  
Mascullando bajo sus lenguas arcaicas oraciones  
Inundando a su ser con ambición y lamento

Cuidaos de beber el agua de las ácidas cloacas  
Libraros de la noche, que nos cubre con su manto eterno.  
Guardaos vosotros tres, del obstinado miedo  
Huyeron despavoridos tres, guiados por la intuición de lo incierto  
Uno murió buscando entre sus venas nuevos mundos que le procuraron belleza y desenfreno  
Uno murió pistola en mano, queriéndose proteger de aquel a quien nunca protegió  
Uno murió cegado por sus ideales, no pudiendo divisar entre la niebla, la belleza áurea de la vida  
Murieron los tres como vivieron, vivieron los tres como murieron  
Cada tres son un mundo de ignorancia en el propio mundo  
Cada tres discriminan a cada tres.  
El mundo se ríe y no pronuncia palabra  
El mundo duerme mientras sus células se atacan  
Mientras nosotros nos destruimos; el mundo ya ha pasado página.

## OBJETIVO, A TU IZQUIERDA

Javier Riscart López

31 años

Sanlúcar de Barrameda (Cádiz)

¿Y tú? ¿En qué crees?  
¿Crees en Dios?  
Por supuesto que creo en Dios.

Pienso, que todo no acaba aquí,  
Yo creo en la vida,  
Porque si esto fuese el fin,  
Sería perfecto para el suicida.

Entiendo la palabra de Dios,  
Porque me habla a diario,  
Y no a través de la oración.  
Sino con mi mismo vocabulario.

Para mí, Dios significa amor,  
Significa bondad, significa pasión,  
Pero hay algo que la distingue de los demás,  
Es el brillo de los ojos al mirar.

¿Y para qué sirve Dios?  
Sirve de guía,  
Es el que marca el objetivo,  
Dirigiendo mí camino todos mis días.  
¿Y quién es Dios?  
Esa es mi suerte,  
Que yo le conozco desde que nací,  
Siempre a mi vera,  
Todos los días antes de dormir,

¿Tú has visto a Dios?  
Claro que sí,  
Le veo casi todos los días,  
Y cuando he estado lejos,  
Y yo no podía,  
Dios aprendía a comunicarse por otra vía

Pero no me respondes,  
¿Quién es Dios?  
El que me enseña lo que es el amor,  
Me da lecciones de luchar,  
Y me dice que en la vida,  
Lo más importante no se puede comprar.

Sigues sin responderme,  
¿Quién es Dios?  
Dios es el que sin nada que recibir  
Ofrece el perdón  
Y Prefiere ser feliz  
En lugar de tener razón

Sigues sin responderme,  
¿Quién es Dios?  
Es la risa, la alegría y el arte  
Y por supuesto la voz,  
Aunque perdiera una parte,  
A mí me suena a gloria,  
Aunque me hable susurrante  
Sigues sin responderme,  
¿Quién es Dios?  
Es la gallina que cobija a sus polluelos  
Para que estén todos juntos,  
Protegiéndolos del mar, el aire y el fuego

Sigues sin responderme,  
¿Quién es Dios?

Es el que tiene un compañero de vida,  
Que es parte fundamental en mí camino,  
Sin él, no podría llegar a mi destino

¿Para qué sirve seguir el camino de Dios?  
Para que cuando todo esto acabe,  
Poderme sentar en su lado izquierdo,  
Dónde se siente el corazón,  
Y que me diga con orgullo  
Mirándome a los ojos,  
Este sitio es tuyo.

Pero, Sigues sin responderme,  
¿Quién es Dios?  
Si aún no lo has entendido  
Es porque no me has comprendido  
¿Tú has conocido a alguien que guíe tu camino?

Ahora creo que lo he entendido  
Cuando a ti te preguntan  
¿Crees en Dios?  
Tú siempre respondes  
“Por supuesto que creo en Dios,  
Porque para mí,  
Es la madre que me parió”.



## LOS VERSOS QUE NO NOS DIMOS

Julia Morilla Ortega

22 años

Olvera (Cádiz)

Te escribo versos cada noche, viejo amigo. Confidente.  
Compañero.  
Tiempo atrás,  
te escribo todo lo que te extraño a ti,  
lejano amor.  
Le escribo versos al mar, a la lluvia, a tu olvido.  
Le escribo versos a la nada,  
para que el vacío sane  
las heridas que dejaste  
y que todavía me causan tanto dolor. Trato de  
reencontrar el camino,  
huellas que se pierden en la lejanía,  
susurros que se callan cuando grito tu nombre pero ya nadie  
me responde.  
Escribo versos a la infinita distancia  
que decidiste que ahora nos separara. Escribo  
versos, no sé por qué;  
pero supongo que será, pues,  
ya que te has ido,  
no tengo ningún otro sitio al que volver.



## EN LA BIBLIOTECA

Lucía Sánchez Conejero  
22 años  
El Puerto de Santa María (Cádiz)

Un martes cualquiera de noviembre. Ocho y media de la tarde. Una biblioteca desierta. El sonido de la lluvia repiqueteaba en el gran ventanal mientras que Laura leía adormecida sus apuntes a la vez que subrayaba casi de manera inconsciente.

Tenía que trabajar duro si quería aprobar esa asignatura, pero sabía que su esfuerzo tendría una gran recompensa.

Pasaban los minutos tan lentos que parecían horas y los bostezos cada vez se hacían más frecuentes.

La luz de un relámpago iluminó toda la sala y mientras podía oírse el estruendo del trueno, la luz de la biblioteca se apagó.

La gran habitación quedó en la penumbra, por lo que Laura se encaminó hacia la planta baja usando las escaleras, procurando encontrar a alguien a quien avisar de la situación.

La joven encendió la linterna del móvil para averiguar si algún trabajador se encontraba todavía por allí. Paseó lentamente por las instalaciones buscando alguna solución, pero por más que miraba no encontraba a nadie.

Ella sabía que era tarde, pues los martes después de la hora del café apenas se veían un par de almas en aquella biblioteca, pero esperaba encontrar al menos a la señora Martínez, quien siempre le despedía con una sonrisa cuando Laura abandonaba la biblioteca a eso de las once.

Estando a punto de desistir y subir a recoger sus cosas, Laura se topó con una puerta frente a ella, de la cual colgaba un cartel que



decía *PROHIBIDO EL PASO*. Tras la puerta oyó el cuchicheo de unas voces conversando, por lo que decidió tocar con sus nudillos y abrir suavemente la puerta.

De un primer vistazo no vio a nadie en aquel cuartito, por lo que volvió a fijar la luz de su teléfono más cuidadosamente.

El corazón de Laura se disparó cuando vio a dos ratones que la miraban con cara de asombro y un mapa de la biblioteca entre sus patas.

Laura se frotó los ojos y volvió a posar la mirada en aquella escena que la había dejado atónita.

Los pequeños mamíferos corrieron hacia la estantería y desaparecieron del campo de visión de la universitaria, haciéndola sentir aún más desorientada.

Laura se acercó temerosa al mapa, lo recogió del suelo y observó que se trataba de un trazado exacto de aquel edificio, pero con un detalle diferente, en todas las plantas se habían dibujado a mano alzada diversas salas que Laura nunca había visto.

— ¿Me habré vuelto loca? — pensó la joven, comenzando a dudar de sus facultades mentales.

Con más intriga que miedo, Laura dobló el supuesto mapa y lo guardó en su pantalón. Volvió a revisar la habitación en busca de los roedores y salió de la sala, dispuesta a averiguar de qué se trataba aquel misterio.

Ayudándose con la tenue luz de su teléfono, la joven deambuló por los pasillos de la biblioteca mientras controlaba su respiración, con una pregunta latente que no se le iba de la cabeza: «¿Qué habría en cada habitación y por qué nunca se había percatado de su existencia?». Al situarse junto a lo que debía ser la puerta más cercana, Laura comprobó

que allí no había nada. Ni un solo rastro de una puerta por la que acceder a la sala dibujada en el mapa.

Mientras palpaba la pared palmo a palmo, notó como sus zapatos comenzaban a humedecerse y asombrada buscó el motivo de este fenómeno. Imaginaos cuál fue su sorpresa cuando descubrió que el agua salía de una diminuta puerta en el suelo.

Laura se agachó rápidamente y giró el pequeño pomo, recibiendo un chorreón de agua salada en la cara. Con esfuerzo fijó la mirada en el contenido de la sala y pudo ver cómo esta contenía un mar revuelto en el que navegaba un barco de vela con tripulantes a bordo. Los marineros llevaban sombreros y armas y no paraba de correr por la proa para disminuir los destrozos que el agua estaba causando al barco.

La chica se quedó petrificada ante tal imagen y no parpadeó ni tan solo una vez.

— ¡Piratas! ¡Son piratas! — susurró Laura para sí misma, intentando dar un poco de sentido a lo que sus ojos veían.

Uno de los marineros miró hacia la chica a través de sus prismáticos y con un golpe de voz avisó a todo el navío: «¡Hay un intruso mirando! ¡Todo el mundo que saque sus armas! ¡Cañones a la de tres!».

En un acto de pura supervivencia Laura cerró aquella puerta en un instante. Y con la cara y su melena empapadas se sentó a reflexionar sobre lo que acababa de ver.

La estudiante se propinó un buen pellizco en el brazo para asegurarse de no estar dormida, pero el dolor del golpe solo consiguió devolver la adrenalina a su cuerpo. Se levantó con fuerzas, dispuesta a averiguar qué misterio se escondía detrás de las otras puertas.

Con pasos más firmes se dirigió a la primera planta, donde buscó el habitáculo. Esta vez tuvo que recorrer toda la sala para llegar hasta

el punto dibujado en el mapa, separada de las estanterías repletas de libros había una sala de cristal apta para el estudio, donde debía guardarse sumo silencio.

Laura entró en la habitación y comenzó a recorrerla con cuidado. Decepcionada pensó que, siendo una sala de cristal, sería imposible hallar ninguna puerta en ella. Sabía que tenía que estar ahí, ¿pero dónde?

Movió todas las sillas y las mesas, en busca de alguna pequeñísima puerta que abrir, pero su búsqueda parecía ser inútil.

Cansada, se sentó a reposar en la alfombra que decoraba el suelo, cuando una idea le iluminó la mente.

Laura sacó todo el inmobiliario de la habitación, y tras él, retiró la pesada alfombra.

—¡Eureka! —gritó la joven, observando en el suelo la enorme puerta que ahora había quedado al descubierto.

Abrió el acceso de entrada a la nueva sala y descendió por una escalera tan chirriante que pondría los vellos de punta hasta al más valiente.

Guiada por la tenue luz de su linterna intentó adivinar qué tipo de objetos yacían en aquella habitación. Estaba tan centrada en comprobar el contenido de la sala, que no notó la respiración que levemente podía escucharse al final de la estancia.

El corazón le dio un brinco y sintió hasta mareo cuando reconoció aquel conjunto de extraños objetos: eran ataúdes cerrados. Había decenas de ellos apilados, de diversos tamaños y formas, pero todos cerrados.

Laura se giró con cuidado, procurando buscar la escalera por la que había entrado, cuando se percató de que uno de los ataúdes estaba abierto y en él descansaba un horrible ser de piel blanquecina y colmillos desgarradores.

Un grito se escapó de entre sus labios y aquel monstruo abrió los ojos de par de par, clavando su roja mirada en la chica.

Laura corrió tan rápido como pudo y se abalanzó sobre las escaleras, subiendo en apenas un par de segundos. Empujó el portón con fuerza mientras notó en su nuca el nauseabundo olor de un ser de otro mundo.

Cerró la puerta que quedaba ahora a sus pies, pero aún pudo sentir unas garras que arañaban la madera desde la parte inferior de la sala.

Las piernas le temblaban y sentía que su pulso era demasiado elevado, salió de la habitación en un instante y cruzó la enorme sala de la biblioteca, dispuesta a marcharse a su casa.

Se había olvidado de que la luz inexistente de la biblioteca, de la tormenta que acechaba en el exterior y del examen que tenía la próxima semana. Ahora solo pensaba en escapar de aquel lugar.

Caminaba a toda prisa por el pasillo, iluminado exclusivamente por las luces de emergencia y sin necesidad de mirar el mapa cuando escuchó las agujas de unos tacones dirigiéndose hacia ella.

En un impulso de supervivencia, Laura se escondió detrás de una columna y se tapó con las manos la boca para no que no pudiesen escuchar su respiración.

Los pasos sonaban cada vez más cercanos y ella solo podía cerrar los ojos y rezar por su vida, mientras que los segundos se convertían en horas.

Una voz dulce y familiar resonó en la biblioteca:

—Laura, ¿eres tú? —preguntó la mujer.

La chica se quedó sin aliento al comprender que era la señora Martínez. Estaba a salvo.

Salió de su escondite y la abrazó, sintiendo tal alivio que las lágrimas recorrieron sus mejillas.

Un recuerdo asaltó su mente cuando vio que el vestido grisáceo de la bibliotecaria era el mismo que llevaba puesto uno de los ratones que sorprendida descubrió aquella tarde.

Le llevó un poco de tiempo comprender la situación, pero la señora Martínez habló por ella.

—Sí, cariño, sé que parece una locura, pero es la realidad. Aquellos ratones que viste hace un rato éramos mi hermano y yo. Somos los cuidadores de esta biblioteca desde hace décadas y nos encargamos de que todo siga su orden natural. Durante el día ordenamos las salas, reponemos las estanterías y ayudamos a los universitarios que aquí vienen a estudiar. Por la noche regresamos a nuestra forma natural, paseamos por los rincones y cuidamos que nada malo ocurra.

—Pero... ¿cómo es posible? ¿Acaso me he vuelto loca? Señora Martínez, le juro que lo he visto hoy... —dijo casi sin palabras la pobre joven

—No, cariño, no te has vuelto loca. Esta biblioteca, como muchas otras, guardan el mayor tesoro de la humanidad: los libros. Con la peculiaridad de que en nuestras salas algunos habitantes de libros poseen sus lugares especiales fuera de ellos, por el olor a mar de tu pelo presiento que habrás conocido a los marineros de Moby Dick... y a juzgar por el miedo de tus ojos, creo que has hecho una visita a Drácula.

Pero no temas cariño, mientras no entres en esas salas, ellos no podrán salir.

Y con estas palabras de alivio, la señora Martínez acompañó a Laura por los diferentes mundos que esta biblioteca podía ofrecer, asegurándose de entrar solo en aquellas que desprendían agradables aromas como en el cuento de Hansel y Gretel o con personajes encantadores, como los habitantes del País de las Maravillas.

Laura entonces lo comprendió, el mundo está lleno de sucesos inexplicables y de magia, pero solo aquellos que creen en ella podrán vivirla. La joven era una gran lectora y jamás dudó de la veracidad de estas historias, pues la imaginación de los autores, a fin de cuentas, es tan real como la vida misma. La joven prometió guardar el secreto, a cambio de poder volver a visitar aquellas salas que albergaban un mundo fantástico en su interior.

Dos días más tarde, a eso de las cuatro, después de clase, la puerta de la biblioteca se abrió y con aires despreocupados entró Laura acompañada de su amiga Rosa y su primo Antonio para hincar los codos un día más, por supuesto, no sin antes guiñarle un ojo a la señora Martínez. Nunca antes un gesto había guardado tanta complicidad.



## MEMORIAS

Manuel Lulaka Contreras Sánchez-Palencia

23 años

Tomares (Sevilla)

Representantes de todos los países de la Tierra estaban reunidos en la sala de debates, 5 000 asientos para personal diplomático, de comunicaciones y científicos iban que iban a darle al mundo una noticia que estaba a punto de cambiarlo todo.

Saba Zara, directora del equipo científico encargado del estudio sobre el envejecimiento celular humano durante los últimos 30 años se inclinó hacia el micrófono para empezar la sesión.

— Ayer, 16 de mayo de 2084, pudimos confirmar que los órganos incubados en la estación espacial internacional modificados con los genes antienvjecimiento de varios especímenes de cangrejo rojo y medusa son inmunes al envejecimiento, además de totalmente funcionales. El cien por cien de los tejidos se recompuso tras los test de estrés; y los cánceres inducidos en los órganos se eliminaban de media a las 30 horas siendo regeneradas las perturbaciones en su totalidad. Por lo que el instituto europeo puede afirmar que hemos logrado el objetivo estratégico de eliminar el envejecimiento en un entorno controlado. —

Caras de alegría y estupor llenaban las televisiones de toda persona que veía telemáticamente aquel anuncio, pero aquello era sólo el principio—.

Así pues, podemos decir que ha sido alcanzado el punto de no retorno, la inmortalidad biológica de tejidos, órganos y aparatos humanos es posible, está aquí.

Finalizado el discurso, se dio paso a la ronda de preguntas.



—¿Qué tenéis pensado hacer ahora? —La primera pregunta que llegó al equipo era la más difícil y no tenía una respuesta clara, pero Saba respondió con franqueza.

—Llevar este concepto a su máximo potencial, y mantenerlo en su estado clímax.

La imagen de la pantalla cambió, y mostró la época de la que provenían sus mejores recuerdos.

La edad de las exploraciones comenzaba con un gran cohete, el mayor de la historia, el llamado dragón del mar, despegando del océano Pacífico hacia el cielo matutino dejando tras de sí una inmensa nube y una multitud que aplaudía.

—Órbita finalizada, iniciando fase 1 de la combustión.

—Buen viaje a la Luna —les desearon desde los centros de control coordinados de la tierra al unísono.

—El viaje de la humanidad avanzaba poco a poco, pero esa misión tenía por objetivo cambiar cómo y qué podía ir al espacio. Era la hora de dejar de gatear y comenzar a andar. —Fue la primera frase que escucharon en el planeta azul después de que la exitosa misión alcanzase su objetivo y alunizase.

El siguiente contenido audiovisual era de 15 años después.

—Órbita estabilizada, ¡el gancho en el cielo funciona! —La voz de Freg Smith denotaba su clara emoción, pues por primera vez un vehículo tripulado había sido llevado al espacio sin encender un solo cohete. La nave Horizon 2 atracó 45 días después en la estación espacial de Marte, y Saba dio un caluroso abrazo a Freg; once horas después él se convirtió en el primer hombre en pisar el planeta rojo y ella en la quinta mujer en hacerlo.

Un nuevo salto de edad le esperaba a la humanidad mucho antes de lo que nadie esperaba, el documental continuaba y la transición entre imágenes finalizó.

—¿Esfera Dyson tipo burbuja o tipo enjambre? —planteó el presentador para dar inicio al debate interplanetario más importante hasta el momento; que tenía por título aquella sencilla pregunta.

—La ciencia al fin puede poner el sistema solar al alcance de nuestra especie, tenemos fusión y fisión nuclear, pero usar la radiación que emite el sol y acabar con los problemas de energía en todos los planetas es la verdadera solución. Si lo logramos, la única limitación para la próxima generación será su propia imaginación.

—¿Y cuánto nos va a costar? —argumentaban en las cadenas de televisión de Marte mientras Saba, Freg y Edmun, el hijo de la pareja, observaban la pantalla con una sonrisa sentados en el sofá de su módulo comiendo palomitas.

—Menos pelea y más Dyson esfera —se quejó Edmun, mirando el televisor.

—El precio que nos debería de preocupar es el de dejar escapar la oportunidad, el de no actuar y conformarnos con lo que tenemos —recriminaba un participante en plató.

—No hay garantías de que acabe usándose esa energía con mala intención, sé que hay gente que la emplearía para la creación y la salvación de muchas cosas buenas, no obstante, debo recordaros que sería el arma perfecta y en manos equivocadas o con una desafortunada cadena de errores la destrucción que puede desatarse es inimaginable. Sería un último argumento, la *ultima ratio regum*, el poder militar infinito y el estado clímax de la tiranía sin parangón y sin solución. Nuestro sol se convertiría en muerte y podría destruir todos los mundos, ni todos los arsenales de armas de aquí a Venus podrían producir un diez por

ciento del caos, genocidio y completa aniquilación, que esa supuesta maravilla que tenéis teorizada. Es el problema de jugar mal a ser dioses.

— Es el mejor argumento que me han dado en los doscientos años que llevo tratando de poner en marcha este proyecto. Pero está basado en el miedo y el peor escenario posible, por ese mismo planteamiento no se debería crear nada ya que siempre existirá algo o alguien que lo utilizara para malos propósitos. El objetivo es el balance así que procedo a explicar el mejor escenario posible ya que hemos escuchado el más pesimista, viremos al más optimista y luego la realidad probará o anulará partes de estas hipótesis. Puede usarse una esfera tipo burbuja para reflejar energía y con ella impulsar velas solares en las cercanías de los planetas rocosos para modificar sus órbitas y evitar que el sol los engulla cuando alcance su fase de mayor tamaño.

— Este debate es entretenido —admitió Freg mientras se ponía en pie y les pedía que le prestasen atención—. He comprado una máquina que guarda los recuerdos y puede reconstruirlos después, la ha desarrollado en España un primo segundo lejano. Tendremos una de las primeras unidades que van a llegar a Marte. Y será el regalo más caro que os haga en una temporada por lo que espero que aparte de despertar vuestra atención despierte también vuestro interés.

— ¿En serio? —le preguntó Saba moderadamente sorprendida.

— Es funcional, y aún no hay mucha información, pero hay grandes compañías peleando por los derechos. —Se puso en pie y señaló la marca de la televisión mientras lo decía— .

Puede ser un éxito comercial y ayudarte a ti, chaval, a memorizar todas las conjugaciones verbales del castellano y para que dejes de traer notables y empiecen los sobresalientes. Así además de recordar momentos interesantes podrás narrarlos a todo el mundo debidamente —insinuó con una maliciosa sonrisa Freg a su hijo.

— ¡Ehh, que tengo mejores notas que tú a los 11 años! — se defendió levantándose mosqueado y poniendo muecas.

— Y eres mucho más especial, el primer niño nacido en Marte, nada menos — lo reconforto su madre mientras le ofrecía más palomitas.

El debate fue cortado de improviso, y el logo de la cadena junto con el apartado de noticias sustituyó a la anterior emisión: *Sentimos la interrupción de la programación, pero se acerca una situación de emergencia y pasamos a conectar en directo con el gobierno central de Marte que va a explicarnos lo que sucede.*

El presidente electo de Marte no parecía estar teniendo su mejor tarde, su cara no transmitía confianza y su corbata ladeada indicaba un mal augurio:

— Los satélites han detectado una tormenta solar que ha emitido una gran cantidad de partículas en nuestra dirección y cuyo tiempo de llegada está estimado en cinco horas. Tenemos refugios preparados para los 3,8 millones de personas que habitan la superficie en este instante y he dado la orden de para comenzar la evacuación total de las estaciones en órbita y de todos los asentamientos para resguardarnos bajo el suelo. Nos esperan días duros, es posible que fallen los satélites y algunas comunicaciones se vean ralentizadas o fallen completamente. No se demoren y pónganse en marcha, vayan al refugio más cercano y lleven todo el alimento que puedan.

— ¡Mierda! — expresó Freg, llevándose las manos a la cabeza.

— Podría ser peor, esta es una emergencia para la que estamos preparados — lo tranquilizó Saba poniéndose en pie y abrazándolo.

— Pongámonos en marcha, hay que llevar todo lo crítico al sótano. Espero que en una semana nos hayamos recuperado.

Un último salto temporal del vídeo mostró lo que más adoraba de ese conjunto de recuerdos que la máquina le mostraba.

—Y por eso, ahora Plutón vuelve a tener la materia y el tamaño necesario para ser un planeta, y se escribió una de las obras literarias más inteligibles, bonitas y satisfactorias. ¿Alguien sabe el nombre? — preguntó el profesor Edmun.

—*Las personas que llegaron a un planeta y salieron de un planeta* — apuntó la alumna más avispada de la clase de nuevo.

—Cierto, y con el uso de las velas solares como tractores gravitatorios se alinearon todos los nueve; cinco rocosos y cuatro gaseosos en esa formación lineal que veis por esa ventana —dijo señalando la gran cristalera de la nave espacial justo cuando la rotación permitía ver todo aquello que mencionaba.

—Lo llaman el collar de perlas, y los ganchos en el cielo, son esos cables que giran con una estación espacial en un extremo y que gracias a la conservación del momento pueden poner y sacar de la órbita de cualquier planeta naves espaciales sin que se requieran los enormes cohetes que hemos visto al principio de la clase.

El timbre que marcaba el final de la clase sonó y el profesor se despidió para ir a su siguiente aula, pero antes de salir le hicieron una pregunta.

—¿Era bonita Europa? —quiso saber un alumno.

—¿El continente o la luna? —respondió Edmun.

—Ah, las dos.

—La luna se exploró en busca de vida, ya que no había, se lanzó también contra Plutón para lograr que alcanzase el estado de planeta y pudiera dar soporte a la vida. En cuanto al continente, se unió

con África, y ahora en la Tierra hay solo tres masas continentales, Eurafriasia, Australia y Antartamérica. Mañana me preguntáis más que ahora tengo prisa

Pero antes de alejarse si quiera unos metros escuchó su nombre.

—Se dejaba el grabador de recuerdos —le dijo uno de sus alumnos mientras se lo entregaba.

—Muchas gracias, es una buena herramienta de enseñanza para las clases y me lo regalaron mis padres antes de irse a Alfa Centauri, sabían lo olvidadizo que podía ser a veces.

—¿Les echa de menos? —le preguntó el joven de unos treinta años.

—Sí, pero enseñar historia a los nacidos fuera de los planetas es lo que me gusta, y creo que, con los proyectos que están construyendo vuestros padres en el sol y la nube de Oort, no tardaremos más de cien años en lograr que la esfera dyson pueda propulsar al sol y con él al resto del sistema hasta allí.

—¿Quién te ha contado eso?

—La madre de una de tus compañeras dirige el proyecto —le reveló.

—¿Y qué haremos con tantos planetas y estrellas?

—No lo sé, yo votaría por una fiesta con electro swing que dure hasta el fin de los tiempos —confesó el profesor.

El dispositivo se apagó, pero antes el logo que advertía el crítico nivel de batería destelló en la oscuridad del túnel en el que se encontraba.

Saba trató de recordar cómo terminaba la grabación de las memorias que le había enviado su hijo antes de entrar en coma, pero no

fue capaz. Encendió la última vela que le quedaba y comenzó un último paseo por la gigantesca tumba en la que se había convertido la Tierra. El complejo excavado durante miles de millones de años había terminado por alcanzar el centro del planeta, Saba soltó la vela y esta flotó en el aire iluminando los diferentes epitafios con los nombres de todas las personas que descansaban allí abajo, ni vivos, ni muertos. La energía era el recurso más escaso en el universo tardío, hacía mucho tiempo que el último sol de la galaxia formada por la unión de Andrómeda y la Vía Láctea había muerto.

La única esperanza que les quedaba era llegar hasta el último que quedaba encendido en el universo visible, una estrella errante, si lo lograban la humanidad, la nave espacial Tierra, y los todos los planetas que la seguían podrían volver a empezar una nueva vida, cómo ya habían hecho tantas otras veces.

## TÚ SIEMPRE ESTÁS EN MÍ

Marta Aurora Esquembre Herrera

21 años

Castilleja de Guzmán (Sevilla)

Tú estás en mí, mujer, a cada hora,  
Pues eres mi pasión y mi alegría;  
Mi refugio, mi bien, mi sintonía;  
Mis ansias de vivir, mi bienhechora.

Tú penetraste en mi como la aurora  
Y pasaste rozando el alma mía;  
Y sentí, desde entonces, vida mía,  
Un gran fuego interior que aún me devora.

Aun vuela hoy el pensamiento mío  
Al día en que yo te conociera,  
Pues mi vida es eterna primavera,

Desde ese mismo instante, amor mío.  
Y alfombrada mi alma, por si muero,  
Quiero decirte, amor, ¡cuánto te quiero!





## CUANDO LLEGA LA NOCHE

Paola Hermosín Pérez del Río

24 años

Alcalá de Guadaira (Sevilla)

Es justo este  
el color cielo  
que entra por mi ventana  
en forma de rayo  
incandescente  
haciendo bailar  
partículas de polvo.

Pero entonces llega la noche  
y el rosa violáceo acaricia el naranja  
la furia tempestuosa  
convierte la luz en llanto  
y los poros de las nubes  
respiran hasta disiparse.

No hay más que noche en tus alas  
quebranto en tus huesos  
dolor en tu memoria.  
No sé cómo funciona  
qué llave abre de nuevo  
el estado fundamental de las cosas.

Yo solo te miro  
y escucho  
palabras que dicen cosas  
que no dice tu cuerpo,  
gestos en tus manos  
en tu ceño  
que no dicen lo que dice tu boca.

Es justo eso  
cuando llega la noche  
lo que entra por mi ventana,  
entra el miedo hasta el tuétano  
el aliento apesadumbrado  
que descalabra  
toda esta estructura  
que a mí  
me mata.

## QUIERO SER

Paula Marchena Bejarano

22 años

Sevilla

Quiero ser el libro al que acudas cada noche antes de dormir. Y que me leas como nadie sabe hacerlo.

Quiero ser abrigo en enero. Y la sensación de césped mojado en verano.  
Quiero ser el apoyo en el camino hacia tus metas. Sin importar lo que venga.

Quiero ser la primera canción que bailes en el bar. Y el aplauso de tus conciertos en la ducha.

Quiero ser ejemplo para los que no se atreven. Y verdad para los que nos conocen.

Quiero ser la risa que te salve de la preocupación. Y la sonrisa en mitad del beso de buenos días.

Quiero ser la calma en tu caos. Sin que dejes de ser tú.

Quiero ser contigo.



## CUARENTA Y CUATRO CARTAS DE RESILIENCIA

Melba Elena Durán Villanueva

30 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Amada Rosa salía de su apartamento a las 8:15 de la mañana con una taza de café colombiano, decidida a esperar el ascensor en el silencioso bloque donde residía, para conducirse hasta el trabajo donde presentaría su proyecto que le daría el ascenso de sus sueños. Pero el elevador ya estaba tardando más de lo usual, así que pensó que sería bueno bajar las escaleras como una excusa para usar mejor las bellas piernas que presumía con su vestido estampado de lirios rojos.

Cuanto más se acercaba a la planta baja, mejor podía escuchar el murmullo que hacían los vecinos como hormigas en el hoyo del hormiguero, amontonados en el portal del edificio. Y justo cuando quedó a dos escalones del suelo porque la multitud no le permitía bajar ni uno más, de repente se escuchó:

—Silencio, por favor.

El conserje, con denuedo, gritó y todos callaron, mirándose los unos a otros con cara de suponer que les dirían lo que pasaba con todas las puertas bloqueadas.

—Pero Martín, hijo, ¿qué pasa? ¿por qué no podemos salir por ninguna puerta?

Don Eladio, el dueño de la frutería que estaba a una cuadra de allí, rompió el silencio a viva voz. A lo que Martín, el conserje, respondió:

—Don Eladio, nos han informado de que alrededor de este edificio han esparcido una sustancia letal, por lo que les pido inmediatamente que suban a sus pisos y cierren las ventanas y puertas que dan hacia los exteriores. Esto fue esparcido en el suelo, pero su efecto es de una

barrera densa con tres metros de altura que va subiendo, las autoridades bloquearon las entradas y salidas de este bloque para protegernos de un ataque.

La angustia precedió al caos que se generó cuando todos al mismo tiempo quisieron tomar los únicos dos ascensores y un solo espacio para subir con libertad rápidamente por las escaleras, porque era de esperar que empujaran a la bella Amada Rosa. Su taza en caída libre hacia el suelo iba liberando el café ya medio frío sobre su vestido floreado y como pudo fue subiendo, obligada por la ola de gente que la ahogaba hasta llegar a su planta, donde se salió tortuosamente del tumulto que subía como espuma en una botella de gaseosa.

Rosalía, la vecina de al lado, corría llorando mientras agarraba del brazo al berrinchudo Jesusito, su hijo de siete años, que quería llegar al colegio para jugar con sus amiguitos; también pasó Ramón, el vecino de enfrente, un abogado divorciado que lloraba con alaridos todas las noches el abandono de su mujer, se le vio fuerte y de un tirón sin mediar palabras aventó su puerta. Así, quedó Amada Rosa sola en el pasillo y, sin poder comprender muy bien lo que pasaba, llegó a la puerta de su piso, metió la mano en un bolsillo lateral de la mochila y no pudo sentir las llaves. Pero sacó un papelito que decía: «Cuando creas que todo está mal, recuerda la ruta 7». Así que se sentó al lado de su puerta y recordó ese día, cuando estaba en su país.

Tenía 20 años, recién graduada con honores y un currículum simpático. Iba sonriente con una camisa blanca de mangas largas, un pantalón caqui que no usaba desde hacía mucho tiempo y sus botas preferidas. Salió de la oficina dónde un asesor de recursos humanos la había entrevistado. Cerró la puerta y se despidió cordialmente de una mujer de elegante aspecto que le preguntó con cierto desdén:

—¿Tú estabas haciendo la entrevista para auxiliar de relaciones públicas?

—Sí, señora — Amada respondió y le preguntó luego —, ¿sabe usted si acostumbran a comunicar rápido cuando alguien pasa al siguiente filtro? — No te hagas ilusiones, que ese puesto ya tiene nombre y no es el tuyo. Te llamaron porque tienes el perfil y se necesita tener pruebas del proceso de selección, pero la vacante será para una recomendada del jefe — la mujer le contestó tajantemente.

Amada salió desconcertada, con ganas de llorar, pensando con tanto coraje y dolor en las injusticias y la falta de meritocracia. Se acercaba el bus, pero al meter la mano al bolsillo para sacar las monedas de su ticket, este pasó velozmente repleto porque era la hora de almuerzo, así que no pudo embarcarse. Lo curioso es que no encontró las monedas sino un billete muy doblado y un papel que decía: «

Todos tenemos días amargos, por eso está este billete aquí, para comprar golosinas y endulzarlos». Así que se dirigió al quiosco y compró una bolsa de caramelos a un señor que sudaba a chorros, pero que tenía una sonrisa tan agradable que la ayudó a cambiar su semblante y finalmente también a sonreír. Ya se aproximaba un bus, pero no era el que usualmente tomaba, era la ruta 7, y como la dejaba a dos cuadras de su casa, ella decidió embarcarse allí. Después de pagarle al conductor empezó a repartir sus bombones a los pasajeros, algunos los recibían y otros le rechazaban con las caras largas del hambre, porque la costumbre era que se montaban vendedores de dulces a los buses, por lo que ella luego de terminar el recorrido dentro del bus, les habló a todos:

— Damas y caballeros, aún no tengo y espero nunca tener necesidad de vender caramelos en los buses, solo que hoy han pasado cosas amargas y compré estos bombones para endulzarme la vida y quiero compartir con ustedes la dulzura de tener la oportunidad de cambiar las cosas con una actitud resiliente ante los sucesos no tan agradables que se nos presentan. Soy profesional de marketing, no tengo trabajo, pero estos dulces para ustedes son gratis, ¡a comerlos y a disfrutar! Todos, sorprendidos aplaudieron a la joven y carismática Amada Rosa.



El bus se detuvo en la parada y junto a ella un hombre también se bajó, quien la felicitó y le dijo:

–Jovencita, soy Alberto, la empresa donde trabajo tiene una vacante para community manager, creo que usted podría aplicar hoy mismo, están haciendo selección vía telemática, si le interesa este es el contacto.

El hombre le entregó una tarjeta.

–Mil gracias, Don Alberto, me comunicaré, en serio, mil gracias –le contestó esperanzada Amada Rosa.

Al llegar a casa no dudo en enviar el currículum. A la media hora, Carolina, una joven, la llamó y la entrevistó durante veinte minutos. Después de eso, no volvió Amada Rosa a saber nada, sino hasta siete días después, cuando la misma joven llamó a indicarle que ella había sido seleccionada para la vacante de community manager, que pagaba un salario tres veces superior al de auxiliar de relaciones públicas al que estaba anteriormente aspirando.

Así que después de ese bello recuerdo, Amada Rosa metió la mano esta vez en el bolsillo principal de su mochila y encontró las llaves, abrió la puerta con bastante serenidad. Inmutable ante el timbre de su móvil. Era Sara, la presumida asistente de gerencia. Ella contestó:

–¡Hola! – Amada, ¿dónde estás? El jefe está esperando tu proyecto –preguntó Sara con ínfulas de grandeza.

–No podré ir a la oficina hoy – Amada respondió con calma.

–Yo sabía que eras una cobarde, incapaz de presentar una idea innovadora –le replicó Sara.

Pero Amada Rosa, colgó la llamada.

Sin cambiarse su vestido porque sentía que aun con la mancha ya seca del café era hermoso, se sentó en un sofá, encendió su computadora y encontró en línea a su jefe, en la plataforma de la empresa. Así que se atrevió a escribirle y solicitarle una videoconferencia.

«La cita era en la oficina y hoy has decidido no venir». Le dijo por chat el señor Bezudo, el jefe.

«Señor Bezudo, es un proyecto de marketing digital, necesito hacer la videoconferencia». Amada le respondió también por texto.

El Señor Bezudo ante la insistencia de Amada, aceptó realizar la videoconferencia sobre el proyecto de omnicanalidad y sistemas de información de marketing para captar más clientes y mejorar el servicio al cliente. Amada Rosa terminó su presentación después de 45 minutos. Su jefe el señor Bezudo le agradeció y prometió que tendría noticias al final de la tarde, pero no se notaba entusiasmado.

Eran las 10:15 de la mañana y Amada Rosa, solo podía escuchar los berrinches de Jesusito y a su vecino llorón viviendo desde sus lamentos el momento del caos. Así que entendiendo que ellos necesitaban experimentar la paz que ella podía sentir en esos momentos de ataques letales, tomó papel y lápiz y consciente de que eran 44 apartamentos en el edificio, decidió escribir con su puño y letra esa misma cantidad de cortas cartas que invitaban a la resiliencia, a la gratitud y abandonarse en el aquí y en el ahora, que todo pasaba porque era necesario y quedarse en casa en un día caluroso no era tan malo. Todas las firmó y dejó su correo electrónico.

La primera carta se la dedicó a su corazón con un encabezado de gratitud:

*Gracias por ser valiente, por resistir y ser resiliente, querido corazón, yo sin ti no podría vivir. Aunque eso es obvio, no se refería al órgano de su cuerpo, sino a la fortaleza de su interior, era una forma de alentarse ella*

misma para poder alentar a los demás, tal como ese día años atrás que se montó en la ruta 7 y repartió bombones para endulzar a todos.

Eran las 17:00 y Amada había terminado de escribir las cartitas, se dispuso a entregarlas por debajo de las puertas de cada apartamento, le tomó una hora hacer eso y volver a casa, para darse cuenta de que su jefe no se había pronunciado. Pero ella seguía leyendo la carta que se había escrito para sí y descansó viendo una serie de *Netflix* que interrumpía cuando sonaba su móvil reiteradas veces, así que corría para otra vez darse cuenta que no era su jefe, pero sí en cambio sus vecinos que enviaban mensajes de agradecimiento a su correo electrónico y se presentaban, ya que no se conocían muy bien entre ellos. Recibió hasta invitaciones para pasar a sus casas en el fin de semana y hablar para relacionarse mejor, porque era una oportunidad para conectar con lo más importante del entorno: las personas, que siempre están ahí pero pasan por desapercibidas. Cosa que agradeció nuevamente Amada Rosa.

Pasaron las horas y a las 21:45 subió Martín, planta por planta indicó a los vecinos, que lo de la sustancia se trataba de un simulacro en caso de haber algún ataque terrorista o un siniestro de ese tipo. Todos los vecinos aplaudían de alegría, sabiendo que todo estaba bien. Amada Rosa, soltó la carcajada y no dudo en dormir aliviada.

Al día siguiente, Amada Rosa se levantó muy temprano y sacó otro vestido limpio del armario, salió sonriente como de costumbre, pero ya el edificio no era silencioso. En los pasillos se escuchaban carcajadas mientras bajaba por las escaleras, al tiempo que otros también bajaban y se saludaban, como si fueran amigos entrañables. Iba en su coche apreciando mejor el paisaje hasta llegar a su sitio de trabajo, donde saludo a todos, incluso a Sara y sin rastro de resentimientos o hipocresía después del desplate con que la trató.

Al entrar a su oficina encontró un ramo de flores con una carta que decía:

*Amada Rosa, estoy convencido que la empresa te merece y tu mereces ser la directora de relaciones públicas de esta compañía, felicitaciones.*

*Atentamente, Miguel Bezudo.*

Y así Amada Rosa, se convirtió en la directora de relaciones públicas, gracias a características cultivadas desde su corazón, la gratitud y la resiliencia.



## ¡HOMBRE AL AGUA!

Rebeca García Cerdá  
27 años  
Dos Hermanas (Sevilla)

Compré un paraguas a medias con la vida. Sabíamos que íbamos a mojarnos. Por dentro y por fuera. La primera mañana que lo usé caían chuzos de punta, estaba escuchando versos de su boca y hacía la compra en el mercado central. Alguien me tocó el hombro suavemente indicándome que pronto cerrarían, aun siendo solo las 10:00. Cogí lo imprescindible y me dispuse a salir, todavía confundida. En la puerta, mi paraguas a medias no estaba. Un rápido movimiento detrás del cristal llamó mi atención y vi cómo alguien cruzaba la calle llevándolo consigo. Lo había guardado con tanto cariño... y sentía que acababa de empezar a usarlo. El ruido de las rejas me obligó a avanzar. El mercado cerró detrás de mí y el agua, que no paraba de caer, humedeció el pan y aclaró la fruta de las bolsas. Allí, inmóvil, mientras alguien se llevaba mi paraguas a medias con la vida, a medias, con la vida. La vida, con mi paraguas a medias. La vida a medias. A medias y sin paraguas.

— ¿Me has entendido, cariño? — dije.

— Sí, que te pusiste *pipado* y que no vamos a poder comer tostadas — respondió Samuel con sus escasos cuatro años.

Sonreí.

— Quiero decir que a veces la vida te da algo y después te lo quita, pero no debemos quedarnos inmóviles debajo de la lluvia. Debemos seguir adelante, aunque nos empapemos y no podamos comer tostadas.

Samuel ya se había quedado dormido cuando mamá susurraba que pronto ella también se iría, que la vida ahora sí les dejaba a medias y haciendo aguas.

Pero tocaba seguir nadando.

## EL ÚLTIMO VIAJE

Saskia Hidalgo Pérez

26 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Conocí el miedo aquel día en que perdí la mirada de Juan. Sus ojos apuntaban a la tele, pero estoy seguro de que llevaba un rato sin prestarle atención. Parecía observar algo más lejano, como si una nueva dimensión se abriera ante él, como si viera todas las posibilidades... o ninguna.

De repente, aquellas dos palabras:

– Estoy cansado.

Puede entender todo lo que dijo con tan pocas letras. Mi amigo me quería dejar. Estaba hablando en serio de irse para siempre. Lo sabía. Nunca había visto una mirada igual, pero sabía lo que significaba: que podría acabarse. Sentí que el cuerpo se me crispaba. Cien noches en velas caían con todo su peso sobre mi pecho, impidiéndome respirar.

– Ey...

¿Qué decir en un momento así? Una bola enorme apareció en mi garganta. ¿Qué podía decir para que se quedara, para que cambiara de opinión? Porque tenía que quedarse. Tenía que quedarse conmigo, teníamos que estar juntos durante muchos años más, seríamos los padrinos de nuestros hijos, pareja en los campeonatos de dominó. Tenía más futuro planeado con él que con mi novia.

Pero él solo tenía un plan.

No tenía sentido fingir que no entendía lo que quería decir. Debía hacer algo, mi amigo se iba, tenía que...



—Tío, como se te ocurra hacer alguna tontería, te mato.

Genial zurullo el que cagó mi boca, por cierto. Sí, señor.

Su mirada no se apartó de aquella nada. Si no hubiera contestado, habría pensado que no me había oído.

—Va a ser difícil matarme si ya estoy muerto, ¿no?

Un ligero parpadeo llegó a mis dedos. Por lo demás, mi cuerpo permanecía tan aprisionado por el miedo como sereno el de mi amigo.

Juan pareció darse cuenta de que quizá me había presionado demasiado y soltó un pequeño intento de risa, para hacerme creer que había sido una broma, una tontería más de las suyas, una ida de olla como tantas en los últimos meses.

\*\*\*

Mientras en la capilla se celebraba la misa, yo me quedé junto a Juan. Era la primera vez que me dejaban a solas con él desde que se fue. En cuanto acabara la ceremonia, vendría de nuevo su familia para darle el último adiós y jamás volvería a verle.

Allí estaba Juan, apretujado en una caja como si fuera un muñeco.

Allí estaba Juan. Y también no estaba. Solos él y yo.

—Ey.

Me acerqué a la silla más cercana y al sentarme me fijé en los vaqueros viejos con los que me presenté allí.

—Vaya, tío, tú ahí tan elegante y yo aquí como un... Bueno, sí, qué importa.

La verdad es que Juan tenía muy buen color, para estar muerto.

—¿Sabes? Me muero por pegarte un puñetazo. No lo hago porque que tocarte esa cara fría que tienes de fiambre seguro que me da un montón de grima. Y, por cierto, lo de *me muero por pegarte* es solo una expresión, ¿sabes? La gente no se muere así porque sí, pedazo de cabrón. Y ahora qué, ¿eh? ¿Te está sentando bien la siesta? Genial...

Me cagué en la reina de oros, en la de espadas y en la de bastos. A saber por qué se salvó la de copas. Nos quedamos en silencio, Juan y yo, oyendo cómo detrás de la pared el cura decía frases generales sobre el amado hijo, hermano y amigo. Me pregunté cómo las familias, unas tras otras podían quedarse allí escuchando palabras sobre una persona genérica que no tenía nada que ver con aquella que habían perdido.

—Supongo que tiene sentido. Creías que la vida había sido especialmente injusta contigo, y lo cierto es que no eres más que un desgraciado como otro cualquiera. Mueres y obtienes la misma ropa que todos, la misma misa que todos, la misma caja que todos. ¿Contento ahora?

Supuse que aunque hubiera podido, no me habría contestado a esa pregunta. Una actitud demasiado estúpida por mi parte como para merecer una respuesta. Me habría echado una mirada desdeñosa en plan *tío, relaja* y listo. En realidad podía imaginarla con exactitud y fue como si aquella quietud en esa caja fuera una versión actualizada de aquel gesto.

Es que Juan decía mucho sin hablar. Habíamos pasado horas y horas juntos sin necesidad de dirigirnos la palabra.

—Me estoy acordando del viaje a Barcelona. Aún no puedo creer que lo hiciéramos en coche. Joder, tío, para algo se inventaron los aviones. Si piensas admitir alguna vez que perdiste el juego de las bandas sonoras, ahora es un buen momento.

Pero, ¿qué coño estaba diciendo? Era hora de irse.

— Bueno, tío, me voy. Yo... Esta te la guardo.

\*\*\*

Más tarde, su hermana me llamó para ayudar a llevar el ataúd al coche. Sí, claro, por qué no. La seguí y volví a aquella sala. Ahora la caja estaba cerrada y se suponía que dentro estaba el cuerpo de mi amigo. Qué raro. Como una cápsula del tiempo. Y le estaban colocando una especie de sábana blanca encima y para remate una corona de flores.

Flores. Para Juan. Joder.

Y ahí dentro estaba él. Se suponía. A ver, yo lo había visto hacía un momento, que sí, que estaba ahí. Pero no conseguía entender que habían guardado a mi amigo en una caja como si fuera unos zapatos. Quizá debería haber pedido que la abrieran un momento para asegurarme de que era verdad, porque, sinceramente, tenía que estar vacía. Era imposible que Juan estuviera allí. Nada tenía sentido.

Qué gran pantomima todo.

Hice lo que me dijeron. Metimos en el coche la caja donde habían hecho creer a todos que estaba Juan y se fue a paso de caracol con un montón de paseantes detrás.

¿Qué hacía yo allí? ¿Dónde estaba ese gilipollas?

Volví a mirar el coche mientras se alejaba. Mierda, así era más fácil imaginarse a mi amigo yéndose. Una caja era demasiado absurdo, pero, ¿un coche? Podría ir sentado en el asiento de atrás. O en el de delante. En plan Blablacar. Como si se fuera de vacaciones a la playa.

Uno de mis apéndices quiso correr detrás del coche y gritarle a Juan que no se fuera. Que no podía irse de viaje sin mí, que siempre íbamos juntos, que era un traidor.

Pero yo no quería correr.

Estaba cansado.



## VACÍO LOS DÍAS Y APILO LAS HORAS

Víctor Manuel Melero Zorrilla

26 años

Dos Hermanas (Sevilla)

*La vida y la muerte me matan tan despacio...*

Yukio Mishima.

Vacío los días y apilo las horas,  
soy un desertor reincidente  
a la deriva.

Escucho el hacer de las mujeres en las casas,  
el andar de los coches tan continuo,  
el sonido de las máquinas de coser en su faena

y yo quieto,  
sin poder hacer nada:  
mis 23 años derramados sobre el suelo.

Un conjunto de carne y hueso malogrado,  
una cara que dice sí y una negativa oculta hasta el infinito,  
un movimiento constante a la carrera  
y, sin embargo, una azada hueca siempre repetida.

Me miran mis manos y se saben inútiles conmigo  
y me recuerdan resentidas  
los haceres que otros con ellas hicieran.



## SEIS SENTIDOS

Celia Ramírez Soto  
24 años  
Dos Hermanas (Sevilla)

Comienza recorriéndome el pensamiento,  
haciendo que se nuble  
hasta el día más soleado.  
Las cosquillas se hacen carcajadas.  
Los segundos son minutos,  
horas,  
días.  
Pierdo el norte  
cada vez que bajo al sur.

Mi nombre suena bien en su boca.  
Lo relame,  
lo saborea,  
y me llama;  
como la más viva hoguera  
que prende  
sin nunca terminar de consumirse.  
La noche llega,  
pero nunca termina;  
en ella me encuentro  
cuando pensé  
estar perdida.

Sus brazos son el lugar  
donde está mi hogar.  
Su pecho  
mi almohada.  
Su respiración  
la nana de cada noche.



Pero Morfeo no llega,  
y el sueño huye con suspiros.  
La realidad se derrumba  
formando un muro  
de indiferencia.  
Entre mis verdades y sus mentiras  
estalla una guerra  
que sólo consigue la paz  
cuando dejamos de darnos la mano.

No sé si le echo más la culpa  
o de menos  
en mis días.  
No estoy rota,  
porque perdí la mitad,  
porque la ausencia  
pesa más.  
Es mi razón  
para acabar  
perdiéndola.

Me libero del peso,  
de las cadenas  
que yo misma  
me ato con nuestros recuerdos.  
Me quedo sin excusa  
a las que aferrarme  
a las promesas  
que nunca cumples.  
Ya no quedas.  
Ya no estás.  
Ya no eres.  
Ya no sientes  
lo que siento  
en el adiós.

## EL NACIMIENTO DE UNA TRABAJADORA SOCIAL

Elena Gago del Río  
22 años  
Dos Hermanas (Sevilla)

En la calle reside un monstruo despiadado, que va arrebatando la vida a cualquier ser humano, sin tener en cuenta la clase social a la que pertenece, ni el género atribuido ni la edad biológica de la persona.

Camina por los barrios de casi todas las ciudades, pueblo, aldeas... el mundo. Y no disponemos de armas para defendernos, solamente existe una forma de combatirlo, encerrarnos en nuestros hogares.

Las avenidas de las ciudades se encuentran desiertas, no hay nadie que circule por ellas, y se escucha un silencio gratificante. Por primera vez estoy sintiendo el sonido de la tierra, puedo escuchar sus primeras palabras de agradecimiento por dejarla reposar una temporada.

El ser humano no ha sido un agente que la haya cuidado, le hemos estado haciendo daño y nadie se ha parado a curarle sus heridas. Sin embargo, ahora, debido a la presencia de un sujeto malicioso en el ambiente, le estamos ofreciendo a nuestro planeta un merecido respiro.

Mientras el planeta tierra descansa, la raza humana combate con un agente que roba vidas y sueños. Su persistencia en nuestro hábitat me ha sustraído de mis últimos meses de vida universitaria, me ha privado de despedirme de mi nueva familia, no he podido abrazarles ni darles un último beso ni siquiera ofrecerles una última sonrisa ni alzarle la mano a distancia. Tuve que salir corriendo del que ha sido mi hogar durante cinco años dejando atrás a muchas personas a las que les estaré eternamente agradecida por enseñarme cómo es la vida, a veces tan linda como compleja.

Huí a motor lo más rápido que pude a mi hogar de origen, con mi familia biológica. Volví a mi pequeña ciudad situada en la mitad de

la comunidad extremeña, como si fuera un lugar intocable por aquel monstruo.

Mis primeras 72 horas en el núcleo de residencia familiar fueron los peores momentos de mi existencia, rodeada por cuatro paredes verdes tumbada en una cama, envuelta en guantes, mascarillas y pañuelos de papel desechables.

No caí en las garras de aquel ser, pero pude sentirlo cerca; no aprecié sus daños fisiológicos, pero percibí los psicológicos. Durante esas horas me desplomé hacia mi interior, observé cómo mis sueños se desvanecían, perdí la fuerza y la motivación, ya no tenía nada por lo que luchar.

Sentí miedo, sentí rabia, quería gritar muy fuerte, emitir unas grandes ondas sonoras que provocaran la destrucción de aquel ser, pero no sirvió de nada. Observé cómo aquella impotencia se apoderaba de mí, y me obligaba a zambullirme en una gran oleada de tristeza, expresada en largas y abundantes lágrimas de desolación y agotamiento.

La impotencia es el sentimiento más duro y desgarrador que puede sufrir cualquier persona, sentir cómo tu mente te invita a realizar determinados actos, pero tu morfología y consciencia te atan a una silla de la cual sabes que no puedes moverte, pues el mínimo desplazamiento podrá ocasionar nuevas desgracias.

Permanecer inmovilizada sin poder ayudar a nadie son las peores sensaciones que puede experimentar cualquier persona, contemplar a través de medios telemáticos cómo el país se derrumba y no poder hacer nada para protegerlos me quiebra el alma.

Una vez que caí en el más profundo de mis arrecifes, me di cuenta de que los superhéroes y las superheroínas no existen, los seres humanos no tenemos poderes como los personajes de la televisión, no podemos salvar a las personas arrojándoles polvos mágicos. La magia

procedente de mundos fantásticos no existe, pero esto no quiere decir no se pueda producir.

Desde que era pequeña, al igual que los miles de niños y niñas que componen el mundo, me he preguntado de dónde viene la magia, cuáles son sus ingredientes y por qué es tan especial.

Aunque parezca inaudito, las horas de confinamiento me han servido para dar respuestas a esas famosas cuestiones que rondaban por la cabeza de una niña de siete años. La fórmula para crear magia no requiere de sustancias extraordinarias, sino de elementos insertos en calidad humana, que al parecer únicamente florecen cuando ponen al límite nuestra existencia como son el asertividad, la empatía, la ayuda mutua...

La simbiosis de estos elementos ocasiona una magia diferente a la que se ve en las películas, es una magia de cualidades peculiares, es fuerte e indestructible y puede exterminar a cualquier dolencia producida por el monstruo.

Esta magia, aunque parezca irreal puede percibirse. Siempre se ha dicho que la magia no se puede tocar, no se puede ver, simplemente surge. Pues esta vez es distinto. La magia se puede sentir en los balcones, terrazas, ventanas... de las diferentes residencias de nuestro país. Esos aplausos, esa música, esas risas... confeccionan nuestros propios polvos mágicos, y conforme más fuertes y duraderos sean nuestras palmadas, más extraordinarias será nuestra magia. Y más rápido destruiremos al monstruo, todos unidos.

Gracias a ese momento mágico surgido a las 20:00 horas de la tarde, mis pulmones se llenaron de esperanza y alegría, me impulsé con las escasas energías que tenía acumuladas y emergí a la superficie, salí de aquel arrecife que me tenía ahogada entre sus corales.

En ese momento reflexioné sobre mi profesión, aquella por la que he estado luchando durante cinco años, y que en apenas unos meses

conseguiré su titulación. No puedo describir qué fue lo que sentí, no sé qué nombres atribuirles a aquellas emociones que han marcado el camino hacia mi futuro.

Ese cúmulo de reacciones psicofisiológicas, me ayudaron a comprender mi identidad profesional y a sentirme orgullosa de ser militante de aquel ejército invisible que combate frente a frente con el monstruo actual.

Tras el visionado de los informativos, la lectura de artículos periodísticos... me he dado cuenta de que ser trabajadora social en estos momentos de crisis sanitaria, económica y, sobre todo, social, es bastante complicado.

La puerta de entrada a los servicios sociales de las diferentes localidades se encuentran blindadas por numerosas familias. La población que ahora demanda sus servicios se ha multiplicado por valores inimaginables, pidiendo con voces desgarradoras nuestra ayuda técnica.

Es cierto que la labor del personal sanitario ha sido y es excepcional, pues sin ellos el país se hubiese desintegrado, siendo ellos la principal razón por la que la ciudadanía se une a una determinada hora, para agradecerles y reconocerles su trabajo continuo en lucha contra la pandemia.

De igual forma, también se ha contemplado la labor profesional de otros agentes sociales, como el personal de supermercado, agricultores... Sin embargo, he podido observar cómo la población mantiene apartada su mirada social hacia aquellos y aquellas profesionales del trabajo social que de igual manera se encuentran luchando en primera línea con los problemas sociales que ha ocasionado y sigue ocasionando el monstruo en nuestro país.

Por ello, considero necesario que esos aplausos, que esa magia creada a las 20:00 horas de la tarde, sea también transferidas hacia

los trabajadores y las trabajadoras sociales, por su labor profesional ofertada al conjunto poblacional.

Ejercer la profesión en estos momentos de guerra sanitaria, social, económica..., nos servirá para reafirmar nuestra vocación, para verificar si nuestra profesión contribuye a nuestro desarrollo personal, profesional y social, es decir, a nuestra integridad como personas.

Las trabajadoras y los trabajadores sociales que actualmente se encuentran en activo, se están convirtiendo en grandes referentes para el alumnado que hoy en día se encuentran en las aulas universitarias, estudiando dicha titulación.

Todas y todos, cada una de ellas y cada uno de ellos, esperan desarrollar plenamente las capacidades y habilidades que tienen el personal de trabajo social que combate la pandemia. Todas y todos aspiramos a ser así, a tener esa misma fortaleza y profesionalidad para hacer frente a situaciones tan duras y demoledoras como la presente.

Vivir en confinamiento, en nuestros hogares, nos ha permitido viajar hacia lugares que hasta el momento no se encontraban registrados en nuestras agendas semanales. Esta experiencia me ha servido para sentirme orgullosa de mi profesión y entregarme a ella, dejándome moldear a su gusto y conveniencia para convertirme en un futuro, en una excelente trabajadora social dispuesta a ejercer, luchar y defender los derechos de mi profesión en la sociedad actual.



## ROMANCE VIEJO

Javier Calderón Luna

22 años

Dos Hermanas (Sevilla)

De las gestas de estas gentes  
surge aquí un romance viejo  
que asonante va rimando  
lances pares de mi pueblo.  
Por los campos de la fresa  
sale lento el sol del tiempo,  
que en su paso dilatado  
martiriza al temporero.  
¿Solidario un empresario?  
Solidarios los abuelos,  
que en su tierno anonimato  
las fronteras siempre abrieron.  
Vareando los olivos  
educaron a sus nietos:  
"nunca olvides que en el campo  
nuestros cantos son de hierro".  
Así un cuatro de diciembre,  
con el verde en el tintero,  
por los nietos de las fraguas  
y bisnietos del flamenco,  
campo y canto de esperanza  
en el blanco se fundieron.  
Hoy lloramos por tarantos  
y luchamos aun por tientos  
porque a tientas nos intentan  
apagar nuestros espejos.  
En la tierra de la luz  
no olvidamos a los muertos  
porque en nuestras aguas claras



sus reflejos son acero.  
¡Andaluces, levantaos  
en honor a los abuelos!  
¡Mientras Lorca esté perdido  
aullará el romance viejo!

## EURO DE PAPEL

Noemí Fernández Fernández

20 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Dos viejos sentados frente a un ajedrez. El sitio está oscuro y ellos están concentrados en sus piezas. No se oye nada. Todo está quieto. Y sus voces están pastosas por el tiempo sin beber. En su tablero apenas quedan dos o tres fichas. Una torre. Dos alfiles. Un caballo y dos peones. Hace tiempo que ambos perdieron la reina. Los sacrificios de ambas partes han dejado claro que seguir prolongando el final no les hará ningún bien, pero ninguno de ellos quiere perder. Perder es casi más doloroso que los sacrificios. Arriesgar tanto para perder no es una opción. Juraron con cada movimiento erróneo que ganarían. Sus mentes ya no procesaban el sonido del reloj. El agua se les ha acabado. Ambos se miran a los ojos. Se ve pasión en ellos y hace años que eso no pasa. Vuelven a centrar sus miradas en el tablero...

*(Al ver a mi alrededor. Eso es todo lo que veo, mi alrededor. No hay oportunidades ni amenazas. Solo coches. Solo personas. Ni siquiera se diferenciar un aliado de un enemigo. No sé subrayar los puntos sobre las íes porque no soy tan observador. Supongo que alguien así tampoco iba a llegar muy lejos...)*

Ninguno de los dos ha hecho ningún movimiento porque no quieren arriesgar ninguna pieza más. Dejar a su rey solo significaría el fin de partida. Un jaque mate mudo. Uno de ellos pensó que si encontraba la forma de matar a todas sus piezas aunque arriesgase la suya provocaría un empate obligatorio. Los reyes no se pueden matar entre sí. El otro sin embargo solo quería un ataque directo que degollase al rey, de esa forma la partida terminaría y él habría ganado.

*(La bala le rozó muy cerca de la cabeza, pero como siempre, había logrado escapar. Él era libre como el viento y le gustaría seguir así. Solo tenía una regla: no dejar nunca que te atrapen. El hombre que lo perseguía vestía unas*

*bambas de Pull&Bear de color negro, con la suela y los cordones blancos. Era lo único que le había dado tiempo a ver antes de escapar. Pero era suficiente.*

*«Pero... ¿Cómo...?». Fue lo último que pronunció antes de caer como un peso muerto sobre unas zapatillas de color negro. Aun desangrándose, intento permanecer sentado apoyándose en el muro. Pensó en alguien que pudiera ayudarle mientras dos pares de zapatillas se paraban ante su visión. Pero eso es lo que tiene la libertad, ¿verdad? No tenía nadie a quien llamar porque nunca había parado en ningún lado...)*

Con la oscuridad era difícil ver las piezas. Las farolas estaban totalmente fundidas. Miro a su alrededor, apenas podido reconocer la figura de ajedrez que miraba al caballo, en su altar lleno de piedras de colores....

*(Tenían ojos azules y una barba de color negro. Tenían dos chaquetas beis sobre dos polos de color burdeos y dos camisas cubiertas por este. Tenían dos copias de cada una de sus cosas. Dos sábanas. Dos camas. Dos cicatrices. Excepto una cosa. Solo compartían una cosa. El nombre. Yahveh. Un solo nombre. Un mismo destino. El destino es tu mayor secreto porque es algo que los enemigos no pueden descubrir, no, si le faltan datos. Es una buena forma de sobrevivir. Una buena forma de matar. Ya que nadie espera que estés en dos sitios a la vez. Pobres ilusos...)*

— ¿Crees que está bien arriesgar el peón de esa forma?

El otro solo sonrió.

*(Ser estrategia nunca había sido lo suyo. Para él era suficiente descargar su furia contra toda cosa sin vida que pillará. Él era un hombre sencillo. Quería volver a su casa que su mujer le hiciera la comida y dormir. O tal vez ver un poco la televisión. Eso era suficiente. Se podía haber conformado con montar un bar para tener algo de acción de vez en cuándo... Pero... Le gustaba mucho el dinero y odiaba tener las manos sucias como su padre. Su padre fue un simple mecánico. Trabajaba ocho horas diarias para traer un poco de comida a casa. Y su jefe ni siquiera se lo agradecía. Sin embargo, yo nunca he podido llevar*

*ningún negocio, ni ser una persona muy estudiosa. Lo único en lo que había tenido éxito era en un ring de boxeo... Y desde el boxeo, hasta aquí.)*

—¿No crees que cada vez tardamos más en pensar?

—No me había percatado, pero así es.

Ambos miraron el reloj durante un segundo. Lo que deberían haber sido segundo, eran horas, muchas horas... Casi días completos.

*(Cuando llegamos a casa dejamos los zapatos sobre la almohadilla de la puerta y nos colocamos las zapatillas negras. Podíamos sentir el cansancio. Queríamos irnos. Pero permanecíamos despiertos sentados en la cama observando las horas del reloj. Los ojos azules, inyectados en sangre por el esfuerzo, poco a poco se fueron cerrando, pero a las dos horas despertaron ajetreados. No había nada que decir. Se ducharon cada uno en su ducha y salieron simultáneamente uno detrás del otro. Se vistieron y volvieron a sentarse en la cama, a ninguno de ellos les gustaba el salón. No sabían cocinar así que no usaban la cocina. Solo se sentaban frente a la gran cama y observaban cómo las manecillas del reloj se movían.)*

—Sigues pensando. Tal vez seas porque te sientes atrapado.

—Tal vez —dijo el otro como si se disculpase.

*(Siempre te he seguido, allí donde fueras iba yo. Torpe y ganso deseando hacer algo para complacerte. No me preguntes, porque es algo que yo tampoco sé contestar. Solo lo hacía. Quería algún día ser como tú. Leal, fiero y valiente, pero no lo era y creo que he llegado a mi fin. Tu siempre estas detrás de mí, incluso ahora, no creo que puedas evitarlo. Así que lo hago por **última** vez. Enfilo mis cuatro dedos lo más tieso que puedo y hago un saludo militar; después salto. Creo que te oí gritar o simplemente fue mi propia v...)*

—¿Por qué no buscamos un empate?

— Porque eso es aburrido. Llevamos demasiado tiempo jugando a este juego para darle un final tan mediocre. ¿No crees?

*(Disparé al cielo tantas veces como me permitió el cacharro de metal. Grité. Qué importaba unas cuantas balas desperdiciadas. Aún tenía que seguir adelante. Aún tendría que regresar con su mujer, comer el estofado pegajoso que preparó a mediodía, aún... aún... Pero, antes. Antes dejaría de esperar.)*

— Tal vez.

*(Podía escuchar cómo gritaba mi nombre una y otra vez. Eso era música para mis oídos. Salí a recibirlo de frente, sin armas. Me paré ante él y observé su rostro inundado de odio, pintado de rojo con los pelos blancos y electrificados. Llevaba un arma y no paraba de disparar al cielo. Lo miré y sonreí. «Estas acabado», pensé.)*

— Jaque mate.

*(Observé el cuerpo de Yahveh caer como si fuera un peso muerto, con el dedo aún puesto sobre el gatillo. Creo que hizo un sonido sordo al caer, pero no estaba seguro. No sé si el sonido provino de su caída o la mía. Podía sentir como me golpeaba con la culata de la pistola, sentir mis dientes sangrar, las encías inflamarse, la lengua hacerse demasiado grande para caber en mi boca. Me ahogaba.)*

— No pued...

## PERDÓNAME

Luis Calderón Cuesta  
20 años  
Dos Hermanas (Sevilla)

Si hubiese formas de pedir perdón y contarte  
con bellas palabras lo que por dentro me quema  
de arrodillarme a tus pies, suplicarte  
por mi merecida condena,  
te hablaría de locura y desgarrados aullidos  
que en oscuras noches de luna llena  
escapan de mi corazón herido  
para perderse en las estrellas.

Sabrías la historia de un pesar inmenso y constante  
cuyo veneno me abrasa el alma y me tortura.  
He caído y no hago más que pensarte  
porque eres tú mi ansiada cura.

Si pudiese hacer todo eso, con la misma sangre  
que mana de la herida en mi pecho, de mis venas,  
no dudaría en volver a levantarme  
y escribirte un poema.



## ELLA

Paula Sánchez Barcos  
19 años  
Dos Hermanas (Sevilla)

Aquí me encuentro, frente a las teclas de mi ordenador con una página en blanco, observando cómo cada gota golpea mi ventana en uno de esos días lluviosos en los que siempre venía a hacerme compañía. Me asomo a la calle y lo único que encuentran mis ojos son grandes árboles moviéndose de un lado a otro por el viento, pero no está por ningún lado.

No puedo seguir adelante sin ella, cómo hacerlo después de todo lo que hemos pasado juntas, todo lo que hemos sufrido, todo lo que hemos disfrutado... No sé dónde está, y te aseguro que el no saber cuándo va a venir a visitarme hace que me ahogue en mí misma. Tiene el poder de irse cada vez que la necesito y estar conmigo cuando ya no me hace falta, y créeme, eso es lo que más y lo que menos me gusta de ella. En el momento menos esperado me deja sola, me vuelve a fallar. Sin embargo, si estoy en uno de esos días en los que ya me he olvidado de ella, que estoy concentrada en algo importante, o relajada alejando los problemas a otro lado de mi mente, viene a verme. Y rompe todos mis esquemas, y todo lo que estaba haciendo pasa a un segundo plano, porque es lo que me mantiene viva cada segundo, minuto, horas, días, semanas, meses y años de mi vida. Simplemente ella. Su presencia.

Solo ella me entiende porque sabe tan bien como yo lo unidas que hemos estado siempre. Hace que todo sea mucho más fácil y llevadero. Hace que pueda ser yo misma.

Pero sigo aquí sola, frente a la misma página en blanco de mi maldito ordenador, frustrada, cansada de esperarla.

Me siento perdida, sin rumbo. Como un niño pequeño cuando entra por primera vez al colegio. Inseguro y desprotegido por no tener



a su madre en el momento en el que más la necesita. Rodeado de gente desconocida.

No pretendo culparla porque con ella he llegado a experimentar las mejores sensaciones, y aunque sé que algún día volverá, hoy la necesito más que nunca.

Ella saca lo mejor de mí en todos los sentidos. Cuando estamos juntas, mis palabras salen en el orden perfecto, de la mejor estructura y desde el sitio más importante, el corazón.

Hace días que la espero, pero hoy he salido a buscarla.

La busqué en fotografías.

La busqué en la última canción de Leiva y en el disco de Harry Styles que tanto solíamos escuchar mientras estábamos juntas. Nada.

La busqué entre los versos de los mejores poetas y entre las páginas de nuestro libro favorito, pero tampoco estaba.

La busqué en las películas de Tim Burton ya que siempre hacían que nos encontráramos.

La busqué en el último museo al que fuimos juntas observando aquellas obras que tanto me recordaban a su presencia, pero seguía sin dar con ella.

La busqué en el arte porque es donde siempre nos encontrábamos.

Recorrí bosques, montañas, mares, desiertos, acantilados, playas, fui al otro lado del mundo.

Escribía párrafos, borraba y volvía a escribir, mientras mi habitación se llenaba de folios arrugados y yo estaba al borde de la desesperación.

Y cuando ya lo di todo por perdido, la encontré.

Mientras me daba una larga ducha de agua caliente y aceptaba su eterno abandono.

Y no sabes cuánto te echaba de menos, querida inspiración.



13/09/2019

Sara Campillo Falcón  
18 años  
Dos Hermanas (Sevilla)

Está lloviendo.  
El olor a mojado inunda la ciudad  
y mi habitación no va a quedarse atrás.

Hace tiempo que no te escribo.  
Hace tiempo que no estás  
y sé que no voy a volver a verte más.

Hace tiempo que no me abrazas,  
que no sonrías,  
que no cantas.

Hace tiempo que te has ido,  
y si lo hubiera sabido  
habría aprovechado cada momento contigo.

Hace tiempo que en mis sueños  
no apareces.  
Y cuando lo haces,  
eres como una estrella fugaz,  
vienes, y de un momento a otro  
te vas.

Mamá llora.  
Papá llora.  
El hermano llora,  
yo lloro  
y tú llorabas,  
mucho,  
llorabas muchísimo

pero de alegría.

Hace tiempo que me dijiste  
que menos mal  
que yo te recordaría,  
y te despediste  
diciéndome que me querías.

Han pasado cuatro años  
como cuatro horas.  
Duele igual.  
El nudo en la garganta se ha hecho permanente  
y el anhelo por tu ausencia  
es el mismo.

No me gusta pensar mucho en ti,  
acabo llorando,  
gritando,  
o en su ausencia,  
las lágrimas guardando.

Pero lo hago todos los días,  
y al no verte,  
al no escucharte,  
al no sentirte,  
al no mirarte,  
me entra miedo.

Ojalá pudieras oler la lluvia que yo huelo.

## EL GERMEN DE LA QUIETUD

Ana María Fernández Do Nascimento

17 años

Dos Hermanas (Sevilla)

La atmósfera matutina se adivina apagada, envuelta en lazos translúcidos de aire gélido. Es un rayo de luz solar el que, atravesando una nube que pende de la cúpula celeste con esponjosa indolencia, se desliza por las baldosas del patio y va a rozar el hocico del gato. Así, como si el dedo dorado de la divina Providencia le hubiera cedido perezosamente el relevo de principio del mundo, el felino se incorpora sobre sus patas almohadilladas y, abriendo las fauces al punto que se le adivina la textura en ranuras de la tráquea, emite un bostezo largo y siseante, que con su saliva parece extinguir la luz cálida del dios y devuelve al día temprano su tono de gris.

En un banco fuera de la casita, el ceño fruncido en surcos que se le ramifican en la frente como si de corteza vegetal se tratara, hay sentado un hombre. Cuenta con dos orugas alambreadas sobre los ojos, fríos y en apariencia duros como canicas, y que, sin embargo si se fuera a describir sólo por la apariencia, relampaguean con el tizón acerado del juicio y el castigo, en este momento probablemente juzgando las piedras de asfalto en que tiene clavada la vista, mientras que los labios, estos dos orugas carnosas y aceitadas sobre una barba de profeta, se ondulan y contraen con la profusa ingesta de una lata de anchoas.

El corazón se le retrae, asustadizo, cuando oye el reconocible motor de un Ford que se aleja en la distancia tan siquiera haberse acercado a él. En aquel rugido calmo casi le parece oír la suave ronquez de la voz de su abuelo, el desgarrar nasal de su garganta atrofiada por el tabaco. Lo oye llamarlo por su nombre, con un diminutivo que llegaría a oír, pero al que ahora su mente se aferra con garras de saliva, padrastrós y pellejos.

Si no puede ser un dios, quiere ser un niño.

Pero cuando era un niño, un niño de edad tierna, aunque no tanto, quizás lo suficiente como para haber sentido un crujido flácido entre las muelas si se hubiera ido a morderlo, se había visto sobrecogido por la idea de la muerte por primera vez. Se remite a aquella imagen, solo, bajo una sábana áspera y almidonada, mientras que un gusano de plomo devoraba su pecho en una espiral pernicioso al tiempo que trataba de imaginarse la nada, que de seguro carecía de la sensación de su cuerpo pesante contra el colchón, de la maquinaria del intelecto, del martilleo acelerado del corazón contra el pecho. Oyó a su perro, Lulo, ya entonces extraordinariamente viejo y aquejado de cataratas, allá fuera en el patio, lanzando un ladrido grave y gutural que alentó enseguida otros tantos, que se intercambiaron furiosamente para desaparecer tan pronto como habían surgido, dejando tras de sí una reverberación que oscilaba en el silencio y lo hacía vibrar.

Su silencio, no obstante, no tardaría en transformarse en una variable intermitente en intervalos de ciento ochenta y tres segundos de duración. Y se sucedió de esa manera, con la suela de goma de su deportiva azul celeste, que producía un sordo estacato contra el interior de la puerta del coche —*tap-tap*—, la nuca de su abuelo que conducía, una tira de carne vieja y parcheada, surtida de lunares, asomando entre los exiguos mechones de cabello cano y el cuello del jersey, la luna persiguiéndoles a través de la ventanilla... y de repente un claxon estridente, y su cuerpo que parecía haber escapado a la gravedad, un pitido denso y constante, luego nada. El olor aséptico del hospital fue lo primero que notó al despertar; las paredes de gotelé verde y blanco, lo único en lo que podría fijar la vista los meses siguientes. Pero el pitido que había comenzado a sentir en el momento del accidente se había fracturado y trocearía el tiempo con tres pulsiones auditivas, ligeramente diferenciadas entre sí, durante el resto de sus días.

Esperaba así la llegada de *uno*, *dos*, y *tres*, ascendente, descendente y ascendente, como una historia con final feliz. *Uno*, “El abuelo llegó en un estado que no le permitió sobrevivir”, *dos*, las manos pálidas de su madre aferrándose al cuero desgastado del bolso que reposaba sobre su regazo, las uñas mordidas y las yemas de los dedos en carne viva,

*tres*, la extraña pesadumbre que se asentó sobre su estómago y que ni siquiera el carácter ascendente de la tercera nota pudo soliviantar.

Aunque no de el transcurso sino de las consecuencias de este hecho traumático donde nació su vocación para la escritura. Y ese momento lo recordaría con toda claridad. A fuerza de terapia y medicación había comenzado a disipar la espesa nebulosa que había inundado su mente, aletargado sus miembros con sombría densidad y condicionado sus ojos a contemplar una realidad desaturada, sin sentido, en la que por primera vez se realizó las preguntas trascendentales que lo reafirmaron en la idea infantil de la sublime idiosincrasia de uno mismo.

Su padre lo había llevado al bar donde solía ir los viernes, que por fuera, con su revestimiento de chapa y las letras que se iluminaban con un chisporroteo por las noches rezando «El *Boulevard Bar (Bar)*» parecía un tremendo antro. El interior, sin embargo, estaba inesperadamente limpio, el parqué del suelo, encerado y brillante, los taburetes dispuestos frente a la barra y las sillas alrededor del puñado de mesas recubiertas de un tapiz impecable y sin un solo agujero. Olía a una mezcla de tabaco rubio e incienso. Un arcoíris vidrioso e irregular se extendía en los estantes de detrás de la barra. El camarero, un hombre algo entrado en años aunque todavía atractivo, que llevaba la melena aleonada de franjas que alternaban un gris oscuro reticente y la cana resignada encerada hacia atrás, el zarcillo en el lóbulo izquierdo y la camisa con los tres primeros botones desabrochados, confiriéndole el aspecto de *dandy* maduro y desenvuelto que había visto en las películas americanas, le sirvió su primera cerveza.

La bebida se le antojó desagradable, amarga, de un sabor acre que nunca llegaría a soportar por más que su padre lo amonestara con el conocido adagio del gusto adquirido. Pero Abélard, con sus maneras suaves y su clavícula saliente y la sonrisa amable a la que un cánido más afilado que otro confería un cariz de inocente malicia, su voz profunda y hasta los años que por él habían pasado —podría haber sido peor, aunque también mejor—, hasta el anillo de casado que ornaba su dedo corazón como un gusano plateado —maldita sea—, con sus palabras



amables, el carácter audaz... Abélard fue su primer amor. Claro que fue algo platónico, un pensamiento oculto, tan escondido, tan íntimo, que la simple idea de sugerirlo con los labios, el hecho de que su lengua se deslizara, pastosa, en el interior de su boca, moldeando en la saliva sus secretos, lo llenaba de espanto.

Pero no fue de Abélard de donde nació su vocación. Quizá nunca pudiera averiguar su origen, pero sí que sabía con exactitud dónde tuvo lugar. Y fue en ese bar, donde gente de edades de ocho meses a noventa y cinco años dejaron huella con sus historias, con la anécdota sonsacada por un insistente grupo de amigos a un maestro un poco beodo que condescendió con una flácida sonrisa, con los ojos enormes y brillantes de una niña que mantenía siempre la misma expresión de pasmo y cuya mirada, en un arranque de romanticismo y quizá empalago que no era pretencioso sino sincero, apodó *la estaca*, porque iba directa al corazón. Se forjó a raíz del humillo violáceo desprendido de un cigarrillo largo con una boquilla de esmalte, sujeto entre los labios perfectos, embadurnados de carmín oscuro, de una mujer que irradiaba una oscuridad seductora, incluso cuando lloraba, sobre todo cuando lloraba, a partir de la mirada desencajada de un padre cuando su hijo le confesó, que sí, que como se decía en el momento, era un desviado, que aunque fuera discreto por su propio bien no se avergonzaba, que no iba a hacer por cambiar ni ocultarlo, en tanto que mencionaba a Proust, a Wilde, a García Lorca y hasta a Truman Capote, aunque a este último, como a la cerveza, nunca terminó de cogerle el gusto.

En ese bar de nombre entrañablemente pretencioso —porque, estaba seguro, Abélard era esa clase de persona, podía imaginarse la autosuficiencia que sintió cuando añadió el “bar” innecesario y luego ese otro “bar” entre paréntesis, la palabra que habría que pronunciar a la francesa y luego el eco castellanizado, satisfactorio, y al hacerlo no podía reprimir una sonrisa— había sido testigo de la grandeza y la miseria humana, ocultas en la cotidianeidad, desempeñándose silenciosamente en la historia de cada individuo, que vivían, se arrastraban, y reían, lloraban y morían y toda su trascendencia quedaba a merced de la palabra.

Y en esta realidad que no podía ser sino una, descubriría otras tantas que le afectaban de igual manera. Se estilizaba y se ennoblecía, se embrutecía y tornaba grotesca.

Y en este descubrimiento, cuando la tinta de su modelo de bolígrafo favorito —una que se excedía ligeramente en la liquidez de manera que la punta resbalaba sobre el papel con la desenvoltura con que una lengua moldea las palabras en una boca convenientemente hidratada— materializaba la realidad sobre sí mismo, se sintió pleno, imbuido del potencial creador, las aletas de la nariz dilatándose y contrayéndose presurosas, la parte inferior del rostro abierta en una sonrisa de labios carnosos y que era sin embargo afilada como una navaja, frente al espejo del baño, la luz amarillenta, no parecía él, pero era él, y nunca había sido ni sería otra cosa.

—Soy escritor —se dijo, la risa eufórica contracturando calladamente su garganta y haciendo que se le fracturara la voz —, eso es lo que soy.

Siente el estómago vacío, como siempre que se sienta a contemplar, cuando evoca, cuando recuerda, los tres pitidos intermitentes que se funden en el discurrir del tiempo, que ya forman parte de él, denso, homogéneo y accidentado a la vez.

—¿Sabes? —se dirige al gato— En ocasiones me pregunto si habrá sido suficiente. Quiero decir, lo que he hecho, lo que he sacrificado. Con las dos últimas novelas me ha ido bien. Perdóname, hoy no puedo hablar bien, de todas formas sabes que nunca ha sido mi fuerte, pero voy a intentarlo. Hay veces en que observo, y es como si miente se abstraiera, y veo el mundo como desprovisto de su valor asignado, el valor que le hemos asignado nosotros, Malvavisco, quiero decir, los humanos, Y me doy cuenta de que, por mucho que haya trastocado la realidad, por mucho que me empeñe en manipularla y crear otras nuevas, no servirá de nada, porque estoy encerrado en mi propia humanidad. Que hay un algo en el un universo, sí, un *grandeur* que ni yo ni nadie conoce ni podrá conocer, que en ese momento hay barreras

que no lograré trascender nunca y eso me llena de infinita tristeza. Una idea trillada, lo sé. Siento no poder expresarme con claridad, como te he dicho antes, no estoy muy lúcido, y por eso entenderás que es que estoy bien, así es, de buen humor, y sabes lo difícil que es formular una tesis compleja cuando tienes esa sensación momentánea y apaciguada de plenitud, cuando nada te impele a buscarla.

Y, quizá, una de las razones se deba a que esta noche, cuando regresaba de visitarlo, ya sabes a quién me refiero, la vi allí, esperando bajo la marquesina del autobús. ¡Y apenas podrás imaginarte cómo la luz incidía en sus facciones, cómo el cambio que sus rasgos, antes redondeados y ahora casi podría decirse angulosos, me partió el corazón! Eso es que estoy envejeciendo, lo sé, son los desvaríos de viejo chocho que tuvo mi padre y ahora a mí me toca también sufrirlos. Pero el caso es que, caminando, y lo cierto es que no me detuve, ni siquiera aminoré el paso, aunque mis ojos, estoy seguro, se fijaron en los suyos por más tiempo que la perspectiva me hubiera podido permitir. No sé cómo lo hice, Malvavisco, pero eso no es lo que importa. Lo que importa son sus ojos. Siguen igual, tan grandes y brillantes que perturban, parecen dos bolas de cristal incrustadas en la cabeza de una muñeca, que ni siente ni padece porque lo cierto es que sigue con esa misma expresión de pasmo, pero con esos ojos, escúchame, con esa mirada indescriptible que es como un martillazo al pecho, no le hace falta.

Aunque he de reconocerte que era un pasmo triste, como desalentado. A cuento de esto viene que los últimos meses me he estado preguntando si soy alguien sobre quien merezca la pena escribir. Si fuera a dar conmigo como un ente ajeno, a modo de observador externo, ¿escribiría sobre mí? Quién sabe. Pero si alguien lo hiciera, si alguien me recreara de la misma manera que yo pienso hacerlo con ella... pienso cambiar algunos detalles, por supuesto, pero su esencia, Malvavisco... No, eso es indispensable mantenerlo. Voy a sacar ese bolígrafo, el de la tinta suelta, el que hace que la acción de escribir sobre el papel sea fluida como el habla, espero que mejor que la mía en este momento, y escribir mi mejor obra, y, cuando lo haga, se lo diré. Aunque me ruborice, no importa, porque es una parte de ella que

quizá sólo yo haya observado y, sin embargo, parece que la revistiera, por completo, cuando la miro, cuando pienso en ella, no puedo ver otra cosa. Le diré que, con diecisiete años y la cabeza llena de pájaros, sin pretensiones y ninguna barrera que estas hubieran podido imponerme, le diré que la vi, y que pensé que su mirada era una estaca, porque te atravesaba el corazón.

El gato le roza con la cola y, tras una graciosa genuflexión que deja entrever la gentileza de su carácter, salta a su regazo y olisquea la mancha de aceite de pescado que ensucia sus pantalones de cazador.



## LA FLOR DE LA VIDA

Álvaro Vaquero Hidalgo (16 años)

Cristian Expósito Suárez (14 años)

Dos Hermanas (Sevilla)

Anoche vi tu sonrisa,  
bella como una amapola.  
Sin embargo, te veo sola,  
llorando en mi cama.

No alcanzo para tocarte.  
No te vas de mi pensamiento,  
siento tu cercano aliento.  
Maldito amor.  
¡Cuánto sufro por besarte!



## EL GRUPO

Alba Sotelo García (13 años)  
Angélica Aguilar Jurado (14 años)  
María Calderón Frutos (13 años)  
Marina Salguero Rico (13 años)  
Dos Hermanas (Sevilla)

Hoy os voy a contar cómo conocí a mi grupo de amigas y cómo se disolvió. Somos siete. Lucía es muy revoltosa y, a veces, traviesa. Claudia, una chica responsable y estudiosa. Emma, muy talentosa para los instrumentos. Rubén, un poco bipolar y siempre está rodeado de chicas. Alicia, muy alegre y siempre está feliz. Verónica, gótica y depresiva.

Nos conocimos cuando entré en 1.º de ESO. Ellos se conocían de antes porque es un instituto privado en el que se hace primaria y ESO.

Cuando comencé allí, me sentía un poco sola. La gente me miraba de forma extraña. Poco a poco fui conociéndoles. Había un grupo de repetidores, otro de pijos y un tercero de unas chicas que parecían muy simpáticas.

Fui conociendo a Lucía, Claudia, Emma, Rubén, Alicia y Verónica. Me cayeron genial desde el principio, eran muy de mi rollo. Nos hicimos los mejores amigos del mundo, quedábamos un montón y nos lo pasábamos genial.

Cuando por fin terminó ese curso tan largo, llegó el ansiado verano. Lo pasamos genial. Teníamos que ayudar a Emma porque durante el curso, con sus clases de flauta en el conservatorio, había perdido mucho tiempo y no había logrado aprobar Historia. Estábamos en la playa, en el chalet con piscina de Rubén. También fuimos a un campamento. Allí Alicia se rompió la muñeca. Fue en el rocódromo. Se le escapó la cuerda



de las manos y cayó al suelo. Menos mal que había una colchoneta, si no hubiera sido mucho peor.

Por desgracia, llegó el nuevo curso. Para nuestra sorpresa, entró un chico nuevo en clase. Se llamaba Hugo. Era alto, moreno, con los ojos claros y muy guapo. Poco a poco se fue adaptando a nuestra clase. Nos caía muy bien, ya que era simpático y gracioso. Salía con nosotros. Aunque con Claudia empezó a juntarse de una forma especial.

Un día los vimos salir del instituto y se fueron juntos. Desde entonces sospechamos que estaban saliendo, pero ellos lo negaban.

Llegó el 14 de febrero y nuestras sospechas se confirmaron. Hugo le regaló unas flores y unos bombones con carta incluida a Claudia. Ella guardó la carta en la alabrera de la mesa y en el recreo se la cogimos. Cosa que está un poco mal, pero teníamos curiosidad. La carta decía:

*¡Querida Claudia!Tú eres mi alma gemela, un pilar fundamental para mí. Contigo puedo volar. Me siento el hombre más feliz del mundo. Te quiero con tus virtudes y tus defectos, en lo bueno y en lo malo. Siempre tú.*

*Me demuestras cada día que merezco ser amado y valorado. Quiero gritar al mundo que te amo.*

*De tu amor, Hugo.* Pasó el tiempo y su relación se fue afianzando.

Un día quedamos todos menos Emma y Hugo. Salimos a la calle a dar una vuelta y los vimos. Ellos no se dieron cuenta. Los seguimos para ver dónde iban. Llegaron a un parque y se sentaron en un banco. Estuvieron unas dos horas. Luego cada uno se fue a su casa .

Al día siguiente era lunes. Hablamos con Emma. Claudia estaba enfadada con ella, le molestó mucho, cosa que es normal. Le pareció muy feo que quedara con su novio a solas. Claudia sabía que a Emma también le gustaba Hugo.

Luego hablamos con Hugo y él dijo que Emma le dijo que le tenía que contar algo sobre Claudia, por eso accedió a quedar con ella.

Claudia no volvió a hablar más con Emma y todas la dejamos un poco aislada porque fue muy feo lo que hizo. Emma fue a hablar con la directora porque estaba aislada y nos pasamos todo ese año hablando con la directora y peleándonos con Emma.

Terminamos la ESO y Claudia seguía con Hugo. Pero las cosas no se habían arreglado con Emma, seguíamos todos enfadados.

El curso siguiente, cada una se fue para un sitio diferente. Lucía se metió en un bachillerato de letras; Claudia y Hugo hicieron un módulo de farmacia; Emma se fue al conservatorio profesional; Rubén, a un bachillerato tecnológico; Alicia a estudiar, a Málaga; Verónica a trabajar con su padre; y yo me fui a un bachillerato científico.

Algún día me gustaría que nos encontráramos para ver cómo nos va la vida.

Fue una bonita experiencia que no voy a olvidar nunca.



## ESPINAS DE UN CLAVEL

Miriam Soult Toscano  
14 años  
Dos Hermanas (Sevilla)

Recuerdo aquella mañana,  
los pájaros hipnotizaban con su canto,  
la paz de mi mente fue interrumpida  
por de un joven su encanto.

Todas las alarmas despertaron  
y mis mejillas se estaban sonrojando.  
"Solo pasará el rato,  
aunque cuánto me gustaría  
que acabásemos mirándonos."

Un joven muy apuesto,  
apasionado por este mundo.  
Con mucho gusto lo conocería,  
pero intuía que era absurdo.

Como si una sirena me cantara  
yo sentí cuando los labios abriste.  
—¿No son hermosas las rosas,  
tan bellas pero tan tristes?

—Si es a mí a quien hablas,  
con gusto te contestaré.  
Me parecen preciosas,  
pero más bonito es el clavel.  
Como si se tratase de un reto,  
nos quedamos en silencio.  
Me miraste y te miré,  
me sonreíste muy contento.

– Las rosas son especiales,  
pues describen cómo es la vida.  
Todo bello puede parecer,  
pero te pinchan con sus espinas.

Pasaron instantes eternos,  
entre nuestra soledad reinaba el silencio,  
no me di cuenta del tiempo,  
se tenía que ir lo que parecía un sueño.

– ¿Mañana estarás aquí?  
Algo pareció hacerle gracia.  
– Tengo prisa, me he de ir.  
Y se fue dejando mi desgracia.

Por un momento pensé  
que todo podía ser distinto  
parecía un buen chico,  
pero nadie me ayudará a salir de mi laberinto.

Y es una pena la que llevo,  
que en mi interior se va pudriendo.  
¿Es mi sangre, es mi cuerpo?  
Me tocó y no tuve más remedio.

Y al día siguiente volví,  
con las esperanzas de verte de nuevo,  
te vi observando un rosal,  
parecías tan sereno.

Desde ahí te conocí,  
hacías bonito lo iluso.  
Y por eso me gustabas,  
porque me hacías escapar de mi mundo.

Eras tan bonito como un poema,

tan cálido como el Sol.  
A tu lado se me quitaban las penas,  
solo necesitaba de tu amor.

Dime cielo desnudo,  
¿Era bonito vernos pasear?  
Juntos de la mano,  
nada nos podía importar

Hasta una preciosa noche en los rosales de mi hogar,  
en la que con los latidos de tu corazón me dijiste:  
— ¿Me querrás para siempre?  
Pero *siempre* es algo que yo no puedo permitirme.

— Eres lo que siempre había anhelado,  
pero hay algo que aún no te he contado,  
y es que no puedo prometerte una vida conmigo,  
porque tanto no podré estar a tu lado.

Ríos transparentes acariciando sus mejillas,  
ahora es cuando comenzaría nuestra vida.  
— Si mi cuerpo no responde y mis pulmones no respiran,  
no quiero ser un problema para ti cada día.

— Es la decisión que tienes que tomar;  
sacrificarte por mí o marcharte y disfrutar.  
Pero por nuestro bien es mejor  
que no nos veamos más.

— Sé que es egoísmo,  
pero te estoy haciendo un favor,  
solo peor será estar conmigo,  
no puedes salvar un clavel que siempre estuvo marchito.

Con mi corazón más roto de lo que estaba,  
me despedí para siempre,

no sabes la suerte que tuve al tenerte,  
eras como un sueño que nadie cumplir puede.

Y pasaron meses,  
pero en mi cabeza seguías,  
nunca te irías,  
y yo bien lo sabía.

Cada rosa que veía  
me recordaba a ti,  
me encantaba verte sonreír,  
y yo sonreiría al ver cómo te despediste de mí:

Un vivo clavel  
descansaba en mi jardín.  
Y en él una pequeña nota diciendo:  
“Nunca me olvidaré de ti”.

## LA VIOLENCIA ESTÁ EN TU CABEZA

Almudena Expósito Aguilera

14 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Era una noche oscura y lluviosa, o al menos, es así como la sentía yo. Desde mi habitación escuchaba golpes, pero ni un solo grito, porque si no, él la golpearía aún más. Al fin me decidí a salir. Agarré el pomo fuerte y decidido para abrir la puerta y sacar a mi madre, pero al intentar abrirla parecía que había algún objeto que me lo impedía. La aporreé y grité:

— ¡Abridme!

Pero solo la oía a ella diciendo:

— Mateo, ¡vuelve a tu habitación!

Di un golpe fuerte y salí corriendo de la casa a pedir ayuda, pero nadie me prestaba atención. Me decían:

— Niño, ¿te has perdido?

Yo les respondía:

— ¡No! La pareja de mi madre...

— ¿Dónde vives? Te llevaré a tu casa.

— ¡No, por favor! ¿Puede prestarme atención?

— Lo siento, tengo que irme, adiós.

Las frías manos de un señor me agarraron por la espalda. Al girarme me di cuenta de que era el novio de mi madre.



Grité muy fuerte, pero parecía que nadie me oía, ya que me tapó la boca y me gritaba:

— ¡Vamos a casa!

Parecía muy enfadado. Por el camino me iba agarrando con fuerza, apretaba mis manos, tanto que pensé volver a gritar. Pero decidí no arriesgarme, pues me iba a tratar con más violencia. Así que callaba y continuamos el camino silencioso y oscuro.

A la mañana siguiente, sobre las seis, el novio de mamá estaba despierto y listo para irse a trabajar. Sentía miedo, miedo por si mamá despertaba y le volvía a hacer algo. Permanecí en silencio e intenté dormir de nuevo. A las nueve, mamá me despertó ya con el desayuno en la mesa. Parecía asustada. Le pregunté

— Mamá, ¿qué te pasa?

— Nada, cariño, nada.

Yo sabía que no. Con tan solo su mirada, me lo decía todo. Estaba muy triste e insistí:

— ¿Es él? Te volvió a hacer daño mientras yo estaba en la escuela para que no me diera cuenta, ¿verdad?

— No, Mateo, y no lo digas mientras él esté delante, ¿vale?

— Vale, mamá, pero, ¿por qué te hace daño?

— No lo sé, cariño, espero que pronto se acabe.

Al cabo de un tiempo, él llegó a casa, enfadado como siempre, y me preguntó:

— ¿Y tu madre?

—No te lo diré.

—¡Dímelo ahora mismo, niño!

—¿Por qué? —le contesté.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué le haces daño?

—¡¡Déjame!!

Fui más tarde a ver si encontraba a mi madre, ya que me dijo que iba a comprar algunas cosas. Me dirigí al supermercado.

Le dije todo lo que había pasado con Albert, su novio. A lo que me respondió:

—¡No! ¿Por qué has hecho eso? ¿Sabes en qué lío nos has metido?

—¿Por qué, mamá?

—Da igual, hijo, volvamos a casa.

Al llegar, nos estaba esperando enfadado porque mamá no había hecho todavía la comida. Se dirigió a mí.

—¡Mateo, vete a tu cuarto ya!

—No, no consentiré que le hagas daño de nuevo a mi madre —respondí.

Me cogió del brazo y me arrastró hasta mi cuarto.

Durante la noche escuché gritos. Intenté salir, pero algo dentro de mí me lo impedía. Permanecí allí solo y aterrorizado.

A la mañana siguiente cuando desperté, mamá no estaba. Solo se encontraba mi abuela, a la que le pregunté:

— ¿Qué ha pasado? ¿Y mamá?

— Está en el hospital — respondió con las lágrimas saltadas.

— ¿Pero está bien?

— No lo sé, vayamos a verla.

— Sí, por favor, vamos rápido. Cuando llegamos, la encontré mal y desorientada. Albert le había hecho mucho daño. Más tarde, los médicos le preguntaron qué le había pasado, a lo que ella no quería responder. Luego, pensándolo bien, decidí decírselo yo a los médicos porque no podía aguantar más que Albert le hiciera tantísimo daño. Me dirigí hacia uno de ellos. Al terminar, volvió a la habitación para hablar con ella, pero estaba en coma. Llamaron a la policía y le contaron todo. Tras unos días de investigación, descubrieron que era verdad y Albert fue enviado a la cárcel. Fueron semanas de incertidumbre. Mi madre despertó al fin. Acudió un psicólogo para hablar con ella sobre todo lo ocurrido. Mamá me preguntó:

— ¿Quién se lo ha contado todo?

— ¡Yo! — respondí.

— Gracias, hijo.

Cuando mamá se recuperó, hicimos las maletas. Nos fuimos a vivir con la abuela a Nueva York. Y allí, afortunadamente, bien lejos de todo y de todos, rehicimos nuestras vidas.

## LIBERTAD

Ián Inurria Jiménez

14 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Hablan de libertad.  
Esos no tienen ni idea  
de qué es libertad.  
Esos que viven encadenados  
al qué dirán, a la rutina...

Esos que no se atreven,  
que no saben volar,  
que mantienen una pesada cadena  
atada a sus pies.

Esos que no gritan  
por miedo a las consecuencias,  
que andan pero no corren...

Ellos... ¡se creen libres!  
¡Y son los que más temen a la libertad!



## NUESTRAS AVENTURAS LOCAS

Marta Maestre Reina (14 años)

María Maestre Reina (14 años)

Carmen Román Perea (12 años)

Dos Hermanas (Sevilla)

Os vamos a contar una historia. Cuando un día nuestros padres se conocieron...

¡No! Tan atrás no, Marta. Bueno, vale, pues sigue tú.

Me parece bien, ahora sí. Nos vamos a ir unos cuantos años hacia delante cuando nosotras tres nos hicimos las mejores amigas. ¡Sí! Lo que escuchasteis, las mejores amigas. Desde el día en que nació Carmen, la más pequeña de las tres. Ahora tiene doce años, en segundo lugar va Marta, con trece, y por último, yo, su hermana gemela, María. Empezamos siendo las típicas conocidas, después amigas, más tarde, mejores amigas y, a partir de ahora, hermanas.

¡Eh! Os olvidáis de mí. Ahora me toca hablar a mí. Espera, aún no me he presentado. ¡Hola! Encantada de conoceros. Me llamo Carmen. Nací en 2007 en una mañana soleada de verano el día... ¡Carmen! Deja de enrollarte, ahora hablo yo ¡Hola! Soy María y me encantan...

¡Ya! Dejaos de tonterías. Soy Marta, la más guapa y lista del grupo. ¡Eso no se lo cree nadie! Anda vamos a dejarnos de cháchara y empecemos ya.

Vale, vale, voy a empezar. Dos días después de nacer Carmen, mi madre nos llevó a mi hermana María y a mí a verla. Mi padre nos aupó y allí estaba la niña más fea que había visto. Y yo, María, la más valiente de todas, me asusté del monstruo que había dentro de ese carro.

¡Oye! ¡De fea, nada! Y monstruo lo serás tú, ¿o no te ves por las mañanas en un espejo? Yo no soy ni monstruo ni fea ni nada de lo que vosotras dos digáis, yo soy diva.

Anda ya, no te alagues tanto. ¡Fea!

María, Carmen. ¡Ya! Parad de pelear, que no hemos venido a discutir, sino a contar por qué somos las mejores amigas y nuestras locuras de cada día.

¡Vale, vale! Perdón, Carmen. ¡Yo también lo siento, María!

Así me gusta, chicas. Bueno, vamos a seguir por dónde íbamos. ¡Ah, sí! Y allí estaba la niña más fea, digo, más guapa que había visto en mi vida. Bueno, ya sabemos que es muy guapa, pero ahora me toca hablar a mí.

Seguimos jugando todos los días juntas y también peleando. Es que creo que cuando estamos juntas somos un poco cansinas.

¡Qué dices, María! Si somos unos angelitos.

¡Sí! Eso mismo digo yo

¡Anda ya! ¿No recordáis la vez que fuimos al supermercado y nos montamos en los carritos de la compra? ¡Dejamos caer toda la harina! Fue una locura ver las caras de nuestras madres al escuchar sus nombres por megafonía y llegamos a nuestras casas pareciendo muñecos de nieves. O la vez que nos hicimos pasar por maniqués en el centro comercial. ¡Fue genial! Y a la vez una locura, qué tiempos. Todos los días eran geniales. Íbamos al instituto, luego estudiábamos y, por último, jugábamos. Pero todo eso cambió en un abrir y cerrar de ojos.

¡Para, para! ¡Marta! Me toca hablar a mí. Pues venga sigue tú, María

¿Pero, por dónde vamos? ¡Ah, ya, ya me acuerdo! Pero todo cambió en un abrir y cerrar de ojos porque... ¡Empezaron las vacaciones de verano! ¡Eso significaba playa, piscina, cloro y arena! Lo mejor del verano es que no volvemos a ver esa cárcel infantil en tres meses o como lo llaman otras personas, *instituto*. ¡Chicas! Ya sé cómo podríamos llamar a este cuaderno a partir de ahora «Nuestras aventuras locas». Ya sé cuál podría ser la primera aventura que escribiremos: *Las tragedias de la playa*.

Un día fuimos a la playa junto a nuestros hermanos mayores. El hermano de Carmen se llama Álvaro y tiene dieciséis años y, Manuel, mi hermano, quince. Ese día de playa nos lo pasamos...

¡Eh! Yo también quiero hablar. Bueno, vale, habla tú, Carmen.

¡Bien! Pues lo que decía María, ese día nos lo pasamos superbien. Estuvimos casi dos horas intentando convencer a nuestros padres para que alquilaran una barquita con tobogán para ir paseando por el mar de Matalascañas. Al final, los convencimos y pasaron cosas muy graciosas. Resulta que íbamos en la barquita Marta, María, Manuel, mi hermano, mi padre, el padre de Marta y yo.

¡Eh! ¡Hola! Yo también existo, es el padre de Marta y el mío también.

Vale, vale. Bueno pues estábamos en la orilla...

¡Ahora sigo yo! ¡Vale, María, sigue tú!

Estábamos en la orilla y Álvaro empezó a llorar porque quería bajar de la barca. Tenía miedo y mi hermano Manuel dijo que un tiburón le había mordido el pie. La verdad es que no sabemos si sería verdad o mentira, pero yo creo que era mentira, porque los tiburones son muy grandes y lo hubieran visto todas las personas que estaban en la playa. ¿No creéis? Bueno, sigue tú, Marta.



¡Vale! Pues nosotras tres estábamos todo el rato tirándonos del tobogán y nuestros padres estaban pedaleando. Fue genial. Pero para otros el día no acabó tan bien. Cuando nos bajamos de la barquita, Álvaro fue a la enfermería con Manuel, porque mi hermano decía que le dolía el pie. ¡Sigue tú, Carmen!

¡Vale, sigo yo! La siguiente aventura que vamos a contar es la de...

*La guerra de agua.*

Todos los fines de semana, en los días de verano, solíamos comprar globos de agua. Los llenábamos y en nuestro patio jugábamos a las guerras de agua. Mientras nosotras nos tirábamos los globos, nuestros hermanos mayores nos echaban agua con mangueras. Nos lo pasábamos superbien porque disfrutábamos muchísimo. Una de esas veces, María abrió la llave del agua y la manguera se soltó. No dejaba de caer agua porque nos dio la risa, pero después gritábamos al ver el patio inundado cada vez más. ¡Fue todo un desastre! La tercera aventura es...

*La acampada nocturna.*

Ahora seguiré yo, Carmen.

¡Vale, Marta!

Era una mañana de verano y mi madre nos dijo a mi hermana y a mí que invitáramos a Carmen a nuestro club para bañarnos en la piscina. Al entrar en recepción nos quedamos boquiabiertas al ver un cartel muy colorido, así que nos acercamos a ver qué ponía: ¡ACAMPADA ESTE SÁBADO! Al momento gritamos pidiéndole a mi madre que nos apuntara a las tres. ¡Entramos! ¡Qué buena noticia! El sábado por la mañana fuimos a la piscina y nos lo pasamos genial. Al acabar, nos duchamos y cogimos todas las cosas necesarias para la acampada: cojines, mantas, peines, colonia, cepillos de dientes, toallas... Estábamos muy nerviosas. Esperamos un siglo entero sentadas en las incómodas

sillas de madera que ponían allí, pero al fin abrieron las puertas. Tenían que decir nuestros nombres y apellidos para poder entrar. Dijeron el de mi hermana y el mío. Estábamos expectantes y nerviosas porque no decían el de Carmen. Corrían muchos pensamientos por nuestras cabezas. ¡Y si no la dejan entrar, o se han olvidado de ella...! Pero, ¡no! Estaba entrando por las puertas. ¡Bien! Por fin estábamos las tres juntas. Nos dijeron las normas que había que cumplir: no molestar a los demás campistas, no acercarse a la piscina... Y muchas más normas que incumpliríamos a los dos minutos de estar allí. Hicimos muchos juegos divertidos. Uno de ellos fue la gallinita ciega.

¡Ahora sigo yo! Empezó a quedarla Marta. Le vendaron los ojos y le dieron vueltas como si no hubiera un mañana, como queriéndola transportar a un lugar mágico.

¡Cierto! Los locos campistas me dieron tantas vueltas que me mareé y caí sobre una tienda con dos campistas dentro. Los monitores preguntaron qué era lo que había pasado. Les contamos todo lo sucedido y su reacción fue inesperada para todos. Se echaron a reír en vez de reñirnos. ¡Fue toda una auténtica aventura! La siguiente aventura es la de...

¡oye, seguiré yo!,

*El desfile y fiesta de pijamas.* Un día, el padre de Marta y María, me dijo si quería participar en un desfile con sus hijas. Le contesté rápidamente que sí. Llegó el día y estábamos muy nerviosas, después de tantos ensayos, ¡es verdad!, estaba temblando de tantos nervios como tenía. Parecía de gelatina. Íbamos vestidas con una camisa blanca y una falda roja que nos hizo el padre de Marta y María. El desfile empezó a las ocho y media o nueve de la noche y terminó a las diez. Nos lo pasamos superbien. Desfilamos con niños con síndrome de Down y eran muy graciosos. Pasaron por la pasarela como si fueran profesionales, lo hicieron hasta mejor que nosotras. Después, fuimos a Telepizza con nuestros padres y hermanos. Nos merecíamos comer en uno de nuestros sitios favoritos. Lo más emocionante fue que le

suplicamos a mi madre para que nos dejara dormir juntas en mi casa y le dimos diez razones:

-Somos buenas.

-Somos graciosas.

-Nos queremos mucho.

-Nunca hemos dormido juntas en una casa.

-No hacemos ruido.

-Nos lo merecemos.

-Somos las mejores amigas.

-Somos delgadas y podemos dormir en el mismo colchón.

-Te podemos ayudar en todo.

-Lo dejaremos todo ordenado.

Al final mi madre nos dijo que sí. Aunque, como era de esperar, no fuimos nada silenciosas. Pusimos música superfuerte a las dos de la mañana, pero mi madre no nos dijo nada porque ella hacía lo mismo cuando era pequeña. Quería que nos divirtiéramos como ella con nuestra misma edad. También comimos chuches, patatas... Y al día siguiente..., ¡sorpresa!, la madre de Carmen nos hizo tortitas. Mejor imposible.

Bueno, chicos y chicas, este es el final de nuestra historia, por ahora. Gracias a todas estas locuras somos las mejores amigas. Después de esto, necesitaremos vacaciones al acabar el verano.

## RECUERDOS

Ismael Acosta Maraver

14 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Todavía pienso en tus ojos,  
en tus ojos azules como el cielo.  
Desde que te fuiste,  
me quedé solo.  
No hay nadie.  
Soledad absoluta.  
Tristeza,  
Vacío.  
¿A quién le contaré todo?  
Mis secretos,  
mis alegrías,  
mi forma de ser...

Tú siempre me mirabas.  
Con una sola sonrisa,  
me iluminabas.  
Cada vez era más feliz.  
Y ahora pienso.  
Y vuelvo a pensar.  
¿Por qué no te sonreí yo a ti?



## VOLANDO

Pablo Salguero Capitán  
14 años  
Alcalá de Guadaira (Sevilla)

Llegaste volando  
y volando te vi marchar.  
Solo te recuerdo cuando canto  
y no te puedo olvidar.

No volverás como las olas;  
Esas que golpean mi corazón  
lleno de amapolas  
para regalarte por mi amor.

Si me preguntan, tengo miedo.  
Esto puede acabar.  
A la vez que te quiero,  
te intento olvidar.



## ECLIPSE

Mariam Concepción Córdova López

13 años

Dos Hermanas (Sevilla)

—Eclipses hermosos, llamativos, así se les caracterizaría, ¿no? Siempre emocionan a todos, por ello, todo el mundo quiere ver uno. Pero este es sumamente especial, ya que este eclipse se podrá ver alrededor del mundo. No se lo pierdan. Comenzará a las cuatro y media de la tarde. ¡No pierdan de vista la hora! —terminó de hablar aquella presentadora de noticias con suma emoción fingida.

Apago la televisión, no hay nada interesante que estén dando aparte de eso. Aunque yo no le veo lo especial. Algo que la Luna hace en su curso alrededor de la Tierra. Puede que sea inusual, ya que sucede raramente, pero para mí no es especial. Y aunque se pueda ver por toda la tierra algo que es inusual, seguirá siendo para mí irrelevante.

Eran apenas las dos de la tarde. No tenía nada importante que hacer, excepto estar en casa con el móvil o viendo la tele. No tenía que hacer ninguna tarea de la universidad ni ningún quehacer de la casa, así que estaba sumamente libre. Podía hacer lo que se me antojase. Mis padres no estaban en casa. Podría hacer una fiesta si quisiese, pero habría que limpiar y no me apetecía.

Me dirijo hacia mi cuarto. Al llegar, la luz del sol entrando por el cristal de la ventana lo inundaba todo. Me tumbo en la cama y empiezo a revisar el móvil. En internet solo se nombra esa noticia de la tele. De repente, el teléfono vibra. Es un mensaje de mi mejor amiga, Chloe. Me invita a ver el eclipse en su casa. También va a invitar a amigos nuestros. Acepto la invitación. Voy a elegir la ropa para cambiarme: unos jeans, una blusa rosa con un unicornio estampado, zapatillas rosas y chaquetón negro, ya que fuera hacía frío. Dejo la ropa encima de la cama y voy a darme un baño.



Después de ducharme, vestirme y cepillarme el pelo, voy a ver la hora en el móvil y escribirle a Chloe. Son ya las tres y veinte. Vivo a veinte minutos de la casa de mi amiga. Le digo que ya voy de camino y que me guarde el mejor sitio.

Llamo a su puerta. Me recibe con una gran sonrisa.

— ¡Llegaste temprano!

— Sí, esta vez sí llegué temprano —contesto, sabiendo que se refiere a que llego tarde a todas partes.

— Pasa, sabes que estás como en tu casa.

Paso cerrando la puerta. He venido millones de veces aquí, pero sigo sin atreverme a comportarme como una habitante más. Sala, cocina, escaleras... lo típico de casas de dos pisos, pero como dirían otros, perfecta para ver el eclipse.

— Oye, no te quedes ahí parada. Si quieres, me ayudas a arreglar algunas cosas o subes directamente arriba.

Simplemente me detengo a mirarla. En sus manos tiene una caja llena de aperitivos y detrás de ella también hay más. Noto que lo está haciendo sola porque no ha llegado nadie todavía.

— Mejor te ayudo.

Tomo la caja y subo. Conozco el camino de memoria. Mientras voy colocándolo todo, pienso que más bien parecen los preparativos para una fiesta.

En nada los invitados empiezan a llegar. Chicas, chicos. A algunos los conocía, a otros no. Las mesas preparadas, la decoración, igual. No hacía falta nada más que disfrutar.

Los segundos, los minutos pasan... Llega la hora del eclipse. Todos estamos en la azotea, observando cómo lentamente la Luna se posiciona en frente del Sol dando al cielo un tono entre amarillento y azul, como un atardecer. Todos hacen fotos, incluso yo misma para publicarlas en alguna red social y comentar mi experiencia al respecto. Vuelvo a mirar al cielo, notando cómo ese tono amarillento y azul se va, dejando paso a una completa oscuridad, como si de una noche se tratara. Frunzo el ceño. Son apenas las cuatro. ¿Cómo va a oscurecer tan rápido? Veo cómo la Luna baja lentamente. Señalo al cielo negro gritando:

– ¿¡Dónde está el Sol!?

Todo el mundo alarmado mira, descubriendo que ha desaparecido sin razón. ¿Dónde está? ¿Qué ha ocurrido?

No somos los primeros en darnos cuenta. Ya está en redes sociales, noticieros, de boca en boca... ¿Dónde ha ido el Sol? ¿Tiene algo que ver el eclipse? ¿Por eso era tan especial?

La NASA todavía no anuncia nada, ni opiniones sobre esta anomalía. Seguro que estarán igual de impresionados que nosotros. ¿Quién iba a saber que desaparecería durante el eclipse?

De repente un chico habla.

– ¿Y si alguien ha descubierto la manera de robarlo?

Lleva una sudadera *Alien* color negra, vaqueros con las rodillas rasgadas, zapatos de color gris. Su color de pelo es amarillo. Se ve que es uno de esos conspiradores locos de internet. ¿Pero qué tal si tiene razón? Eso explicaría la falta del Sol en su lugar.

Pero eso no ha logrado calmar a nadie, más bien muchos se alteran más. La fiesta es un desastre, estamos a oscuras, apenas iluminados por algunas luces que pronto se apagarán ya que algunas casas e industrias

trabajaban con conversión fotovoltaica. Las redes son un caos, las calles y los noticieros igual. Al parecer la NASA indica que sus satélites lo han grabado todo, que no entremos en pánico. Pero el Sol se ha ido delante del satélite en un cerrar y abrir de ojos. Y como todo el mundo sabe, no hay explicación para esto. Dicen que, paulatinamente, la Tierra va a ir bajando su temperatura hasta los -57 grados, ya que el Sol no está para calentarla. Se va a ir congelado irremediablemente. Las plantas irán muriendo por la falta de calor y luz, quedándonos sin recursos naturales y viviendo en una oscuridad eterna, si es que podemos sobrevivir. ¿En serio este es el fin de la especie humana?, ¿este será nuestro trágico y oscuro final? Quizás eso forme parte ya de otra historia...

## EL DEMONIO QUE ALGUNAS PERSONAS LLEVAN DENTRO

Francisco Javier Andrés Sánchez

13 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Era un día de un fin de semana cualquiera, para decir bien, era un sábado cualquiera. El día se estaba oscureciendo. Una pareja llevaba cinco años de relación. El hombre había quedado con cinco amigos suyos para ir de fiesta a la ciudad de al lado. Como vivían en un pueblo de bastante lejos, tuvieron que utilizar el coche.

Llegaron a la discoteca e hicieron allí lo que les dio la gana: bailar, comer, beber...

Por otro lado, su mujer, preocupada, lo llamaba por teléfono, pero Carlos no lo cogía. Llamaba al teléfono de los amigos y tampoco lo cogían. Los hombres no escuchaban nada por el volumen de la música ni se interesaban por mirar los móviles de vez en cuando.

A los cinco, idos de la cabeza, se acercaron cuatro muchachas un poco más jóvenes. Se fijaron en ellas e intentaron llamar su atención. Ellas observaban lo que hacían, se reían, pero al poco tiempo se daban la vuelta y seguían hablando.

La esposa no estaba tan preocupada por su marido, pues cada vez que volvía de trabajar no era extraño que se pasase toda la tarde o incluso la noche con sus amigos por ahí. Así que siempre que pasaba eso, se iba al cuarto de baño a llorar. Esos sentimientos los guardaba y no era capaz de explicárselos a nadie. Su marido no la dejaba salir de casa; al contrario que él, todos los días tenía una excusa para irse con otras mujeres y dejar a la suya sola.

Eran las cinco de la mañana y, ya borracho, se chocó con un hombre que también lo estaba. Empezaron a tirarse todo lo que tenían a mano: sillas, mesas, copas...

Pero antes de que agredieran a alguien, los porteros de la discoteca los echaron fuera. En la calle empezaron a herirse con botellas rotas del suelo. Los amigos, en vez de intentar parar la pelea, empezaron a sacar los móviles y a grabar.

Terminaron cubiertos de sangre. Al intentar trasladarlos al hospital, como todos iban bien borrachos, se salieron de la carretera en una curva y volcaron. El coche quedó destrozado. Afortunadamente continuaban con vida... y ya estaban cerca del hospital. Con la poca voz que les quedaba, gritaban pidiendo ayuda.

De repente, salieron dos médicos a la puerta. Los llevaron a una sala, pero a Carlos tuvieron que llevárselo solo porque había entrado en coma y se suponía que iba a pasar un largo tiempo sin despertar.

En esos momentos, su mujer lo llamaba de nuevo al móvil, pero seguía sin cogerlo, al igual que sus amigos. Su preocupación iba en aumento.

Una semana después, Carlos se despertó desorientado, no sabía dónde estaba, solo sabía quiénes eran cada uno de sus amigos. En ese tiempo, su mujer había pasado de la preocupación a la desesperación. Dependía por completo de él. Todo lo decidía él. Todo pasaba por él. Nunca se había ausentado tanto tiempo. En esa semana, cada día se fue a dormir con una amiga y a cada una de ellas les explicaba lo que le pasaba. Gracias a ellas, no tenía tanto miedo.

Llegó el día del alta para Carlos. Sus amigos lo veían diferente, más serio; pero lo achacaban al tiempo que había estado en coma en el hospital. Llegando ya al pueblo, Carlos no paraba de acordarse de su mujer, de cómo estaría y si habría hecho lo que él le mandó: estar todo

el tiempo en casa sin salir, esperándole. Y como hubiese hecho algo distinto tendría consecuencias.

Cuando el taxista lo dejó en la puerta, como nadie le abría, comenzó a enfadarse. Cinco minutos después, llegó corriendo su mujer. Nada más verlo, empezó a temblar y las primeras lágrimas empezaron a brotar. Bien sabía lo que iba a pasar.

Él le preguntó de dónde venía. Le habría podido mentir diciéndole que se le había olvidado el monedero cuando había bajado a comprar, pero Carlos no la habría creído. Le pidió las llaves, abrió la puerta muy bruscamente, la empujó y casi la dejó caer. No le dio explicaciones de lo que le había pasado en esos días. Le mandó que preparase algo para comer. Con los nervios, tardó aproximadamente cincuenta minutos. Reaccionó diciendo que no le gustaba. Tiró el plato. Le ordenó que lo probara del suelo y que lo recogiese después. Ella, con miedo a las represalias y conteniendo el asco, hizo lo que le ordenaba. Aprovechando que él se retiró al cuarto para dormir, se fue al cuarto de baño. Temblaba y no podía contener el llanto. No podía más con esta situación...

Pero Carlos la escuchó y empezó a gritarle y a insultarla. Le dijo que hiciese algo de utilidad y que pidiese una pizza.

Entonces pensó que era ahora o nunca. Fingió estar llamando a la pizzería, pero estaba llamando en realidad a la policía. Carlos no sospechó nada y empezó a forzarla a tener sexo. Estaba aguantando puñetazos, insultos, violación...

Malherida, corrió cuando se despistó Carlos y se encerró en el baño. Justo en ese momento, llamaron a la puerta.

Carlos preguntó que quién era y le contestaron que era la pizza que habían pedido. A Laura se le aceleró el corazón. Cuando abrió la puerta, no tuvo margen para reaccionar. Varios agentes se echaron

sobre él. Lo detuvieron y a Laura se la llevaron al hospital para curar sus heridas, al menos las físicas.

Cuando le dieron el alta, una amiga la acogió en su casa como si fuese su hermana.

No fue capaz de volver jamás a esa casa de tantos recuerdos y sueños rotos.

Carlos aún se pudre en una celda después de haber usado tantas veces el demonio que llevaba dentro.

## EL ESCARABAJO MÁGICO

Jonatan Pszczola

13 años

Dos Hermanas (Sevilla)

El lunes por la noche no podía dormir porque el martes tenía un examen muy difícil de matemáticas. Después de dar varias vueltas en la cama, llamé a mi madre. Me trajo un vaso de leche y me dijo que me contaría una historia para dormir.

Hace miles de años, una princesa, que era la más pequeña de siete hermanos, no podía dormir. Tenía un verdadero problema cada vez que anochecía. Se pasaba las noches enteras contando estrellas, leyendo cuentos, pintando algún lienzo, jugando al ajedrez, cepillando a sus gatos y conejos... Hacía mil cosas, todo menos dormir.

Un día, su abuela, que era muy anciana, le dijo a su hermano mayor que debían ayudarla. Para ello, debían ir a la montaña más alta del reino. Allí encontrarían una cascada donde brillaba al anochecer un pequeño insecto verde.

El insecto era un escarabajo mágico. Cuenta la leyenda que si pones el escarabajo una noche debajo de tu almohada podrás dormir bien el resto de tu vida.

El hermano mayor se puso muy contento de poder ayudar a su hermana pequeña así que cogió un caballo, el más veloz del reino, y fue a buscar ese pequeño animal.

Al anochecer, el hermano regresó con una pequeña cajita de madera. Le dijo a la pequeña princesa que debía ponerla debajo de su almohada.

Al día siguiente todos los habitantes del castillo estaban sorprendidos.



¡La pequeña princesa había dormido toda la noche!

El hermano regresó a la habitación de la princesa cuando ella se levantó y cogió la pequeña cajita de madera para devolver el escarabajo a la montaña.

Así es como la princesa nunca más tuvo problemas para dormir.

## FÁTIMA

Triana Moreno Santacruz

13 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Fátima era una niña de 12 años de origen hondureño. Vivía en un pueblo llamado Ambato con sus hermanos: Jaime, de 10 años, y Susana, de 6. Sus padres se ganaban la vida rebuscando en un vertedero.

Cuando sus padres salían, Fátima se hacía cargo de sus hermanos. Realizaba todas las labores de la casa, limpiaba, preparaba de comer... Aun así, sacaba tiempo para ir al colegio. Estudiaba mucho y así sacaba buenas notas. Se esforzaba todo lo que podía para algún día llegar a obtener un título universitario. Quería ser doctora y así ayudar a su comunidad.

Al pasar los años, Fátima, que era la mejor estudiante de su instituto, logró una beca para seguir sus estudios universitarios en España. Iba a cumplir el gran sueño de su vida y así podría ayudar a sus padres y a sus hermanos a salir de la pobreza.

Pero había un inconveniente. Tendría que separarse por primera vez de su familia. Estaba en un dilema y no sabía qué hacer. Su ayuda era imprescindible para sus padres.

De repente, un día, un golpe de suerte llegó a la casa. A su padre le habían ofrecido un trabajo. Era en una nueva fábrica que se había instalado en el pueblo. Ahora tendrían mejor calidad de vida. Sus padres, al ver el gran esfuerzo que realizaba su hija, decidieron darle su consentimiento y que así realizase el viaje a España y cumpliera su sueño. Jaime, que ya tenía 16 años, habló con Fátima. Le dijo que él ya era mayor, que ya podía ocuparse de sus cosas y su hermana Susana también, y que no se preocupase por ellos. Echarían una mano en casa.

Fátima, más tranquila, tomó la decisión de marcharse y continuar sus estudios. Pero con una condición muy importante para ella. Su familia tenía que mantener el contacto diariamente. Así ella podría saber cómo estaban y tendría fuerzas para seguir adelante.

Al llegar a España, encontró un mundo nuevo, totalmente diferente al que ella conocía, pero al ser una gran estudiante pudo adaptarse a su nueva vida rápidamente. En la universidad hizo muchos amigos y sus profesores se quedaron sorprendidos por su gran esfuerzo e inteligencia. Pasados unos años, se graduó, siendo la primera de su clase.

Al regresar a su pueblo como una brillante doctora con su título universitario, su familia la sorprendió con una gran bienvenida.

A partir de entonces, se dedicó a ayudar a todo aquel que lo necesitaba.

## LA BOLA DE CRISTAL

Erika Gómez Maraver

13 años

Dos Hermanas (Sevilla)

En una pequeña casa de pueblo vivía Aurora con su familia. Al terminar la jornada escolar, pasaba las tardes con sus amigas de la escuela. Les gustaba ir a un descampado cercano y jugar a los supervivientes del desierto. Ellas fueron las que se inventaron el juego tras ver una película. Les encantó la valentía del protagonista que fue capaz de sobrevivir haciendo largos viajes por el desierto. El juego consistía en esquivar los obstáculos que construían con piedras, ramas y otros materiales que se encontraban.

Un día como otro cualquiera, las amigas de Aurora se cansaron de jugar, pues ella era experta y siempre ganaba. Así que todas se marcharon un poco decepcionadas. Al llegar a casa, Aurora se sorprendió al ver a su madre hablando con una mujer desconocida en el salón. Se quedó boquiabierta al ver la apariencia de aquella mujer. Llevaba puesto un vestido largo azul marino, unos zapatos de la talla 46 muy brillantes y puntiagudos y una pamelita con una gran pluma.

Su madre le explicó que se llamaba Bárbara y era la amiga de su tío Ricardo. Estaba haciendo un largo viaje y había parado en el pueblo en el que ellas vivían para descansar por una noche y darles un regalo de parte de su tío. Bárbara se acercó con una gran sonrisa para entregarle una bola de cristal que guardaba en su interior una pirámide. Parecía real, pero de tamaño diminuto.

Se hizo de noche y Aurora continuaba extrañada y pensativa. No entendía por qué Ricardo no había ido a darle el regalo en persona. De pronto, notó que la bola estaba dando vueltas por toda su habitación. Sorprendida, fue gritando hacia el cuarto de su madre. La cogió del brazo y la guio hacia su cuarto. Todos se despertaron, incluida su hermana pequeña, Mía. Cuando llegaron allí, la bola permanecía quieta

en la mesita de noche. Era como si lo hubiese soñado. Pero estaba bien segura de que la bola se habla movido.

Todos se fueron algo adormilados a sus habitaciones, pero Bárbara se quedó mirándola con los ojos como platos y le preguntó si era verdad lo que había dicho. Le asintió con la cabeza indicándole que sí.

A la mañana siguiente, su madre le explicó que Bárbara le habla comentado que le gustar a que su hija la acompañase al desierto. Visitarían a su tío que estaba haciendo exploraciones de las pirámides en aquel lugar y conocía el interés que tenía Aurora por ese tema. Se quedó alucinada con la proposición y le preguntó a su madre si podía ir. Las vacaciones estaban próximas, así que, si terminaba bien el curso, no habría problema.

Y así fue. Sus resultados no pudieron ser mejores. Sin dudarle, preparó la maleta, incluyendo su diario para irlo anotando todo.

Llegaron al aeropuerto y Bárbara le avisó de que iba a ser un largo viaje. Cuando llegaron al desierto, Aurora fue rápidamente a la cabaña donde se encontraba su tío, gritando su nombre por el lugar. Encontró a un señor mayor con un libro en la mano, pero aquel hombre no era su tío. Bárbara se lo presentó:

—Tu tío Ricardo se perdió hace semanas en las pirámides y, aunque lo hemos estado buscando por todas partes, no hay ningún rastro de él.

Al escuchar aquellas palabras, les preguntó:

—¿Por qué no habéis llamado a la policía si hace varias semanas que está desaparecido?

—En cierta ocasión, tu tío nos contó que te dio la magia del desierto cuando naciste y creímos que nos podías ayudar —aclaró el doctor Austin.

Angustiada, afirmó que no tenía constancia de eso y propuso volver a salir para buscarlo. Pero Bárbara insistió en poner a prueba sus poderes. Aurora se negó, pues seguía afirmando que no tenía ningún poder.

Salieron a buscarlo y, sin saber por qué, Aurora intuía cuáles eran los caminos correctos por los que debían avanzar. Su propósito era llegar al lugar que le mostraba el interior de su bola de cristal, la pirámide Susaqui. Después de horas caminando, comenzó a oscurecer, decidieron acampar y continuar con la búsqueda al día siguiente.

Pero, a media noche, Aurora se despertó por culpa de la bola de cristal. Se iluminó y mostró los diarios de su tío Ricardo. Sorprendida con lo que había visto, los buscó silenciosamente para encontrar respuestas. En uno de ellos, estaban anotadas las intenciones terroríficas que tenían planeadas Austin y Bárbara. Querían hacerse con la magia del desierto. Entonces se le ocurrió una brillante idea, decidió ir en ese mismo momento en busca de su tío y escapar de aquel lugar.

Cuando estaba a punto de marcharse, Nicolás, le preguntó que adónde iba a esas horas de la noche. Apurada le comentó todo lo que había descubierto. Aunque él pensaba que Bárbara y Austin eran buenas personas, la ayudó dándole una linterna, varias piezas de fruta y una botella de agua. Se marchó sigilosamente por el camino que le mostraba la bola.

Al cabo de unas horas andando, tropezó con una piedra, cayó por una ladera de arena y quedó atrapada en un profundo hueco. Gritó todo lo que pudo para que alguien la escuchara, pero al cabo del tiempo, se sintió rendida y se durmió.

Nicolás anhelaba que volviera Aurora y le contara si había descubierto algo sobre su tío. Estaba muy preocupado pues ya habían pasado muchas horas y no sabía nada de ella. Así que decidió salir a buscarla, pues supuso que no estaría muy lejos.

Cuando Aurora se despertó, ya estaba saliendo el sol y gracias a los alimentos que Nicolás le dio, pudo comer algo para reponer fuerzas. Insistió en seguir pidiendo auxilio para que alguien la sacara de allí.

Nicolás se encontraba andando por el desierto cuando escuchó a lo lejos una débil voz que se le pareció a la de Aurora. Siguió ese rastro y finalmente la encontró.

No se le ocurría cómo sacarla. Entonces recordó que ella era la única persona que podía utilizar la magia del desierto. Así que le indicó que agarrara la bola de cristal y pronunciara las palabras mágicas. Pero Aurora las desconocía. Se le ocurrió preguntarle a la bola qué podía hacer para salir de aquel lugar. No pasó nada, pero cuando puso la bola en el suelo, ésta hizo aparecer una cuerda. Maravillada le lanzó la cuerda al chico. La agarró con todas sus fuerzas, giró la vista hacia los lados y decidió amarrarla a una roca muy pesada. Con no poco esfuerzo, logró sacarla.

Continuaron caminando y encontraron una pequeña cabaña. Sin dudar lo entraron y, para su sorpresa, allí estaba su tío Ricardo. Sorprendido y preocupado dijo:

— ¡Chicos! ¿Qué hacéis aquí? ¿Habéis venido con alguien?

En ese mismo instante aparecieron también Austin y Bárbara. Esta le pidió a Nicolás que se pusiera a su lado. Aurora se sintió traicionada y le preguntó:

— ¿Por qué me has mentido?

— No, no te he mentado. Te dije desde un principio que ellos eran buenas personas.

Bárbara se rio con maldad al escuchar las palabras que Nicolás decía, y él lo sabía muy bien, estaba disimulando por quedar bien ante Aurora. Bárbara y Austin les indicaron que se fueran y la dejaran sola

con Aurora. Para su sorpresa, ellos obedecieron. Le amarraron las manos y los pies con una soga y la dejaron en una esquina de la cabaña sin poder moverse. Con esto lo que pretendían era que la magia del desierto pasara a ser de ellos, aunque para ello tuvieran que poner en peligro a Aurora, dejándola varias noches y días a la intemperie sin alimentos ni ropas de abrigo. De esta forma, si Aurora quería sobrevivir tendría que pronunciar unas palabras mágicas que ellos conocían para que la magia pudiera ser utilizada por ellos.

Para la sorpresa de Aurora, en la tercera noche que pasaba fuera, vio a lo lejos dos personas que se acercaban lentamente. Cuando estaban cerca, descubrió que se trataba de su tío Ricardo y Nicolás. Aurora hizo señales de auxilio. Ambos la ayudaron a escapar. Nicolás estaba completamente enamorado de ella y haría lo que fuera por salvarla, incluso defraudar a Bárbara y Austin.

Su tío Ricardo le explicó cómo usar la magia de la bola de cristal que le había regalado; así que ella pensó que podría usarla para hacerles pagar por todo el daño que les habían causado, convirtiéndolos en ratas del desierto. Solamente podrían volver a su estado habitual cuando se arrepintieran de corazón de sus hechos y pensamientos impuros.

Finalmente, la madre de Aurora acogió a Nicolás en su casa. Aurora, después de decirles a su madre y a su hermana pequeña Mía todo lo que había pasado, fue rápidamente hacia su cuarto para poder escribirlo en su diario. No quería olvidar ni el más mínimo detalle. Nicolás fue con ella y cuando acabó de apuntarlo todo, se fundieron en un largo beso. Al fin estaban felices y a salvo.





## LA IGUALDAD

Alan García Santana  
13 años  
Dos Hermanas (Sevilla)

Lo que todo el mundo no entiende,  
es que tiene que haber igualdad.  
Ni machismo ni feminismo,  
todos decidimos por igual.

Todos tenemos los mismos derechos,  
aunque no seamos del mismo lugar.  
Todos debemos tener techo,  
a eso se le llama igualdad.

Todos debemos tener un trabajo  
y que nos traten por igual.  
Que las mujeres puedan jugar al fútbol,  
y los hombres, bailar.

Que no exista ninguna frontera,  
y que nadie pueda maltratar.  
No se trata de hombres y mujeres,  
solo de nuestra libertad.



## LA ISLA MISTERIOSA

Daniel Monge Quinta

13 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Hace mucho tiempo, un grupo de amigos decidió que cuando fueran mayores, pasase lo que pasase, estarían juntos para hacerse piratas e ir en busca del tesoro de la isla misteriosa.

Y así fue. Después de mucho esfuerzo, se compraron un barco. No era gran cosa, pero les bastaba. Uno de ellos pensó que necesitaban unos motes y a partir de ese momento decidieron llamarse *Barbarroja*, el *Valiente de un ojo*, el *Bribón* y el *Temible*.

Cruzaron océanos y mares. Casi mueren debido a un ataque sorpresa y a muchos más contratiempos.

Para llegar, tenían que pasar por el triángulo de las Bermudas. Barbarroja gritó:

— ¡Ballenas!

Estaban enfurecidas. Arremetían contra la embarcación. El pánico se apoderó de todos ellos, menos de el Valiente que, rápidamente, cogió los arpones. Con singular maestría fue lanzándoselos para darles muerte y así salvar la vida de sus compañeros.

— ¡El Valiente es el mejor! — gritaban todos repetidas veces.

A partir de ahí, el Valiente se convirtió en el capitán.

Otro día, el Bribón exclamó:

— ¡Veo la isla misteriosa a babor!

Rápidamente todos miraron hacia allí. Se pusieron tan contentos, que comenzaron a bailar y a cantar.

Dejaron el barco anclado en la costa. Desembarcaron y, tras un rato de caminata, entraron en una cueva. No podían creer lo que estaban viendo: cadáveres, manchas de sangre, esqueletos... y un manuscrito en el que aparecía escrito:

«Es mejor la amistad que un simple tesoro».

También encontraron en la pared unos agujeros y, en el suelo, unas losas con un camino dibujado que decía cómo pasar de forma segura. Comenzaron a caminar y, de nuevo, descubrieron otro manuscrito: «Hay que ayudar para ser ayudado».

Llegaron a una sala en la que había un esqueleto. Entre sus costillas encontraron un mapa que ofrecía la posición del tesoro. De pronto, empezó a sonar una canción pirata haciendo que el esqueleto se levantara. Había cobrado vida y tuvieron que librar una lucha a muerte contra él. Todos se unieron para vencerlo, pero no lo lograban. Entonces el Bribón se abalanzó sobre él, dándole un golpe certero que lo vencería, en el lugar donde hubiese estado su corazón. Pero, desgraciadamente, se golpeó en la cabeza con una roca quedándose inconsciente. Barbarroja y el resto cargaron con el Bribón dirigiéndose hacia el tesoro.

Cuando lo encontraron y vieron semejante cantidad de oro y piedras preciosas, se volvieron egocéntricos y caprichosos. Cada uno quería la mejor parte. Se gritaban y empujaban. Eso hizo que el Bribón despertase. Al ver semejante espectáculo, se puso en pie y gritó:

— ¡Parad! ¿No os acordáis del manuscrito que decía que es mejor la amistad que un maldito tesoro?

— ¡Tienes razón! — exclamaron todos.

Pero enmudecieron de golpe porque notaron que la cueva se derrumbaba.

—¡Corred, este sitio se derrumba! —bramó el Temible.

Ya en la salida los esperaban tres esqueletos piratas. En esta nueva lucha por la supervivencia, el Temible resultó herido. Pero gracias a Dios, lograron salvar la vida.

A pesar de no haber podido cargar con la totalidad del tesoro, a cada uno le correspondía una buena suma. Mirando la puesta de sol y comentando las experiencias vividas, zarparon hacia su hogar.

Una grata bienvenida les esperaba en su pueblo. Todo el mundo estaba feliz y contento. Aunque la mayoría eran familias muy pobres, realizaron una fiesta en honor de sus compatriotas. Y como eran muy buenas personas, tanto Barbarroja como el resto de piratas, compartieron sus riquezas con todos ellos. Sin duda, la gran aventura que habían vivido los había enriquecido como personas.



## MI QUERIDO DIARIO

Andrea López Falcón (13 años)

Borja Sánchez Agustín (13 años)

María Andrés Román (13 años)

Dos Hermanas (Sevilla)

14/09/1987

Este diario me lo regalaron mis padres por mi catorce cumpleaños, cosa que veo una tontería... Dicen que es para apuntar mis cosas secretas, cosas que no quiero que nadie sepa, pero yo sé que la cotilla de mi hermana lo mirará y se reirá de mí.

Pero bueno... de todas formas, me llamo Aitana. Y el 12 de este mes me regalaron esto.

15/09/1987

Mañana empieza el instituto y la verdad es que no me hace ninguna gracia, porque sé que este año me ha tocado en la clase de las niñas más tontas. Aunque... me da igual. A lo único que voy allí es para tener un buen futuro. O eso dice mi madre.

16/09/1987

Acabo de llegar del instituto. La verdad es que no me ha ido tan mal. Me han sentado al lado de Daniel, un niño de estatura alta, moreno, ojos azules, y bastante guapo. Aunque no hemos llegado a hablar de nada, creo que es buena persona. Solo hay cuatro chicas que me caen mal, pero están en la otra punta de la clase.

17/09/1987

Hoy hemos tenido la primera clase de Física y Química... No me ha gustado mucho, la verdad. Me han puesto al lado de Marta, una de



las chicas que me cae mal. Siempre se está burlando de mi ropa y de mí, simplemente por existir.

19/09/1987

Hoy hemos tenido nuestra primera clase de Geografía e Historia en la que también ha habido cambios. He tenido la mala suerte de caer con otra niña que me cae mal. Se llama Estela. Por cierto, es la mejor amiga de Marta y siempre se ríen de todos los demás.

20/09/1987

La verdad es que este curso no me lo estoy pasando muy bien, las cosas van a peor.

Hoy, el grupo de las creídas se ha puesto a decirle a toda la clase que no se junten conmigo. Aunque eso es lo que menos me importa. Y es que he hecho una amiga. Vamos, la única que tengo.

No sé por qué, pero este curso me va a ir supermal, lo presiento, pero espero poder cambiar las cosas.

23/09/1987

El día ha ido peor de lo que creía. ¿Te acuerdas de que el viernes hice mi única amiga? Pues hoy, Marta le ha dicho que un día le tiré un zumo entero a Estela. Y no sé cuántas cosas más. Así que Susana me ha dicho que no quería ser más mi amiga...

Así que vuelvo a estar sola, como siempre.

24/09/1987

Acabo de venir del instituto y otra amiga de Marta llamada Lucía me ha arrancado una hoja del cuaderno de Matemáticas. Era muy importante. Tenía los apuntes de máximo común divisor y mínimo

común múltiplo. Después de eso, vi que en el cuaderno de Lengua no tenía los deberes. Me los había arrancado.

Fui corriendo a buscarla para decirle un par de cosas, pero en ese momento, vinieron todas sus amigas y, sinceramente, me entró bastante miedo. Mi salvación fue que apareció otra profesora y me preguntó qué ocurría. Miré a Marta. Con la mirada, me traspasaba. Le dije a la profesora que no ocurría nada y se fue.

Cuando sonó el timbre que indicaba que se terminaba el recreo, subimos a clase. Por no tener las tareas, me pusieron un negativo, el primer negativo de mi vida...

25/09/1987

¡Por fin! Hoy no ha ido tan mal el día, al revés, ha ido muy bien...

Daniel, el chico que está a mi lado en clase me ha hablado por primera vez y me ha caído muy bien. Hemos estado todo el recreo hablando y esta tarde hemos quedado para ir a la biblioteca a estudiar Matemáticas.

20:46 Acabo de llegar de la biblioteca. Daniel tiene unos ojazos...

Bueno, hemos estudiado bastante y después fuimos a tomarnos algo. Hasta mañana.

26/09/1987

Hoy he descubierto algo que no me ha gustado nada. Daniel es amigo de Marta y, de hecho, se llevan bastante bien...

Se ve que Marta se ha puesto de objetivo para este curso hacerme la vida imposible.

01/10/1987

Ya es octubre, y la verdad que este año no me está gustando nada.

Bueno, voy a intentar buscar el lado positivo, queda menos para las vacaciones de Navidad.

El otro día, en clase de Lengua, la profesora nos dio el examen. Estaba muy feliz porque había sacado muy buena nota. Al ver mi cara de felicidad, a Marta le dio mucho coraje. Por eso, cuando salimos al recreo, dejé mi examen encima de la mesa, y cuando volví ya no estaba. Miré en la papelería y estaba allí, todo roto y hecho una bola.

Se lo dije a la profesora, y me dijo que tenía que ser más responsable con mis cosas. Que debía haberlo dejado guardado. Intenté explicárselo, pero me dijo que en ese momento no podía atenderme porque la estaban esperando.

Cuando me giré, Marta y sus amiguitas no paraban de reír. Prometo que, si me vuelven a hacer algo, me cambio de instituto.

07/10/1987

A última hora, tocaba Educación física. Tocaba atletismo, en concreto, relevos. Cuando iba a llegar a mi compañera, Marta me puso una zancadilla.

Acabó el instituto y me fui lo más aprisa que pude porque no quería ver más a Marta y su grupo de amiguitas. Llegué a casa con los ojos llorosos y me encerré en mi cuarto. Ese día no tenía ganas ni de almorzar. Pero mi madre, preocupada, me llamó y me dijo que fuera al salón. Me senté en el sofá y esperé a que se sentara ella. Al fin se sentó a mi lado y me dijo:

—Vamos a cambiarte de instituto.

En ese momento sentí como si me hubieran quitado un gran peso de encima. Solo le respondí una cosa: «Vale». Pero en mi cabeza había muchas preguntas: ¿Cómo se ha enterado? ¿Por qué ha decidido hacer eso? ¿Dónde me cambiarán? ¿Cuándo?

09/10/1987

Hoy he llegado al instituto con una sonrisa inmensa en la cara. Por fin no las iba a tener que ver más. Hablé con mi tutor y le expliqué todo lo que Marta y sus amigas me habían hecho, que me cambiaría en una semana de instituto y, por último, le pedí que le diera una carta a Daniel. Me dijo que no se había dado cuenta de nada. Justo en ese momento, Marta pasó junto a mí y, en un tono burlón, dijo: «¿Otra vez te estás quejando?».

Y yo, harta de callarme las cosas, le dije: «Pues mira, no. Solo estoy informando a nuestro tutor de que no me vais a ver más el pelo por estos pasillos. Pero te voy a decir a ti también una cosita. Me dais pena. Pena de que ya no vayáis a tener a nadie a quien fastidiar ni humillar. Espero que os vaya bien, Marta. Aquí me despido».

16/10/1987

Ya asisto a un nuevo instituto. Ahora tengo amigos. Gente que de verdad me quiere, me ayuda, me escucha, me comprende... Personas que sí valen la pena.

La verdad es que ahora que lo pienso, no hay que hacerle caso a esas personas tan malas, que no te quieren y lo único que hacen es molestar y humillar.

Lo único que me gustaba del instituto antiguo era Daniel. Espero que le haya gustado la carta que le escribí.

*Querido Daniel:*

*Si estás leyendo esto es porque me he cambiado de centro. Fuiste un buen amigo y contigo las clases eran mejores. Este instituto me ha hecho mucho daño, pero que sepas que, si quieres hablar de algo, estaré aquí para ti. Te voy a echar de menos.*

*Te quiero.*

*De Aitana.*

## UN DÍA DE CLASE

Álvaro Carbajo Borrego

13 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Los pasillos oscuros.  
Daba miedo andar.  
Como si estuviera  
cruzando un valle sin final.

Los acosadores  
acosaban sin parar.  
Para nosotros era un valle sin final.

La hora se acercaba.  
Cada vez más.  
Como si de un espectáculo  
se tratase,  
el examen iba a comenzar.

Todos estábamos nerviosos.  
Vaya problema  
el que íbamos a realizar.  
La maestra en su mesa  
frotándose los manos sin cesar.



## UN TROCITO DE MI CORAZÓN

Jaime Rubio Casado  
13 años  
Dos Hermanas (Sevilla)

Era un 17 de mayo de 2019. Cuando despierto por la mañana, me encuentro la casa aparentemente vacía. Empecé a llamar a mi madre y me contestó que acababa de fallecer el abuelo. Comencé a llorar sin parar, a tener miedo por haber perdido a esa persona que fue el apoyo fundamental en mi vida. Pensé que ya no volvería a estar con él, que no iba a poder tocar sus manos, ni darle esos besitos que me devolvían una sonrisa, ni escuchar sus historias, ni salir a andar con él, ni observarlo cuando jugaba al dominó con sus amigos... Echaría muchísimo de menos esas llamaditas de todos los fines de semana preguntándome si estaba bien, advirtiéndome de que hacía mucho frío y debía abrigarme y no recogerme muy tarde. No se me olvidarán esos paseos agarrados de la mano. Y tampoco esa energía y felicidad que transmitía a las personas que le rodeaban.

Al cabo de unas semanas, se me ocurrió ir a casa de mi abuela para hacerle compañía. Dormiría en su habitación. Había dos camas y una era la suya, donde se acostaba todas las noches para dormir. Esa cama articulada que le ayudaba con su enfermedad de corazón. Esa noche tuve un sueño en el que escuché una voz que pronunciaba mi nombre. Mi corazón se alarmó por unos segundos.

—Sí, Sofía, soy yo, tu abuelo. Ese hombre de pelo blanco con gafas negras que te contaba por las noches cuentos antes de dormir, el que te llamaba para ver cómo estabas, el que te cogía de la mano y echábamos a andar.

Al oír esas palabras, rompí a llorar en mi sueño. Al despertarme, encontré una foto con un papel y un pequeño sobre. Mi abuela me explicó que, estando ya muy enfermo, le pidió que me lo entregara tras su muerte. El sobre lo que contenía era una carta que decía:



*¡Hola, Sofía!*

*Quería agradecerte todo lo que has hecho por mí, cómo me has cuidado, cómo me has tratado, cómo me mimabas... También pedirte que siempre sigas adelante, eres una persona fuerte.*

*Ahora, quiero que cojas esa gargantilla que siempre llevaba puesta. Es para ti. Lleva grabada la fecha de mi nacimiento. Seguro que te protegerá.*

*Te quiere, tu abuelo. Desde ese día no me la quito. Cerré el sobre y miré hacia el cielo.*

— A ver si me visitas como lo has hecho esta noche. Gracias por aparecer de nuevo y darme esa fuerza que necesitaba. Gracias por haberme hecho como soy y por ayudarme en todo lo que pudiste.

Cada vez que veo una foto, un objeto suyo, se me vienen a la mente todos aquellos gestos que él hacía. Para mí había sido una persona fuerte, a pesar de lo que le pasase, siempre salía adelante. Por eso y por muchas cosas más, su pérdida ha marcado un antes y un después.

Ahora sé afrontar la vida con menos miedo que antes. Todas las noches tengo un sueño en el que siempre está presente. A veces me despierto y miro al lado pensando que está ahí, a mi lado.

## LA EXTRAÑA CRIATURA

Alejandro Herrero Abad

12 años

Dos Hermanas (Sevilla)

El día 3 de julio de 2021 fue el cumpleaños de un niño llamado Cristian, que cumplía 14 años.

Le encantaba la astronomía, así que sus padres le regalaron un telescopio de última generación. Los primeros días lo utilizaba diariamente en la azotea con sus amigos.

Unas semanas después, dejó de utilizarlo porque ya no le veía el mismo interés.

Meses después, recogiendo cosas de su cuarto, encontró el telescopio en un rincón de la habitación y decidió utilizarlo esa misma noche. Para ello tenía que limpiarlo, porque llevaba mucho tiempo abandonado.

Cuando se hizo de noche subió a la azotea y empezó a mirar por él. Al principio veía lo normal: las estrellas, la Luna... pero, de repente, visualizó una extraña cosa dirigiéndose hacia un bosque al lado de su casa.

Al día siguiente, después del colegio, fue al lugar donde cayó. Era fácil de encontrar porque en el suelo había muchas ramas rotas a causa del impacto.

Encontró una especie de nave. Cristian se acercó para verla un poco más cerca. No podía creer lo que estaba ocurriendo. La misteriosa nave hizo un ruido, se abrió una trampilla y salió de ella una enigmática criatura. No pudo evitarlo. Se asustó y salió corriendo.

Al día siguiente, se lo contó a Álvaro y a José, sus mejores amigos. Al principio no se lo creían, así que fueron al bosque para ver la nave.

Cuando llegaron, allí seguía el singular objeto. Los tres amigos continuaban muy sorprendidos. Cristian miró detenidamente el lugar donde cayó. Era muy grande y brillante. Igual que en las películas... Álvaro encontró unas huellas con solo tres dedos en cada pie.

Inspeccionaron la zona largo rato. Ya era muy de noche, así que se fueron cada uno a su casa. Estaban muy asustados y a la vez emocionados.

Al día siguiente, por la tarde, decidieron ir al lugar a seguir esas huellas para ver dónde se dirigían.

Tras una larga caminata, las huellas desaparecieron. Pensaron que esa sorprendente criatura había desaparecido, así que dejaron de ir por un tiempo a ese lugar porque pensaron que ya no encontrarían nada.

Meses después, Cristian y sus compañeros del colegio hicieron una acampada en el bosque. Encendieron una hoguera para entrar en calor y preparar la cena.

Empezaron a contar historias de miedo, y de repente, se escuchó un ruido cerca de ellos, como de un animal. Al principio estaban un poco asustados, pero luego se fueron relajando... Pero minutos después, Álvaro, vio una sorprendente figura a lo lejos, como si fuese algo que les estuviese observando. Se lo contó a los otros, pero como por arte de magia, desapareció.

Inmediatamente se empezaron a escuchar muchos sonidos, como si estuviesen corriendo alrededor de ellos. Asustados, llamaron a los padres que llegaron corriendo al lugar. Los encontraron aterrorizados, metidos en las tiendas de campaña.

En el camino de vuelta, uno de los niños necesitó bajar del coche. Por los nervios, necesitaba orinar. Se apartó un poco y desapareció misteriosamente.

Los padres, asustados, llamaron a la policía. Estuvieron horas buscándolo y por fin lo encontraron a unos kilómetros del lugar. No estaba herido, pero sí en shock.

Al día siguiente, fue capaz de contar lo que le pasó. Dijo que algo lo había atrapado. Lo desplazaba corriendo durante largo tiempo. Era alto, como de dos metros y medio, corría mucho, tenía los brazos y las piernas muy largas...

Los agentes estuvieron rastreando la zona, pero todo fue inútil. Nunca encontraron nada.

Desde entonces, nadie ha entrado en ese bosque... Ni va a entrar nunca más...



## LA MILI DEL 57

Pablo J. González Maqueda

12 años

Dos Hermanas (Sevilla)

*España, 1957*

Día de alistamientos de la milicia española. Todos los hombres de 18 años parten desde su pueblo hacia cualquiera de los 84 cuarteles de la provincia de Cádiz donde se les espera.

El cuartel que le tocó a nuestro protagonista es... ¡Aaahhh!, no me acuerdo del nombre. Bueno, allí es donde a nuestro protagonista, procedente de Olvera, la suerte y la dicha lo acompañaron durante gran parte del tiempo. Y es que le tocó de asistente un muy amable comandante, llamado don Augusto López Perrón.

Dicho esto, vamos a describir a nuestro protagonista. De 170 centímetros de altura, blanco, alegre y muy simpático.

*Please, stand by.*

*Loading...*

Llegó y lo raparon. Le asignaron litera, uniforme y arma. Era un mosquetón Máuser modelo 1916, primera arma de cerrojo del ejército español creado por la empresa... Espera, que me salgo del tema. ¡Perdón, perdón...! Bueno, prosigamos. Primero le enseñaron a manejar el arma, puesto que nunca había disparado. Resultó ser bastante diestro en el disparo, pero como les pareció que había suficientes hombres en el regimiento de infantería, decidieron asignarle el puesto de asistente del comandante don Augusto López Perrón. ¿Qué suponía ser asistente? Si quieres más información, puedes averiguarlo buscando en Google. No quiero apartarme mucho del relato.

Por lo que vivía, comía y dormía en la casa del citado comandante. Este tenía dos hijos, Joselito, de 5 años de edad, y Augusto, de 8. El primero quería mucho a nuestro personaje. A tal punto llegó ese querer que, en la hora del descanso, tenía que salir a escondidas con ayuda de la esposa del comandante para jugar con él.

Después de cinco meses como asistente del comandante, este tuvo que marchar de Tarifa a Gibraltar. Quiso llevarse consigo a nuestro protagonista. Pero sus superiores no lo permitieron.

Bueno, ahora deberíamos descansar, ¿no? Mañana seguiré contando lo que pasó.

*Please, stand by.*

*Loading...*

¡Hola, señores míos! Al fin volví. Después de esta pequeña pausa, se me han aclarado varias ideas. Contrastando mis fuentes (señores mayores que hicieron la mili en el 58) y a nuestro protagonista (que aún vive) esta parte es menos alegre por varios motivos:

1. El comandante era cruel y poco afectivo.
2. No aceptaba regalos o cualquier cumplido.

Tan malo o cruel podía ser que tenía en su casa una habitación con puerta de hierro forjado donde encerraba a los hijos que se portaban mal y ponía a otro en la puerta como centinela para que al finalizar el día le informara de todas las novedades: que si había llorado, que si había comido... y podría seguir la lista, pero no quiero que pierdan el tiempo.

Bueno, como iba diciendo era tan malo que no dejaba hablar a su mujer con casi ningún hombre, ¿por qué? Yo que sé, sería el machismo de la época. En una ocasión, nuestro protagonista se fue de permiso

para acudir a la boda de una prima suya y de allí se trajo unos dulces con los que obsequiar a los hijos de su superior. Al volver, no estaba, por lo que decidió a dárselos a su mujer. En ese preciso instante volvió y le dijo: «¿Conque coqueteando con mi mujer?». Procedió a dispararle, aunque en el último momento se frenó. La mujer, intentando salvar la situación, añadió: «Mejor que los tires o te los comas tú, mi marido no acepta regalos». A lo que nuestro protagonista aclaró: «No es para él, sino para sus hijos». Pero no hubo forma de convencerlo. Se fue con otros soldados que estaban descansando de la guardia en la puerta. Al verlo cabizbajo intentaron animarlo. «Venga, hombre, ven aquí a echarte un trago con nosotros, invito yo». Cuando el susodicho se dispuso a pagar, sacó de su bolsillo unas 280 pesetas. El camarero dijo que no era suficiente, faltaban diez pesetas. Se quejó de que era abusivo, pero el otro para concluir la conversación dijo que, si no se las daba, iba a tener que vérselas con el comandante al que asistía su amigo. A lo que, de forma increíblemente veloz, exclamó: «¡Ese viejo perro, noooo!». Acto seguido, nuestro protagonista le tapó la boca para que no dijera nada más, puesto que la casa del comandante estaba a escasos metros. No les quedó más remedio que mirar bien en sus bolsillos y completar entre todos la cantidad que entregaron de muy mala gana.

Y ahora, necesito recordar...

*Please, stand by.*

*Loading...*

¡Eh! ¿Qué tal? Yo bien, gracias. Por si no lo entendiste, dije *gracias* en tono sarcástico. Bueno, supongo que estarás pensando «Vaya tipo más idiota» y no es que sea idiota, más bien es que tuve una infancia bastante peculiar. Pero dejemos de hablar de mí y mi penosa infancia y continuemos con la historia. Acto seguido, se levantaron y el amigo de nuestro protagonista dijo después de un largo silencio: «Vamos, macho. ¡Acabemos esta mierd\* de mili!». «Ya, pero no tengo más que unas 563 pesetas y, como decía mi antiguo comandante, la guerra no



cambia nunca nada. Y bueno, los trabajos militares, tampoco. Siguen siendo una putad\*».

Cuando la contienda hubo acabado, nuestro protagonista regresó a su pueblo...

(Al editor del presente libro le gustaría poner más pero se ha quedado sin tiempo. Por lo tanto, un pequeño resumen: nuestro protagonista volvió a Olvera, su casa, a trabajar en una huerta y otros oficios del estilo... Y como suele decirse en estos casos, colorín, colorado, esta historia, por ahora, se ha acabado.)

## LAS INESPERADAS VACACIONES DE MIGUEL

Gonzalo Reina Rosado

12 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Amanecía un bonito día de verano. Miguel estaba nervioso. Hoy empezaban sus vacaciones. Volvería de nuevo al pueblo costero de Huelva donde las pasaba cada año.

Al llegar a Playacanela, el cielo estaba completamente azul, el sol empezaba tímidamente a asomar y casi se sentía cómo les acariciaba la piel. Se oían las olas que llegaban contentas a la orilla y vuelta a empezar. Las gaviotas buscaban su comida y andaban alegres por la arena. Aquel olor a mar...

—¡Uff... qué bien lo vamos pasar! —exclamó Miguel.

Miguel tiene doce años, es alto y delgado, le gusta mucho hacer deporte. Tiene el pelo moreno y muy rizado, unos grandes ojos negros y su cara siempre está sonriente. Es alegre y divertido. Su hermano pequeño se llama Javier. Tiene ocho años y es su compañero de juegos. Javier es más bajo que Miguel y un poquitín más regordete. Eso sí, sus ojos son tan negros como los de su hermano, aunque un poco más pequeños. También es alegre y divertido.

El coche se detiene delante de una casa, pintada de blanco con un jardín delantero. Tiene dos plantas con unos balcones con vistas al mar. En el jardín se encuentra la piscina y los árboles frutales que dan sombra. Se puede oler la dama de noche y el jazmín.

Todos ayudan a descargar las maletas y a instalarse en el que será su hogar los próximos quince días. Miguel sube maletas a su habitación. Tiene ganas de pisar la arena así que se coloca a toda prisa un bañador azul y una camiseta blanca, se pone sus chanclas y le grita a Javier para que se vaya con él, pero Javier no tiene ganas de bajar.

La playa se encuentra cerca de la casa, así que corriendo se acerca y por fin, toca la arena. Siente un gozo inmenso. Nota el agua en sus pies y un escalofrío recorre todo su cuerpo.

A lo lejos ve a su amigo. Un año más volvían a verse. Vitaliy tiene trece años. Es alto y de cuerpo escultural, delgado, de ojos tristes. Vive en Ucrania, en un centro para menores y todos los veranos pasa sus vacaciones en la playa con una familia que lo acoge. Necesita desintoxicarse de un accidente nuclear ocurrido en su país. Es positivo y optimista. Le hace ver a Miguel otra realidad muy distinta a la de los niños que viven en su ciudad.

— ¡¡Vitaliy!! — gritó Miguel—. ¡Estoy aquí! ¡Qué alegría volver a verte! Hemos llegado esta mañana. Mi hermano está en casa. ¿Qué tal el viaje?

Vitaliy corrió hacia Miguel, se abrazaron.

— Muy bien, Miguel — le contestó con su acento ucraniano.

— Debo irme ya para casa — se disculpó Miguel—. Tengo que ayudar a instalarnos. Pero no te preocupes que hemos traído muchos juegos nuevos, la Play y la Nintendo. Lo vamos a pasar muy bien. Pásate por casa después de comer y jugamos.

— No, Miguel, después de comer tengo que quedarme en casa, pero nos veremos aquí en la playa más tarde.

Cuando Miguel llegó a casa, Javier estaba en el sofá llorando. Se asustó.

— ¿Qué te pasa?

— ¡Nos hemos olvidado en casa la bolsa donde estaban todos los juegos, la PS4, la Nintendo! ¡No sé cómo ha podido pasar!

Miguel no sabía qué hacer, no podía ser, qué iban a hacer quince días en la playa sin poder jugar, era una catástrofe. Intentó consolar a su hermano.

—Hablabamos con mamá y volveremos a casa a por la bolsa.

Pero no fue un buen plan, la mamá de Miguel se negó. Los reunió en el jardín y les explicó que había muchas actividades que podrían hacer en sus días de vacaciones. Y las más importantes de todas eran pasar tiempo con la familia y con los amigos, hablar y estar en contacto con la naturaleza.

Aquello no consoló mucho ni a Miguel ni a Javier, pero ambos se quedaron pensando en las palabras de su madre.

Por la tarde, Miguel le pidió a su madre que fueran al centro comercial. Había una librería en la que quería comprar un libro. Leería después de comer. Cuando llegaron, tenía todos los libros expuestos en unas mesas bajas al aire libre. Paseando llegaron a la sección de literatura juvenil y estaban los de Harry Potter. A Miguel le gustaban porque había leído algunos además de haber visto las películas. También los había de terror, demasiados. Pero ese tipo de lectura no atraía mucho a Miguel. Otros eran historias románticas. Al final, Miguel se decidió por *Harry Potter y el cáliz de fuego* escrito por J. K. Rowling.

—Este me encantará —le dijo a su madre.

—Pues ahora ayúdame a elegir uno para Javier.

Fueron a la zona de literatura infantil y se decidieron por *El Club de los Raros* de Barco de Vapor. Javier tenía la colección y este le faltaba. Se pondría muy contento al verlo.

Miguel volvió ilusionado con su nuevo libro, estaba deseando empezarlo, pero sus amigos le esperaban porque iban a dar una vuelta en bicicleta. Junto a Vitaly, Javier, Andrea, Pilar y Jesús, se marcharon

contentos. Pararon en un quiosco a comprar chuches. Cuando estuvieron cansados, se pararon y conversaron. Todos tenían muchas cosas que contar, el año había sido largo, pero todos coincidían en que por fin habían llegado las vacaciones. Una vez se hubieron puesto al día, decidieron volver a casa.

Había sido un día muy intenso, así que Miguel, después de cenar y pasar un rato con sus padres, se marchó a la cama. La verdad es que quería empezar a leer su libro y así se quedó dormido.

Los demás días fueron también muy apasionantes. Un día decidieron ir a limpiar por las dunas y la arena de la playa de todos los restos que dejaba la gente. Recogieron todo el plástico que había: botellas, bolsas... que tanto daño hacen a los animales marinos. Miguel volvió a casa cansado, pero a la vez con la satisfacción de haber hecho algo muy importante.

Por la noche fueron al cine, se divirtieron muchísimo con la película de superhéroes.

Así fueron transcurriendo los días. Miguel estaba sentado en el balcón de su habitación. Era sencilla, pintada de celeste, parecía una prolongación del mar. Y en blanco, recordando a las nubes, su cama, la mesita de noche, el armario y una estantería. Ahí, sentado en una cómoda hamaca, pensaba lo divertida que habían resultado sus vacaciones, todas las cosas bonitas, sorprendentes y apasionantes que había descubierto. Había podido conocer mejor a sus amigos, sus ilusiones y preocupaciones, había entrado a través de la lectura en una aventura en Hogwarts, había podido disfrutar de los deportes acuáticos, había surfado alguna que otra vez y había montado en kayak. Había podido hacer deporte, montado en bicicleta, jugar al fútbol en la playa, esos partidos eran increíbles.

Y así, pensó qué diferentes habrían sido sus vacaciones si no hubiera olvidado esa bolsa con los juegos. Ahora se alegraba. Y se prometió que nunca más los traería. ¡No eran para nada imprescindibles!

## MORIR SIN VIVIR

Adrián Fernández Garrido

12 años

Dos Hermanas (Sevilla)

En un día lluvioso y triste, Miguel, hijo de Sara, empezó su primer día de colegio. En la hora de Matemáticas, recibió una misteriosa nota: «Te espero detrás del colegio, en el recreo. Ven solo».

Estaba asustado porque la nota era anónima. Cuando llegó el momento, cogió su bacadillo y se dirigió al lugar.

Allí le esperaban Carlos, Juan y Antonio, los chulitos de la clase. Empezaron a pegarle patadas y puñetazos en la espalda y en las piernas. Perdió el conocimiento. Lo dejaron solo, allí tirado en el suelo. Un rato más tarde, cuando recobró el conocimiento, volvió a clase. La profesora Matilda le preguntó que por qué llegaba tarde y en ese estado.

— Me he caído y me he desmayado.

Al llegar a casa, su madre se asustó mucho. Llamó corriendo al colegio y la directora le dijo que no sabía nada de lo que le había ocurrido. Sara le insistía, pero Miguel solo repetía lo mismo que a su profesora.

— Me he caído.

Sara algo dudosa, lo creyó y le dijo que se fuera a descansar. Al día siguiente, Miguel volvió al colegio y la profesora Matilda le pidió que fuera a dirección. La directora habló con Miguel y le pidió que le contara todo lo que había sucedido. Miguel decidió contarle toda la verdad porque le dijo que confiara en ella, que no iba a decir nada.

Cuando Miguel llegó a su casa, su madre le dijo que le había llamado la directora y que le había contado todo lo ocurrido.

— Me lo tendrías que haber dicho a mí antes que a nadie.

— Mamá, a partir de este momento te lo voy a contar todo — respondió Miguel abrazando a su madre.

Al día siguiente, nada más entrar en el colegio, Miguel se dirigió al despacho de la directora y le preguntó que por qué se lo había contado a su madre cuando ella le había dicho que confiara, que no se lo iba a contar a nadie. La directora le dijo que se lo tenía que contar porque cuando se sufre acoso, eso no puede quedarse solo entre los maestros. Además, tarde o temprano, su madre se iba a enterar. Miguel se quedó más tranquilo y subió a clase.

Al acabar la jornada, de vuelta a casa, un grupo de niños acorraló a Miguel, entre ellos Carlos, Juan y Antonio. Esta vez era un grupo de niños mucho más grande, en torno a unos diez. Se lo llevaron hacia un lugar bien apartado para no ser vistos. Le dieron una buena paliza.

Miguel llegó a su casa y aprovechando que no estaba su madre, escribió una nota y se suicidó.

En esa nota ponía lo siguiente:

*Querida mamá, He decidido acabar con mi vida porque no aguanto más las palizas, los insultos, las humillaciones... No te preocupes, estaré bien allí arriba. Quiero darte las gracias por todos esos momentos que hemos pasado juntos y por consentirme tanto. Quiero que esta carta se la enseñes a toda la familia para que todo el mundo sepa por qué he decidido acabar con mi vida.*

*Te quiero mucho, mamá.*

Cuando Sara llegó a casa y se dirigió al cuarto de Miguel, vio un papel encima de la cama. Lo cogió, lo abrió y lo leyó. Cuando descubrió que Miguel se había suicidado se derrumbó y cayó al suelo llorando.

Al cabo de un mes, Sara recibió una llamada de la directora del colegio diciendo que por qué Miguel estaba faltando tanto.

— ¡Miguel se ha suicidado! —le gritó la madre.

La directora con mucha pena le dijo si quería ir al colegio a hablar de lo sucedido y ella dijo que sí.

Al día siguiente, Sara se dirigió al colegio y lo contó todo en una reunión de profesores. Tomaron una decisión y fue la de denunciar a los padres de Carlos, Juan, Antonio y los demás niños que habían pegado a Miguel. Los profesores llamaron a las respectivas familias y les dijeron que fueran al colegio esa misma tarde.

Una vez reunidos, uno de ellos preguntó que qué había sucedido y uno de los profesores les explicó que se había suicidado una de las víctimas de su hijo. Los padres asombrados aseguraron que ellos no sabían nada, pero que estaban de acuerdo en castigar a sus hijos.

Días más tarde, las autoridades decidieron ingresar a los niños en un centro de menores y para ello contaron con el consentimiento de los padres que estuvieron de acuerdo.

Pasaron varios años allí y durante todo ese tiempo ningún otro alumno volvió a sufrir acoso en el colegio.





## SOMOS MUÑECOS DE PAPEL ADICTOS AL FUEGO

Yolanda García Hernández

12 años

Dos Hermanas (Sevilla)

La vida, simplemente, sin adornos, sin florituras, solo dos palabras sencillas. Nos hace pensar, llorar, reír, aguantar, enfadar, agradecer, amar, todas las emociones y acciones que podamos sentir en nuestro corazón, que podamos imaginar nos da la vida. Ella no entiende de colores, razas, bandos, legiones, religiones, ideologías, de hecho, ella ni siquiera nos escucha. Hace preguntas, sin esperar respuesta, da y regala, sin esperar a cambio nada. Lo único que hace, que de verdad le importa, es observar. Lo hace escrupulosamente, y escrupulosamente se fija en cada acto que hacemos. Cansada de tanto odio y de tantas personas que no entienden lo que significa vivir, va a otra parte y de ahí morir, de nuestra dejación, y de hacerlo todo mucho más difícil de lo que es en realidad. Porque vivir solo significa una cosa, vivir es emocionarse, sentir y tocar, pero no como en el momento en el que tocamos la mesa, sino como cuando sus miradas, sus risas y sus palabras nos dicen que hemos tocado y alcanzado el fondo de su corazón, y también ha conseguido atravesar nuestra dura coraza de piedra o nuestro corazón de blando y esponjoso algodón. Su corazón y el nuestro, otros dos muñecos de papel adictos al fuego como todos los demás, pero unidos por un mismo sentido y razón de vida.

¿Por qué adictos al fuego y muñecos de papel?

Seguramente esta pregunta haya irrumpido en vuestras mentes. Esta vez os lo explicaré, aunque esta es otra de las cosas que nos da la vida, el no entender y dejar de pensar con la cabeza y dar rienda suelta a nuestro corazón. Somos frágiles y, a la vez, nos creemos mucho más fuertes de lo que somos. Simplemente somos muñecos de papel y sencillas figuras que flotan en el aire, hasta que esa corriente deja de lanzarnos a la diversión y nos estampa contra el suelo; cuando eso pasa, justo en ese momento, es cuando nos damos cuenta de que en realidad

no éramos tan fuertes como pensábamos, y nos invade un pensamiento que nos repite que el puñal ya se ha clavado, solo tienes dos caminos, una bifurcación, sabes perfectamente a dónde llegan los dos. Uno, en el que tendrás que luchar, pelear y superar, con una herida abierta, que probablemente tardará en cicatrizar, pero que después te permitirá que otros la curen y antes de cerrarla del todo meterse dentro para nunca jamás irse de allí; mientras que el otro te lleva a un futuro sin nadie a tu lado, nadie que te apoye, nadie que te quiera, y solo por haber escogido el camino inadecuado, el camino de la mala y perjudicial adicción. Solo tú puedes decidir qué camino tomar, está en tus manos elegir el correcto.

A veces, hacemos la vida más difícil de lo que es, ponemos obstáculos sobre otros nosotros mismos, y después, no sabemos cómo quitarlos; de hecho, cuando algo así pasa, que no son pocas veces, nos bañamos y restregamos una y otra vez en el mismo charco, un charco de problemas y dolor, que cada vez que nos metemos se hace más, y más grande, profundo y doloroso. En vez de levantarnos y comenzar a caminar preferimos quedarnos tumbados, consolándonos con lo que consiguen otros y repitiéndonos, todos los días, que nosotros deseáramos hacer lo que hacen ellos; pero a la hora de hacerlo nunca nos levantamos y luchamos por lo que queremos, sólo un puñado de frágiles muñecos de papel hacen lo que pueden por seguir, perseverar, y luchar en este camino, intentando no ponerse más obstáculos de los que ya tienen incrustados.

Esas personas, son las que llegan a triunfar en la vida, y no hace falta que se hagan famosos para triunfar (que es lo que muchas personas piensan que significa), lo único que hace falta para ser un triunfador o una triunfadora es un poquito de fuerza de voluntad para que el camino no se haga tan pesado y decaído, ganas para seguir caminando aunque las primeras veces fracasas, valentía para abordar todo lo que venga, fuerza, pero nunca en los brazos ni en el cuerpo, la fuerza mental, esa si que es importante; también necesitamos un toque de humor, que sin

él la vida sería bastante apagada, y por último necesitamos un amigo. Puede que sea una de las cosas más importantes, y además, es una de las cosas más complicadas de conseguir, porque no se le puede llamar amigo a cualquiera. Un amigo es esa persona que te apoya, te da la mano, si te caes, él se cae contigo, es tu apoyo en los buenos momentos y en los malos. Da igual lo que pase, siempre se acerca a tu corazón, lo escucha y te ayuda, siempre está cuando lo necesitas. El consuelo es una de las cosas que mejor se le da, porque siempre que te ve triste te pregunta (hay veces que ni siquiera hace falta que te pregunten, porque solo con verte y mirarte ya saben lo que ha pasado y corren a tu lado para quedarse allí hasta que lo necesites. Y tú con el sólo hecho de que te miren y se queden a tu lado te reconfortas y te sientes mejor que antes.

Esto que os he contado son muy pocas cosas que nos podemos encontrar en la vida, pero son las suficientes para entenderla mejor y saber cómo llevarla. Esto es únicamente la punta del iceberg, que es donde nosotros caminamos, debajo hay cosas buenas, y por supuesto malas, porque si una de las dos no existiera la vida misma no tendría sentido. Por lo que espero que cuando a vosotros os toque estamparos contra el suelo, sepáis hacia donde ir y qué camino tomar, pero está en vuestras manos, sois los únicos que os podéis ayudar a vosotros mismos, ni este texto, ni nadie, solo vosotros os debatís entre la buena y próspera vida o la extravagante, desagradable y en resumen una vida sin nadie a tu alrededor.



## VENGANZA

Mario López Núñez

12 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Era una fría noche de invierno, en la ciudad de Hytasu, cuando Samuel vio por la ventana de su dormitorio a un grupo de jóvenes que había entrado en la tienda donde trabajaba su padre. Inmediatamente fue a avisarlo, pero ya era demasiado tarde. Habían robado todo el dinero de la caja registradora, unos 3 550 euros. Inmediatamente, llamaron a la policía.

Cuando los agentes llegaron al lugar del robo, investigaron y buscaron huellas dactilares. En un vaso, encontraron una perteneciente a Boris Smith, uno de los delincuentes más buscados del mundo. La policía localizó su domicilio. Estaba a dos kilómetros de distancia. Al llegar, Boris no pudo hacer nada y decidió entregarse.

Pasado un tiempo, se celebró el juicio y fue declarado culpable. Lo condenaron a cuatro años de prisión. Cuando ya había cumplido uno, Tom, un excompañero con el que ya había atracado antes, fue a visitarlo y le dijo:

— ¿Recuerdas aquella vez en la cual acordamos que me darías el 40 % del botín y solo me diste el 20 %?

— Sí, pero al final te llevaste mucho dinero — dijo Boris preocupado.

— Es cierto, pero no fue lo acordado y tú te llevaste mucho más. Así que decidí vengarme poniendo un vaso en aquella tienda con tus huellas dactilares. Por ello ahora estás en prisión — dijo Tom y seguidamente abandonó la sala.

— ¡Espera! — dijo Boris enfadado. Juró que se vengaría.

Tres años más tarde, cuando Boris ya había cumplido su condena, decidió reunir a un grupo de expertos sicarios para vengarse de Tom y así cumplir su juramento. Idearon un plan contra él, pero Tom no se lo iba a poner tan fácil. Él también reunió a su equipo y se preparó. Gastó lo necesario en armas de fuego para que sus hombres estuvieran bien preparados. Pero lo que no sabía es que Boris sabía todo sobre él, su familia, sus hombres e incluso tenía en su poder los planos de su casa.

El día 23 de marzo, Boris quedó con sus hombres para planear el ataque. Cuando llegó el momento, sus hombres decidieron atacar a Tom por las alcantarillas. Colocaron un artefacto explosivo que estallaría en cuestión de diez minutos, el tiempo necesario para salir de las cloacas del edificio. La bomba explotó, pero para desgracia de Boris y suerte para Tom no hubo heridos. Sin embargo, Tom decidió contraatacar.

Varios días después, Tom fue a ver a su socio narcotraficante, Marcos, para que le ayudara.

- ¿Marcos?
- ¿Quién llama?
- Soy Tom.
- ¿Qué pasa, tío? ¿Qué ocurre?
- Tú sigues con lo tuyo, ¿no?
- Por supuesto, ampliando territorio.
- Necesito un grupo bien preparado.
- Dime lugar y hora.
- Mañana a las 17 horas en el puerto.

Al día siguiente, en el lugar y hora acordados, lo esperaba un individuo al que no conocía.

—Soy Jaime, me envía Marcos.

—¡Hola! Mi nombre es Tom. Necesito liquidar a alguien.

—Te ayudaremos. Ponme al corriente.

—Es Boris, acaba de salir del trullo.

—Vale, sé dónde se encuentra. Mañana, a esta misma hora, aquí.

Esa noche, el tiempo parecía detenerse en el reloj. No veía la hora de poder ver aniquilado a su enemigo.

—¡Hola! Tom, acompáñame. He reunido a un grupo de expertos. Se encuentran en un piso cerca de aquí.

—Vale, pero dónde se encuentra Boris.

—Tranquilo, ahora vamos a eso. Está en una casa a 6 kilómetros de aquí.

—Vale, pues vamos a por él, ¿no?

—Sí, claro.

Los hombres de Tom estaban mucho más preparados y entrenados porque habían pertenecido a la milicia, por lo que nada podría salir mal. Estaba esperando a unos metros de la puerta de la casa para cuando saliera, atraparlo. Además, parte del equipo estaba camuflado en una furgoneta de helados con una tecnología superavanzada para que en ningún momento se perdiera la comunicación con el equipo que atraparía a Boris.



Llevaban esperando cerca de seis horas y ya empezaba a oscurecer, pero Boris no salía de su escondite. Por lo que Tom y sus hombres decidieron desistir y abortar la misión.

Al día siguiente, decidieron intentarlo otra vez, pero tampoco hubo suerte.

Días después, Boris mandó a los suyos para que destruyeran la casa de Tom, pero esta vez no usó ningún artefacto explosivo. Lo que quería es que sus hombres realizaran un ataque directo entrando en la casa disparando a diestro y siniestro acabando así con la vida de todo el que se encontrará allí dentro. Y así fue. Mandó a todos sus hombres armados hasta los dientes, pero lo que no sabía es que Tom en ese momento no estaba en su casa, sino en un piso franco que le había cedido su socio. Aun así, los hombres de Boris mataron a cinco de los milicianos contratados por Tom.

La mano derecha de Boris aprovechó para colarse en casa de Tom y colocar localizadores en su ropa, así sabrían en todo momento dónde se encontraba.

Al día siguiente, Tom, tras deshacerse de los cuerpos de los hombres muertos, se cambió de ropa. Llamó a Marcos porque quería comprar más armamento para acabar con esa guerra de una vez por todas.

Al amanecer, Tom repartió todas las armas y explosivos entre sus hombres para llevar a cabo la misión.

Boris estaba preparado, a la espera del ataque de Tom y sus hombres. No tardó mucho, ya que solo 30 minutos más tarde de que Tom llegará al piso franco, dio la orden. Él y sus hombres rompieron una ventana de la casa de Boris y tiraron dentro una granada de gas para dificultar la respiración y la visión. Los hombres de Tom llevaban máscaras de gas para protegerse y entraron en la casa como si nada. Iban armados hasta los dientes.

Poco después, habían logrado asesinar a sangre fría a todo el equipo de Boris, incluido este último.

Una señora que pasaba por el lugar del crimen cuando sucedió todo, avisó a la policía. Cuando llegó al lugar, encontró una auténtica carnicería.

— Soy Elías, el inspector jefe. ¿Qué ha ocurrido?

— Por lo visto un ajuste de cuentas.

— Que nadie toque nada, no quiero que alteren las pruebas.

Elías, con unos guantes puestos, empezó a observar la escena del crimen. Al reconocer al cabecilla, supuso quién era el culpable. Llevaba años siguiendo su pista, pero esta vez no se le escaparía.

— ¡Cierren todos los aeropuertos y carreteras!

Dos horas más tarde, la policía recibió una llamada del aeropuerto de la ciudad. Tom se encontraba allí. El inspector no tardó mucho en llegar. Tom intentó desesperadamente huir, pero lo persiguieron y lograron dispararle. Ese preciso momento indicó a la policía que era cuestión de tiempo aniquilar a toda la organización.











**AYUNTAMIENTO DE DOS HERMANAS**  
**DELEGACIÓN DE JUVENTUD, SALUD Y CONSUMO**



UNIVERSIDAD  
**PABLO DE OLAVIDE**  
SEVILLA

**DOS HERMANAS**  
**DIVERTIDA**

